



# EL RETO DE AMARTE

*Dina Reed*

**EL RETO DE AMARTE**

**DINA REED**

©Dina Reed, septiembre, 2019

©Todos los derechos reservados

*Foto de portada: Fotolia*

*Diseño portada: DR*

*Queda prohibido reproducir el contenido de este texto, total o parcialmente, por cualquier medio analógico o digital, sin permiso de la autora con la Ley de Derechos de Autor.*

*Los personajes que aparecen en la novela son inventados, cualquier parecido con personas vivas o desaparecidas es mera coincidencia.*

# ÍNDICE

[SINOPSIS](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[EPÍLOGO](#)

# SINOPSIS

John Harris está desesperado. Y eso que es un empresario de éxito, un soltero de oro por el que todas suspiran, alguien que está acostumbrado a conseguir todo lo que se propone y al que además la suerte siempre le sonrío.... Menos en una cosa: no hay manera de que encuentre una maldita niñera para su hijo Peter de nueve años, fruto de una relación de juventud.

John adora a su hijo y está obsesionado con darle la mejor educación. Si bien, es tan insufrible y estricto que nadie aguanta en el puesto más de tres días.

Hasta que aparece Emily Fisher.

Emily no se parece a ninguna de las niñeras anteriores.

Emily no tiene experiencia en el puesto, ha estudiado Bellas Artes, se tiñe el pelo de azul, viste como una vagabunda, es caótica, divertida, alocada, espontánea...

Es la peor candidata posible, pero John está tan desesperado que la contrata y cuál no es su sorpresa que resiste en el puesto como ninguna.

Y encima su hijo la adora... Y ella a Peter.

Además, Emily necesita ese empleo y no está dispuesta a perderlo, por mucho que su jefe sea el tío más insoportable que ha conocido en la vida. Vale, y también el más *sexy*, guapo y carismático... Pero a ella eso le da lo mismo.

O no. Porque poco a poco, irá conociendo más a ese hombre y empezará a sentir cosas que para nada entraban en sus planes.

Ni tampoco en los del estirado de su jefe, que se juró hace tiempo que jamás volvería a enamorarse.

En fin, que son tan diferentes y es tanto lo que les separa que para ambos amar es un reto... El más difícil de todos...

¿Se atreverán a escuchar a sus corazones y enfrentarse a la aventura más excitante de sus vidas?

# Capítulo 1

Emily se plantó frente a la puerta del increíble apartamento del señor Harris, en una de las torres más elegantes y exclusivas de Manhattan, se aplacó un poco el pelo con las manos, respiró hondo para calmar los nervios y llamó al timbre, mientras no paraba de repetirse que todo iba a salir bien.

Más que nada, porque peor ya no podía irle...

Estaba en números rojos, con la nevera temblando y el casero amenazándole con ponerla de patitas en la calle.

Si bien, eso no iba a pasar, pues ese puesto de niñera iba a ser suyo, aunque no tuviera experiencia, no hubiera cuidado jamás ni de un triste cactus y llegara con unos minutitos de retraso, porque no tenía ni para el metro y había tenido que cruzarse la ciudad a pie.

Pero daba todo lo mismo, ya que Emily estaba convencida de que con su vitalidad, sus ganas, su creatividad y su pequeña locura iba a compensar todas sus carencias.

Por eso, sonrió segura de que su suerte iba a cambiar, justo en el momento en el que abrió la puerta una señora de unos sesenta años, de aspecto dulce y afable, que le preguntó:

—¿Eres la señorita Fisher?

—Llámame Emily, por favor.

La señora le tendió la mano y se presentó:

—Soy la señora Hunt, pero llámame Doris, por favor.

Emily estrechó la mano de esa mujer que le cayó de maravilla desde el primer instante y luego replicó:

—¡Encantada, Doris!

—¡Igualmente! —repuso Doris, que realmente estaba feliz de que esa chica, que no se parecía a ninguna de las candidatas anteriores, estuviera allí. Lo único que esperaba era que los cinco minutos con los que había llegado de retraso no le jugaran una mala pasada, pues el señor Harris era un auténtico fanático de la puntualidad.

Emily, por su parte, se sintió tan bien acogida y le dio tanta confianza la buena de Doris que decidió que lo mejor era sincerarse:

—Doris, estoy un poco nerviosa —reconoció en voz baja—. Verás, no tengo ninguna experiencia en el puesto, pero tengo muchas ganas, soy muy trabajadora y aprendo rápido.

—¡Esa es la actitud! —aseguró Doris, cada vez más sorprendida con esa chica, que tampoco tenía nada que ver con todas las estiradas que habían optado al puesto antes que ella.

Esa chica tenía el pelo teñido de azul, llevaba un jersey rojo de cuello vuelto de tres tallas más, unos *jeans* raídos, unas botas Dr. Martens que debían tener mil años y un olor a flores frescas que era una auténtica delicia.

Además, tenía algo que la señora Hunt valoraba por encima de todo: la sinceridad. Emily era tan transparente como el agua, no en vano a continuación le confesó:

—Actitud tengo toda la del mundo y también una necesidad extrema y urgente de que este puesto sea mío, porque estoy con el agua al cuello. Así que si me pudieras dar algún consejo para terminar de convencer al señor Harris, te lo agradecería en el alma.

Doris miró su reloj de pulsera y comprobó que ya eran ocho los minutos que llevaba de demora, así que le susurró:

—Sé tú misma, el señor Harris valora la autenticidad, pero por favor invéntate una buena excusa para los ocho minutos de tardanza.

Emily se llevó la mano al pecho agradecida y le contó en voz baja:

—Vivo en el quinto pino, he venido a buen ritmo casi todo el camino, pero al llegar a esta zona me ha sido imposible apretar más el paso. ¡Esto está lleno de gente! Ahora bien, te prometo que no va a pasar más, mañana saldré a las cinco de la mañana de casa.

—¿Vienes caminando, chiquilla?

Emily sin darle demasiada importancia respondió asintiendo con la cabeza:

—Viene muy bien caminar a primera hora para despejar la mente y es muy sano.

Doris que sabía muy bien por lo que estaba pasando esa chica, se metió la mano en el bolsillo de su falda y de un monederito sacó unos cuantos billetes perfectamente doblados:

—Toma, para la vuelta —le pidió tendiéndole los billetes.

Emily se quedó alucinada mirando los billetes y, negando con la cabeza, exclamó:

—¡No, por favor! ¡No puedo aceptarlo de ningún modo!

Doris agarró a la chica por la muñeca y obligándola a abrir la mano, replicó:

—No solo puedes, sino que debes aceptarlo. Digamos que es una tradición en esta casa.

—¿Tradición? —preguntó Emily encogiendo los hombros.

—Verás, cuando llegué por primera vez a la casa de los padres del señor Harris, a tres cuadras de aquí, también lo hice caminando. Estaba atravesando un momento muy difícil en mi vida y la señora Brown, la mujer a la que sustituí, porque iba a jubilarse, también me pasó unos billetes para que regresara a casa en autobús. Así que, ya sabes...

Doris miró a Emily con tal complicidad y ternura que ella aceptó el dinero, lo guardó en el bolsillo de su pantalón y, con los ojos llenos de lágrimas, musitó:

—Doris, muchísimas gracias. ¡Nunca voy a olvidar lo que estás haciendo por mí!

—No hay de qué y ahora vuela porque el señor Harris tiene que estar que trina con tu demora. Ten paciencia con él, a pesar de todo es una buena persona.

Emily respiró hondo, se retiró con el dorso de la mano una lagrimilla que se le había deslizado por el rostro y le preguntó a Doris sin más dilación:

—¿Para dónde voy?

—Es al fondo del pasillo, a la izquierda. Sígueme, por favor...

Emily siguió a Doris a través de ese pasillo larguísimo a cuyos lados se abrían distintas dependencias decoradas de una forma adusta, fría y completamente impersonal.

—Caray, ¿esto es una casa o una oficina? Es todo tan gris y tan... — comentó Emily que no podía tener el pico cerrado.

Doris mientras seguía caminando por el pasillo interminable acabó la frase:

—Aburrido y triste. Lo sé. Sin embargo, es imposible introducir ni una gotita de color. Y mira que lo he intentado con las cortinas o con los cojines. Pero nada, el señor Harris se cierra en banda, le gusta esta decoración, dice que le transmite paz.

—Y tanto, si esto parece un tanatorio. ¡Qué cuadros más espantosos, por Dios! — comentó Emily a la vez que se fijaba unas pinturas abstractas que no podían ser más insulsas.

—Me temo que a la vida del señor Harris le falta pasión, no hay día que no

rece para que recupere la ilusión. Le conozco desde que era un bebé y te aseguro que antes no era así. Pero pasó lo que pasó y bueno... todo cambió.

Emily que no tenía ni idea de lo que estaba hablando preguntó intrigadísima, en voz baja, porque ya estaban casi al final del pasillo:

—¿Qué le pasó, si no es indiscreción?

Doris la miró muy seria, se mordió los labios y decidió que lo mejor que podía hacer por esa chica era contarle la verdad:

—Su novia se quedó embarazada y tras dar a luz al bebé se marchó para no volver jamás. John solo tenía 22 años y desde entonces no ha vuelto a ser el mismo. Jamás ha vuelto a sonreír... Es otra persona...

—¡No me extraña! ¡Menudo palo!

—A él no le gusta que se hable de esto. Te lo cuento porque me pareces una persona muy especial, sensible y empática y sé que sabrás tenerlo en cuenta para entender al señor Harris.

Emily tragó saliva y asintió al tiempo que decía:

—Por supuesto que lo tendré...

—También apelo a tu discreción para que esto no salga de aquí. El señor Harris es tremendamente reservado con su vida privada, huye de los medios, pero siempre acecha la prensa chismosa para saber de su vida.

—Cuenta con mi discreción, Doris. Soy una tumba.

Doris se paró frente a una puerta de madera maciza y luego musitó mirando a esa chica con una sonrisa:

—En tu mirada hay mucha verdad, Emily. No eres una más. Lo he sabido en cuanto he abierto la puerta. Y mi intuición nunca falla... Así que sé tú misma y deja que el señor Harris vea la misma luz y la misma verdad que yo he visto en ti...

## Capítulo 2

Emily pensó que era muy difícil ser ella misma en esa situación tan estresante, pero con todo esbozó su mejor sonrisa y entró en el despacho del señor Harris detrás de Doris, que la presentó tras llamar a la puerta y entrar:

—Señor Harris, la señorita Fisher está aquí...

El señor Harris que estaba sentado de espaldas a ellas, en un sillón giratorio de piel de superjefe, habló con la vista puesta en el enorme ventanal:

—Llega demasiado tarde.

—Sí, pero su tardanza está más que justificada —repuso Doris, guiñándole el ojo a la joven—. Así que te dejo con ella para que le hagas la entrevista...

Doris salió a toda prisa del despacho, mientras el señor Harris se giraba bufando por lo que acababa de hacerle la señora Hunt.

—¿Cómo quieres que entreviste a una candidata que se presenta con un retraso de...?

El señor Harris no pudo terminar la frase porque en cuanto se quedó frente a esa chica por poco no le dio algo.

Y a ella casi que también, puesto que de repente apareció ante sus ojos el tío más bueno que había visto en su vida.

Alto, elegante, fuerte, carismático, de pelo abundante y castaño, ojos café, nariz recta, boca gruesa...

Su presencia era tan imponente que Emily se quedó sin aliento, pero con todo atinó a balbucear:

—¡Hola!

Y ya para quedar como una absoluta pánfila, levantó la mano y la agitó de una forma ridícula por si aún no se había percatado de que ella estaba ahí.

El señor Harris la miró con el ceño fruncido y gruñó:

—Definitivamente, los de la agencia son un completo desastre.

Y es que esa chica de pelo azul y aspecto de vagabunda era sin duda la peor candidata que le habían enviado jamás.

Y no es que se dejara llevar por las apariencias, pero es que era obvio que esa calamidad que tenía frente a él era el caos con patas.

Aparte de que acababa de hojear su currículum y era un rotundo despropósito.

Si bien Emily, a pesar de cómo le estaba mirando ese tío estirado, con su traje italiano y sus maneras de señor Importante, no se pensaba dejar amedrantar y preguntó:

—¿Qué problema tiene con la agencia, señor Harris?

El señor Harris la miró con desdén, agarró el currículum de esa chica y agitándolo al aire, respondió:

—¿Le parece poco que osen a enviarme a una graduada en Bellas Artes especializada en lavar platos y freír hamburguesas para que ejerza de niñera de mi hijo?

Emily se envaró y levantando la barbilla, muy digna ella, replicó:

—He trabajado muy duro para pagarme los estudios. Y no me avergüenzo para nada de ello, señor Harris.

Al señor Harris le gustó esa respuesta, además esa chica tenía en la mirada un brillo que era muy especial, un brillo que le recordó al puro fuego, como su boca... jugosa y pintada de un rojo muy subido.

Pero eso a él qué le importaba... Ella estaba ahí para ejercer de niñera y era más que obvio que no estaba capacitada:

—No tiene por qué avergonzarse. Pero sinceramente, su perfil no encaja para nada en este puesto. Yo busco una niñera seria, juiciosa, profesional, experimentada, con conocimientos de pedagogía, psicología, economía...

—Madre mía. ¿Economía también para ser niñera de una criatura de nueve años? Exagera, señor Harris, y perdone que se lo diga.

Al señor Harris el desparpajo de esa chica le pareció alucinante, pero no le disgustó. Al contrario, que tuviera las agallas de plantarle cara le pareció un alarde de carácter que solo hablaba muy bien de ella.

Sin embargo, no se lo dijo y se limitó a responderle muy serio, mientras volvía a dejar el currículum en la mesa:

—Quiero lo mejor para mi hijo. Estudia en el colegio más exclusivo de Nueva York; no obstante, al llegar a casa quiero que siga trabajando duro para que dé lo mejor de él.

Emily puso una cara de espanto de lo más graciosa y le recordó a ese tío, por si acaso lo había olvidado:

—Pero es un niño, también necesita descansar, divertirse, jugar, soñar y aburrirse. Aburrirse es muy importante, señor Harris, no sé si lo sabe, pero cuando nos aburrimos es cuando más se activan las zonas creativas del cerebro.

El señor Harris gruñó otra vez, agarró su pluma y le preguntó:

—¿Me está diciendo que quiere enseñar a mi hijo a aburrirse para que acabe pintando monigotes?

Emily, que no pensaba para nada dejarse intimidar por ese Don Perfecto con corbata italiana, respondió:

—Lo importante es que su hijo sea feliz y si es feliz pintando monigotes. ¿Por qué no, señor Harris?

El señor Harris levantó una ceja, la miró de arriba abajo, de pronto tuvo la ridícula intuición de que debajo de todos esos trapajos se escondía una bonita figura, y finalmente contestó:

—Porque me niego a que mi hijo a los veintiséis años tenga un currículum como el suyo, señorita Fisher —dijo señalando el currículum de la chica con el dedo índice.

Emily sabía perfectamente cómo era su currículum, no tenía que venir nadie a recordarle que tras graduarse no había encontrado más que trabajos basura en los que se mataba a trabajar y apenas le daban para pagar las facturas. Pero ese era el camino que había elegido y no pensaba pedir perdón por ello:

—Estudié Bellas Artes porque me apasiona la pintura —le soltó a ese tío que no podía resultar más engreído ni más petulante.

—Ya veo lo que le apasiona que no ha hecho ni una exposición, aunque sea colectiva, desde que acabó la carrera.

Emily apretó fuerte los labios porque aquello le dolía demasiado, si bien no pensaba derrumbarse delante de ese tío:

—Se puede ser creativa sin necesidad de hacer exposiciones.

El señor Harris se pellizcó la barbilla y con una sonrisa triunfante, respondió:

—Desde luego, en el Burger King friendo hamburguesas se puede ser terriblemente creativo...

Emily le miró echando chispas por los ojos y replicó:

—¿Quién se cree que es usted para burlarse de mí, señor Harris?

El señor Harris le clavó la mirada y respondió con la verdad, porque no sabía actuar de otra forma:

—Soy un apasionado de la excelencia, y es algo que honestamente no encuentro en su currículum.

A Emily le dolieron muchísimo las palabras de ese tío que hablaba con esa dureza, juzgándola sin conocerla, pero con todo replicó porque no pensaba

rendirse:

—Yo también amo la excelencia, sé trabajar duro y luchar por lo que quiero. Por eso, estoy aquí y por eso pienso desempeñar mi trabajo de niñera como jamás lo ha hecho nadie antes.

El señor Harris se enderezó en su sillón y vio tantas cosas en la mirada de esa chica que se defendía como una pantera acorralada que replicó:

—Trabajar conmigo no es fácil. Exijo, soy muy duro y detesto la autocomplacencia.

Emily le clavó la mirada y habló con el corazón en la mano, sin que para nada las palabras de ese tío le amilanaran lo más mínimo:

—Necesito este trabajo, lo demás me importa un bledo.

El señor Harris se echó el pelo hacia atrás y habló tras apretar fuerte las mandíbulas:

—Lo demás importa tanto que en el puesto no hay nadie que aguante más de tres días.

Emily sonrió de oreja a oreja y replicó:

—Lo entiendo perfectamente. Es usted insoportable. Espero que no le importe que se lo diga...

Al señor Harris no solo no le importó, sino que incomprensiblemente se puso tan duro que tuvo que pegarse a la mesa para que esa chica no se percatara de lo que acababa de sucederle.

Pero ¿cómo podía ser? ¿Cómo su cuerpo podía reaccionar de esa forma ante las palabras de esa artistilla descarada?

## Capítulo 3

La única respuesta que encontró era que trabajaba demasiado y que necesitaba una buena sesión de sexo.

Hacía más de seis meses que no lo hacía y ya iba tocando, llamaría el fin de semana a alguna de las amigas con las que tenía sexo sin más y no volverían a pasarle cosas tan ridículas y absurdas como las que acababan de ocurrirle con la señorita Fisher.

Que sí, que era atractiva, tenía una melena preciosa y rizada, una mirada intensa y una boca jugosa que debía ser una delicia, pero eso no era como para ponerse duro como una roca.

Y más él que estaba acostumbrado a salir con mujeres de impresión, modelos y actrices de cuerpos perfectos y caras cinceladas a golpe de bisturí.

Mujeres que le dejaban una sensación de vacío tremendo después de una buena dosis de sexo casual, pero eso era lo que había...

Con ninguna había tenido la necesidad de ir más allá, de implicarse, de comprometerse, de entregarse como lo hizo aquella vez en que le partieron el corazón.

Y una y no más...

Se juró a sí mismo que jamás volvería a cometer el error de enamorarse y lo había cumplido a rajatabla.

Además, estaba muy bien así...

Tenía a Peter, tenía a su familia, tenía a sus amigos, un trabajo que le llenaba...

¿Para qué necesitaba más?

El caso es que después de que se le pasara todo eso por la cabeza y empalmado como no recordaba, le dijo a esa chica que le miraba con un orgullo de lo más irritante:

—Trabajar conmigo es el mismísimo infierno.

Emily levantó la nariz y, negando con la cabeza, replicó:

—¿Más que la cocina de una hamburguesería? Se sobreestima, señor Harris.

El señor Harris que para nada esperaba esa respuesta, esbozó media sonrisa

y luego tras darse cuenta de que estaba medio sonriendo, él que hacía mucho tiempo que dejó de sonreír, recompuso el gesto y le dijo muy serio:

—Es usted una mosca cojonera, Fisher. Espero que no le importe que se lo diga.

Emily sonrió de oreja a oreja, porque lo de Fisher le gustó y matizó:

—Lo mío se llama perseverancia, señor Harris. Yo jamás me rindo. Y por eso, siempre gano.

Al señor Harris no solo se le iluminó la mirada, sino que para su más absoluto pasmo se puso más duro todavía:

—Me gusta la gente que no se rinde —reconoció—. Es algo que intento inculcarle a mi hijo.

—Es ejemplo es fundamental. Yo es lo que vi en mi casa. Mis padres no han hecho otra cosa más que luchar y luchar... Jamás han tirado la toalla...

Al señor Harris le encantó la determinación y la fuerza que había en la mirada y en las palabras de esa chica, pero no se lo pensaba poner fácil.

—Eso está muy bien. Pero en su caso, veo que le faltan objetivos claros. No entiendo cómo una graduada en Bellas Artes con calificaciones excelentes está postulando dos años después a un puesto de niñera.

Emily no estaba ahí para que ese cretino le hiciera psicoterapia, por eso se cruzó de brazos y replicó a la defensiva:

—Eso a usted debe importarle un soberano pepino. Estoy aquí porque creo que puedo ejercer perfectamente las labores de niñera. Soy trabajadora, resolutiva, empática, creativa...

—Usted será todo lo que quiera pero ni tiene experiencia, ni la picardía de haberse inventado algo como que es la mayor de ocho hermanos a los que cuidó con denuedo.

—Soy hija única —afirmó mirándole desafiante.

—Pero algo habrá tenido bajo su responsabilidad, no sé... Un caniche, un geranio... Un algo...

Emily le miró furiosa, se descruzó de brazos y negando con la cabeza le confesó:

—No. No tengo mascotas, ni plantas... Pero mi padre tuvo un accidente laboral cuando yo tenía dieciséis años, se quedó postrado en una silla y desde entonces soy la que llevo el pan a mi casa. Mi madre trabaja limpiando un colegio y su sueldo no da para mucho. Además los tratamientos de papá son caros, por eso necesito este maldito puesto de trabajo.

El señor Harris de repente se sintió tan avergonzado que bajó la vista al currículum y farfulló:

—Y además estudió en una de las universidades más caras, por lo que supongo que seguirá pagando el crédito.

—El crédito, el alquiler del zulo en el que vivo, el teléfono, el agua, la luz... Menos mal que tengo la comida cubierta gracias a que mi amiga Helen me pasa las sobras del restaurante donde trabaja y con la ropa y demás me apaño con lo que pillo en la parroquia de las bolsas que dejan las señoras pudientes para la beneficencia.

—Ahora entiendo sus pintas... —comentó el señor Harris que no podía evitar soltar sus zarpazos.

—Mi intención era contarle para justificar mi tardanza que me habían asaltado, que se habían llevado mi abrigo de Armani y mi bolsito de YSL, y que no me había quedado más remedio que vestirme con la ropa que había encontrado en un contenedor.

El señor Harris se mordió los labios para evitar sonreír, porque la verdad era que esa chica le hacía sonreír... A él que se no reía ni con el mejor payaso del universo, y luego le aseguró:

—Es imposible que le hubiera creído porque huele como el campo en primavera... Como esas flores dulces y salvajes propias de cuando la vida estalla por todas partes...

Y tras decir esto tan cursi, el señor Harris se sintió tan ridículo que se puso a toser para no seguir diciendo estupideces.

Y Emily que estaba alucinada después de que ese hombre tan petardo saliera con esas de repente, se metió la mano en el bolsillo y le preguntó:

—¿Quiere un caramelo o tose porque se avergüenza de lo que me acaba de decir?

El señor Harris sin saber ni qué decir ni dónde meterse, decidió cortar por lo sano con esa absurda conversación y tras levantarse a por una botella de agua, que abrió y se bebió casi del tirón, dijo:

—Mire, señorita Fisher, esto se está alargando demasiado.

—Pues sí. Y le recuerdo que me tiene aquí de pie y que no ha tenido ni la deferencia de ofrecerme un café o un vasito de agua.

El señor Harris se situó frente a ella, tan cerca que no solo podía olerla con más intensidad que nunca, sino que se percató de que tenía unas pecas en las mejillas que no podían ser más encantadoras...

Y tragó saliva, porque ¿desde cuándo a él le parecían unas jodidas pecas encantadoras?

Luego, le clavó la mirada y le dijo con una sinceridad pavorosa:

—Tiene razón. Mis maneras son deplorables. Pero no debe esperar mucho más de mí. Soy lo que ve.

Emily manteniéndole la mirada, y sintiendo más que nunca la poderosa presencia de ese tío que estaba como un cañón y olía que era como para correrse ahí mismo de gusto, replicó:

—Yo también soy lo que ve. Y si he llegado tarde ha sido porque no tengo ni para pagarme el metro. Pero soy una persona capaz, que no tiene miedo al trabajo duro y que lo entrega todo.

Al escuchar a esa chica hablar con esa determinación, el señor Harris no solo sintió admiración sino que esa parte de su anatomía que iba por libre se puso más firme todavía.

Y aquello era tal disparate que decidió acabar cuanto antes con esa situación que ya le estaba poniendo de los nervios. Por eso, dijo:

—Veremos si es cierto.

Y se dirigió hasta la puerta que abrió para mostrarle a la señorita Fisher el camino.

Ella sin moverse del sitio y sin dar crédito a lo que estaba sucediendo, preguntó:

—¿Eso significa que me contrata?

El señor Harris apretó fuerte el pomo de la puerta y respondió:

—Eso significa que estoy desesperado, que estoy harto de buscar niñeras y que vamos a ver si la peor de las candidatas posibles resulta ser tan buena como promete... Empieza mañana. A la una en punto la quiero aquí. Firmaremos el contrato, le pagaré un mes por adelantado y se lo remuneraré bien. Pero le voy a exigir como nadie en su vida le ha exigido. ¿Cree que está preparada para el reto? Porque si no es así, este es justo el momento de decirlo.

Emily se acercó hasta la puerta, se plantó frente a él y sin pensarlo ni un instante respondió:

—¿Estoy preparada y usted?

El señor Harris sintió un estremecimiento de lo más patético, por lo menos él lo sintió así, y respondió:

—¿Para qué se supone que debo prepararme señorita Harris? ¿Tendría la

bondad de decírmelo?

—Le responderé con sus propias palabras, para que me entienda mejor: para tener enfrente a una auténtica mosca cojonera—. Luego sonrió de oreja a oreja y se despidió diciéndole—: ¡Buenos días, señor Harris!

Y se marchó dejando al señor Harris con ese embriagador perfume a flores, a campo, a libertad, a vida...

Y una extrañísima sensación el cuerpo...

## Capítulo 4

Unas horas después, a las ocho de la tarde, Helen se presentó en casa de su amiga Emily, como tantas tardes, en el Lower East Side, con un montón de tarteras con comida del restaurante en el que trabajaba como cocinera.

—Hoy te traigo macarrones, lasaña, paella, pollo al curry, lenguado al horno, ternera en salsa... ¡Es lo bueno que tiene trabajar en un restaurante de cocina internacional! —contó tras entrar en el pequeñísimo apartamento y dirigirse directamente a la nevera de la cocina donde lo guardó todo.

Emily que estaba con una sonrisa radiante, y muy ansiosa por informarle de todas sus novedades, repuso:

—Nunca me cansaré de darte las gracias por tu generosidad. De verdad que no sé qué habría sido de mí sin ti, pero creo que mi suerte está a puntito de cambiar...

Helen después de guardar todas las tarteras en la nevera miró a su amiga con gran curiosidad y preguntó:

—¿Has encontrado un trabajo? ¡Ay, dime que sí!

—¿No ves la cara que tengo?

Helen se echó a reír, sacó unas cervezas que llevaba en una bolsa de papel y le dijo a su amiga:

—Vamos al salón y me cuentas todo con unas cervecitas.

—Amiga estás en todo. Si no fuera heterosexual, ¡me casaría contigo! ¡Es que no se puede ser más perfecta que tú!

Helen dio un manotazo al aire, miró a su amiga muerta de risa y luego replicó:

—¡No digas chorradas! Perfecta, yo. Jojojojo. Y lo que hago no tiene mérito ninguno. Trabajo en un restaurante, sobra siempre mucha comida, tu casa me pilla de camino y vivo a tres calles de aquí. Lo que yo hago lo haría cualquiera...

Las amigas se sentaron en un sofá azul frente a una televisión vieja y Emily insistió:

—No lo hace cualquiera, Helen. Eres un ángel.

Helen soltó una carcajada y replicó divertida:

—¡De Victoria Secret! Madre mía. ¡Con este cuerpazo con más curvas que la carretera de mi pueblo! Yo creo que ya me sobran como quince kilos.

—Eres maravillosa. Tal y como eres.

—¡Anda, para ya por favor, no hace falta que me mientas ni que me hagas la pelota! Lo odio.

—Que no, que te digo la verdad.

—¡Déjalo, por favor! Y cuéntame por qué luces esa sonrisa tan divina.

—Me llamaron de la agencia para un puesto de niñera...

Helen puso una cara muy rara y preguntó extrañada:

—¡Niñera, tú? ¡Pero si en la vida te he visto haciendo ni un cariñito a un bebé!

—No soy muy niñera, pero el trabajo no es para cuidar a un bebé, sino a un niño de nueve años. El padre trabaja mucho y la de la agencia me comentó que mi curro consistiría en apoyar al niño con las tareas, acompañarle a las actividades extraescolares y quedarme hasta la cena... En fin, algo que a priori puedo hacer perfectamente, pero conocí al padre y me pintó la cosa tan complicada como si fuera a trabajar en la NASA. Tenías que haberlo visto, un tío estirado y engreído con el que no me achiqué en ningún momento. Le planté cara y al final le convencí para que me diera ese maldito empleo. Pero no veas cómo me lo tuve que currar. ¡Menudo hueso, el cabrón!

—¡Uy nena, pues si hablas así de tu jefe cuando aún no has empezado a trabajar, no te cuento lo que te espera!

Emily se revolvió en el asiento, dio un sorbo a su cerveza y reconoció:

—No va a ser fácil, me lo ha dejado bien clarito el señor Harris. Pero yo también le he advertido de que soy una mosca cojonera.

Helen se echó a reír y replicó aferrada a su cerveza:

—¡Pobre hombre! No sabe lo que se le viene encima. Oye, ¿y cómo es?

—Insoportable, ya te lo he dicho.

—No, tía, digo de físico.

—De físico está buenísimo, alto, fuerte, de mirada intensa, voz profunda...  
—comentó como si tal cosa.

Helen sacó el teléfono móvil del bolso y preguntó a su amiga ansiosa por ver a ese Adonis:

—Voy a buscarlo. ¡Me muero por verlo!

—En la agencia me dijeron que es un empresario muy importante, pero no vas a encontrarlo por ningún sitio porque él mismo me aseguró que huye de los

medios y me exigió discreción. Es el ser más arisco y huraño que he conocido en mi vida.

A Helen le dio lo mismo lo que dijera su amiga, ya que se puso a buscarlo...

—Y dices que se llama...

—Se llama John Harris, pero que no lo vas a encontrar. No seas pelma, nena.

Helen después de curiosear un rato en las redes, miró a su amiga con los ojos brillantes y canturreó:

—¡Qué buena soy, querida amiga! Es que no se me resiste nadie ni nada. Soy capaz de encontrar una aguja en un pajar, puesto que este buenorro que está para hacerle infinitos favores, que es el fundador de una importantísima empresa de software médico segurísimo que es tu jefe.

Helen le mostró la foto y efectivamente ahí estaba el borde de su jefe con su traje oscuro y una cara de poquísimos amigos. Vamos, seguro que ninguno, pensó Emily.

—Pues sí, es él. Míster la Alegría de la Huerta —bromeó Emily tras contemplar la foto.

Helen sin despegar la vista de la foto y, encantadísima con lo que estaba viendo, repuso:

—¡Madre mía, qué pedazo de tío! ¿Y dices que vas a trabajar con este guapazo? ¡Qué mala suerte la tuya, nena! —exclamó Helen entre risas.

—Tiene un físico de impresión, pero a mí la belleza me da lo mismo. A ver que tengo ojos en la cara y cierto criterio estético y reconozco que es un hombre atractivo...

—¿Atractivo? Con este tío me pasaría la eternidad enterita haciendo guarrerías sin fin.

—¡No seas frívola!

—¡Soy realista! Tu jefe está que cruje y tiene una mirada de animal salvaje con el que te digo yo que hacerlo tiene que ser una experiencia religiosa.

—Sí, ¡no tengo otra cosa que hacer que liarme con mi jefe! ¿Tú estás loca? ¡Deja de decir bobadas, por favor, y preocúpate mejor de tu vida amorosa!

Helen sonrió, dio un sorbo a su bebida y confesó:

—Eso quisiera yo, tener una vida amorosa. O al menos una de folladora nata, pero ni eso. No me saco a Paul de la cabeza y Paul pasa de mí. Así que...

Paul era el contable de la cadena de restaurantes donde trabajaba Helen, y ella llevaba enamorada de él desde el primer día que lo conoció...

—No pasa de ti. Quedáis fuera del trabajo para ir al cine, a la bolera, a bailar, sois muy amigos, se queda a dormir en tu casa y...

—Y nada más. Porque es mi amigo y punto. Nos llevamos genial, pero como hermanos. No le pongo nada de nada. Debo parecerle una foca sin bigote, demasiado loca y demasiado parlanchina. Es lo que hay —aseguró Helen encogiéndose de hombros.

—Creo que ese es el problema, sois tan amigos que tiene miedo a dar el paso. El típico miedo a perderlo todo: el amor y la amistad.

—¡Qué va! Le he dado miles de señales para que sepa que me gusta. Hasta le he dicho que me encanta Orlando Bloom, porque Paul es clavado... Pero nada, que no. Que donde no hay no se puede rascar... Así que rasca por tú por mí, amiguita. Y móntatelo con el empotrador de tu jefazo, al menos que alguien disfrute de las bondades de la vida.

—¡Estás como una cabra!

—Tonta serías si no lo hicieras...

—Sí, tener un lio en el trabajo. ¡Es ideal! ¡Menudos consejos me das! ¡Ni que fuera tu peor enemiga! Y lo tuyo con Paul ya verás cómo termina bien. Solo tienes que tener paciencia. Y yo con mi jefe de lo único que voy a disfrutar son de sus borderías y de sus exigencias. Pero estoy dispuesta a todo, porque no pienso perder ese trabajo por nada del mundo.

## Capítulo 5

Al día siguiente y con diez minutos de antelación, Emily llegó a la casa del señor Harris donde Doris le pasó un contrato de treinta folios.

—Lo ha redactado su bufete de abogados, tómate tu tiempo para leerlo. Al señor Harris le gusta tener todo perfectamente atado. Pero vas a estar muy bien con nosotros. No dejes que te intimide el contrato, ni este dossier con todas las cosas que debes y no debes hacer —comentó la señora Hunt, pasándole también un tocho de otras cuarenta páginas.

Emily se quedó alucinada mirándolo y luego exclamó:

—¡Ya es tarde! Me estoy poniendo bastante nerviosa.

Doris sonrió porque la entendía perfectamente y luego le dijo para calmarla:

—Léelo tranquila, pero en el fondo solo se trata de que emplees el sentido común y la empatía. Y tú tienes de sobra de eso.

Emily se puso a hojear el dossier y se quedó con los ojos como platos:

—Aquí pone que no debo cambiar nada de sitio, ni la jabonera del cuarto de baño. ¿Pero cómo se toma la molestia de escribir hasta este absurdo detalle de la jabonera? ¡Por Dios, qué obseso del control!

—Si solo fuera la jabonera...

Emily que seguía leyendo sin dar crédito, replicó cada vez más perpleja:

—Ya veo, ya. No puedo abrir la nevera de la cocina principal, no puedo alimentarme en la casa con comida basura, bajo ningún concepto debo pasarle o comprarle chucherías a Peter, ni ponerle música que no sea clásica, ni dejarle ver la televisión, ni Netflix, ni que lea cómics, ni literatura que no sea seria, ni sacarle fuera del barrio...

—Ajá.

Emily levantó la vista del documento y preguntó a la señora Hunt:

—Pero es que ni en el más estricto internado suizo observan estas normas tan estrictas. ¡Pobre niño! Solo falta que hasta le prohíban reír...

—Pues casi, porque el señor Harris detesta las risotadas, siempre que Peter suelta alguna le reprende.

Emily tragó saliva, cerró el informe y le confesó a la señora Hunt:

—Peter me está dando mucha pena.

—Por eso te necesitamos, y ahora me queda entregarte una cosa más.

—Dime...

Doris temía la reacción de Emily pero no le quedaba otra, porque era una exigencia más del señor Harris. Así que cogió un uniforme rosa claro que estaba sobre la silla y se lo dio:

—El señor Harris quiere que utilices uniforme.

Emily cogió el uniforme que Doris le pasó y se quedó horrorizada porque llevaba hasta cofia.

—Pero esto es tan antiguo y tan humillante...

Doris que vestía también de uniforme, azul claro, pero sin cofia le confesó:

—Ponte la cofia los primeros días, luego ni se percatará de que no la llevas. Yo hice lo mismo... Hazme caso.

Emily desdobló el uniforme y vio que consistía en una falda horrible como cinco dedos por debajo de la rodilla, una blusa a juego y un delantal con puntillas, todo en un rosa de lo más pálido y deprimente.

—Voy a parecer un jodido chicle requetemasticado. ¿De verdad que tengo que pasar por esto?

—El señor Harris es muy estricto con estas convenciones, además así no se te ensucia la ropa que traes de casa.

—Tampoco es que tenga mucho valor la ropa que traigo... Si es por eso...

Doris sonrió, la tomó por los hombros y luego habló con cariño:

—Sé que al principio va a resultar esto duro, pero confío muchísimo en ti. Tienes que estar por encima de las pequeñeces y saber distinguir qué es lo importante de lo que no lo es.

—Lo importante es cumplir con las delirantes órdenes del jefe, porque si no me pondrá de patitas en la calle. Vale, lo pillo.

Doris se apartó de ella y replicó más sonriente aún:

—Eres una chica lista, si te guías por el corazón: todo saldrá bien.

Emily frunció el ceño porque no entendía bien el consejo:

—¿Con el corazón?

—Así es. Si lo pasas todo por el corazón, entenderás que el señor Harris tiene sus razones para ser así. Y te centrarás en lo importante de verdad que es Peter. Ese chico es un amor y sé que te va a robar el corazón.

—Con el padre que tiene, imagino que debe ser un chico triste y apocado, gris y taciturno que...

Emily se tuvo que callar, porque justo en ese instante abrió la puerta el

chófer y tras él apareció el niño, un Peter muerto de risa, con la camisa blanca del informe sacada por debajo del jersey, la corbata roja desanudada, la gorra de medio lado y una cara de pillo tremenda.

—¡Hola, Doris! ¿Cómo está la chica más guapa de Manhattan?

Peter dio un beso cariñoso en la mejilla a Doris y esta le dijo a Emily con orgullo:

—Emily, este es Peter. Mi Peter. Peter, esta es Emily, tu nueva niñera.

Peter se quedó gratamente sorprendido al ver a esa chica de pelo azul, jersey enorme, pantalones estrechos y botas Dr. Martens y preguntó atónito:

—¿Es una broma?

Emily negó con la cabeza y respondió:

—No, no lo es. Soy tu niñera. Y estoy como tú, no doy crédito a que tú seas Peter.

Peter se quitó la gorra, se peinó un poco con las manos y luego comentó:

—Todo el mundo flipa en cuanto me ve. Esperan un niño estirado y aburrido como mi padre y resulta que yo soy todo lo contrario...

A Emily le cayó tan bien Peter que sonrió aliviada y confesó:

—No sabes cuánto me alegra que no te parezcas nada a él.

—Por la noche sí que me parezco... Es que mi padre pasa a mi habitación todas las noches a despedirse y entonces me transformo en un chico muermazo: me plancho el pelo, me peino con la raya al lado, me pongo un pijama de abuelo y pongo cara de seta. El resto del tiempo soy yo... Y molo bastante. Como tu pelo... ¡Oh, me encantaría tener el pelo como tú! ¿Te importa que te tutee?

—Para nada. Y estoy segura de que a tu padre le encantaría que te tiñeras...

—bromeó Emily.

Todos se echaron a reír y después se despidieron del chófer que tenía prisa porque el señor Harris le estaba esperando para que le llevara a una reunión importante...

—Mi padre siempre tiene cosas importantes que hacer, así que tranquila que no le vas a ver mucho. Solo cuando llega a la noche y está tan agotado que no tendrá ganas de tocarte las pelotas.

Doris miró a Peter con una cara muy graciosa y le reprendió:

—¡Cuida ese lenguaje, muchachito!

—Tranquila que cuando estoy con mi padre, hablo como un abuelo de ochenta años, educado y correctísimo.

Emily, alucinada con la personalidad de Peter, aseguró:

—Me parece que sobro aquí. Peter eres tan...

—Es cierto que no necesito una niñera, pero mi padre se siente muy culpable porque solo trabaja. No me lo ha confesado nunca, pero lo sé. Y mitiga esa culpa de mierda que tiene con las niñeras que no aguantan mucho en el puesto.

—¿Pero no dices que tu padre no está mucho por aquí?

—En presencial. Pero tiene camaritas puestas en el salón y en la cocina que no para de mirar entre reunión y reunión importante. Fuera de esas zonas somos libres, si quieres hacer cortes de manga o cagarte en todo lo que se menea, hazlo lejos de esas habitaciones.

—¡Peter! —le riñó otra vez Doris—. ¡Vas a obligarme a lavarte la boca con jabón!

—Perdona, Doris. Es solo una frase hecha... Y ahora voy a cambiarme. Después de almorzar, vendrá el profesor de piano, luego el de francés y después el de finanzas.

Emily puso los ojos como platos y preguntó con una cara de pasmo tremenda:

—¿Das clases de finanzas con nueve años?

—Con un bróker de Manhattan, también estoy aprendiendo español, chino, matemáticas avanzadas, programación y algo de *big data*.

Emily tragó saliva y preguntó lo obvio:

—Y ¿cuándo te diviertes?

Peter sonrió y respondió encogiéndose de hombros:

—Papá está obsesionado con que aproveche el tiempo. Pero tú tranquila, que yo me las apañó para pasármelo bien...

## Capítulo 6

Una hora después, Emily estaba sentada en una esquina del salón, con su uniforme rosa y su cofia, en tanto que Peter recibía su clase de piano.

Lo cierto era que no entendía para qué narices estaba ahí, porque no pintaba absolutamente nada, si bien al momento lo supo porque recibió un wasap de su jefe que le decía:

*La pieza que está tocando Peter es demasiado fácil, dígame a Alexander que pasen a algo de Chopin y a un trabajo más exigente de digitación.*

Emily, a pesar de que Peter le había advertido de que había cámaras se quedó estupefacta por lo controlador que era ese hombre y respondió:

*¡Qué susto, por favor! ¿Qué pasa que es usted como Dios y está en todas partes?*

El señor Harris que iba de camino a otra reunión y había aprovechado el trayecto para observar a su hijo y a la nueva niñera, frunció el ceño y escribió, porque no iba a soportar que esa chica se pasara ni un milímetro de la raya:

*Yo lo veo todo, señorita Fisher. Y más cuando se trata de mi hijo. Así que ¡levante el panderero y póngase a trabajar de una puñetera vez!*

Emily se quedó perpleja al leer esas palabras tan groseras y escribió sin pensárselo dos veces:

*Usted es el jefe, pero no pienso permitir que me hable de ese modo, señor Harris. Todavía no me ha dado tiempo a leer el dossier, así que dispéñeme. Desconocía que fuera uno de mis cometidos decirle a los profesores cómo tienen que hacer su trabajo.*

El señor Harris leyó el mensaje, bufó y luego escribió a toda prisa porque esa conversación ya se estaba alargando demasiado:

*No se pase de lista, señorita Fisher. Su cometido básicamente es acatar mis órdenes. Yo mejor que nadie sé lo que mi hijo necesita, y una de esas cosas es que deje de tocar esa pieza facilona y pase a algo de más enjundia. Así que haga lo que le digo y no pierda de vista a su teléfono móvil. Yo siempre estoy, todo lo veo. No lo olvide, señorita. Y una cosita más, póngase bien la cofia, que la lleva ladeada.*

Emily con un cabreo tremendo, se colocó bien la maldita cofia, se levantó y

le pidió a Alexander, un joven ruso, que llevaba el pelo planchado y peinado con raya al lado, gafitas redondas, traje y una pajarita roja:

—Disculpe, Alexander...

Alexander se llevó el dedo índice a la boca y le pidió a Emily:

—Espera que termine de tocar la pieza. Es una preciosa canción popular rusa.

—Ya, pero el señor Harris quiere que su hijo practique piezas más exigentes.

—Ahora no estamos trabajando la digitación, sino el sentimiento —dijo Alexander con una sonrisa encantadora.

Y Emily le entendió perfectamente, pero es que había un pequeño problema: el señor Harris de sentimientos no sabía absolutamente nada. Vamos, que era un pedazo de carne con ojos, por eso replicó:

—Ya, pero me temo que el señor Harris eso no lo va a entender. Por cierto, ¿quiere que le traiga un vaso de agua?

Peter dejó de tocar y masculló a Emily en voz bajísima para que su padre no escuchara:

—Luego se tomará una birrita en la cocina de servicio, tú tranquila. Y ahora practicaré un rato más el sentimiento y luego le daré duro a otras piezas más complejas. No te preocupes, está todo bien. Y disfruta de la clase, hoy voy a tocar solo para ti, bella Emily.

Y Emily no pudo evitar sonreír como una boba, mientras daba gracias a Dios de que ese chico no se pareciese en nada a su padre.

Era tan divertido, cariñoso, atento y dulce que la verdad era como para llevárselo a casa.

Y desde luego que no entendía cómo su madre podía haberse marchado sin más, porque se estaba perdiendo conocer a alguien que merecía muchísimo la pena.

Luego, regresó a su rincón y disfrutó con las piezas que Peter tocó con una sensibilidad tremenda. Piezas tiernas y delicadas que le llegaron al alma y que aplaudió a rabiar a pesar de que el pesado de su jefe le advirtió de que no lo hiciera.

*Señorita Fisher, ¿podría dejar de aplaudir y decirle a Alexander que se deje de cancioncitas y pase de una vez a mayores?*

Emily levantó las cejas, resopló y respondió sin más:

*Si estuviera aquí, aplaudiría con mi mismo entusiasmo. Peter es bueno,*

*señor Harris. Así que deje que saque todo lo que tiene dentro.*

El señor Harris que estaba a punto de entrar a la reunión le recordó a la entrometida de la señorita Fisher:

*El que va a sacar todo lo que tiene dentro voy a ser yo como siga tocándome las narices, señorita Fisher, y créame que no le va gustar. Así que exija al sensible de Alexander que deje las cancioncitas de su pueblo y pasen a piezas más importantes. ¿Estamos?*

Luego, tras mandarlo, comprobó la cara que ponía Emily al leer el mensaje y le encantó. Ella parecía tan harta como cabreada, pero luego miró a Peter, se dejó llevar otra vez por la melodía romántica que sonaba de maravilla y ella sonrió. Sonrió y cerró los ojos para dejarse llevar por la música y el señor Harris sintió de repente unas absurdas y ridículas ganas de besar los labios jugosos de esa mujer irritante.

Y se sintió tan estúpido que se metió el teléfono en el bolsillo y entró a la reunión con un enfado de tres pares de narices.

Entretanto, en el apartamento, Peter y su profesor siguieron la clase con piezas más difíciles que el niño ejecutó a la perfección.

Después, al finalizar, Peter les pidió que se fueran a la cocina de servicio y allí sacó una cerveza del frigorífico que le dio a su profesor:

—Aquí podemos hablar más a gusto. No llegan los tentáculos de papá.

Y tras decir esto el niño, Alexander se revolvió el pelo con la mano, se deshizo de la pajarita, guardó las gafas en el bolsillo de su chaqueta y tomó una actitud mucho más desenfada:

—Gracias, tío —le dijo a Peter tras coger la cerveza.

Y Emily entonces se dio cuenta perfectamente de todo, porque tampoco había que ser muy listo para deducir que el profesor ruso estaba al tanto de que su jefe le espiaba con su maldita camarita.

—¿Cómo soportáis que el señor Harris esté todo el día espiando? —preguntó Emily quitándose la cofia que le molestaba un montón.

—Escondiéndonos en la cocina de servicio —replicó Peter muerto de risa.

Luego, se sirvió un refresco de limón y se untó una buena rebanada de Nutella ante los ojos de pasmo de Emily que exclamó:

—¡Tu padre no quiere que consumas esas cosas!

—Ya, pero las tomo. ¿Verdad que vas a guardarme el secretito? —preguntó Peter con una cara de pillo tremenda.

Y al momento, Emily entendió muchísimas cosas más:

—Me temo que me va a tocar guardarte más de uno...

—Las niñeras que contrata mi padre son unas estiradas como él que no entienden que los artistas somos libres y necesitamos ciertas licencias. Pero tú eres de los nuestros, Emily. Yo sé que sí, por algo llevas el pelo azul...

Y Alexander después le explicó...

—El señor Harris es un buen hombre y se desvive por su hijo, pero de música no tiene ni pajolera idea. Cree todo es disciplina y trabajo, y sí, tiene razón, pero también son importantes la sensibilidad y el corazón.

Tras escuchar aquello, Emily también abrió la nevera y se sirvió una cerveza porque se la había ganado solo por llevar la cofia y replicó:

—Así es. Pero a ver cómo hacemos para que le entre en la cabeza a ese hombre tan terco.

—Creo que hemos dado un paso importante con tu llegada. Tú puedes ayudarle... —sugirió Peter.

—¿Yo? —replicó Emily, encogiéndose de hombros.

—Sí, verás, las niñeras se piran a los tres días, no porque mi padre exija demasiado, sino porque no aceptan que yo tenga una cara B —explicó Peter con los mofletes manchados de Nutella.

—¿La cara B es la Nutella, las escapadas a la cocina de servicio y todo lo demás?

—Exacto. Soy un chico normal, que quiere tener una vida normal, y que además de tocar piezas de Chopin, se intercambia mp3 de música *trash metal* con su profesor de piano. Alexander tiene un grupo que hace esa música y me la manda por correo electrónico. Mi padre me tiene interceptado el teléfono móvil y he tenido que crearme un correo para ser... libre. ¿Lo entiendes, Emily? Dime que sí, por favor, dime que lo entiendes y que tú no eres como las otras...

## Capítulo 7

Emily lo entendió tan bien que cuando llegó el señor Harris a casa a las nueve de la noche, y le preguntó que cómo había todo, ella respondió:

—Perfectamente.

Y es que ella no iba a poner los pies en polvorosa porque Peter tuviera el buen gusto de ser normal, comer Nutella y escuchar música infernal.

Luego le sonrió de oreja a oreja y el señor Harris sintió que se iluminaba la habitación entera con la luz de esa mujer que era pura vida.

Y encima tenía una boca jugosa que debía ser una delicia morder...

Pero a él qué le importaba eso...

Él no estaba ahí para besarla, aunque no le hubiera importado hacerlo.

Como tampoco quitarle la cofia, agarrarla bien por el cuello, pegarle contra la dureza que pujaba entre sus pantalones y darle un beso húmedo y profundo, clavándole la lengua bien dentro, hasta dejarla sin aliento.

Luego arrebatarse con suavidad del delantal y arrancarle salvaje la camisa rosa que marcaba a la perfección la forma de sus pechos.

Altos, duros, del tamaño perfecto para que los amasara en sus manos hasta hacerla gemir de puro placer.

Y acto seguido, cargarla en brazos y empotrarla contra la pared de enfrente, tras romperle las bragas...

Ese era él.

John Harris, un auténtico cerdo.

Menos mal que esa chica no podía leerle el pensamiento y menos mal que le odiaba con todas sus ganas, a tenor de la cara con la que le estaba mirando.

Sí, porque aunque sonriera de oreja a oreja, él estaba convencido de que no sentía por él más que un rechazo infinito.

Y lo celebraba...

Porque así tenía que ser...

Era lo mejor para mantener las distancias y que aquello no se le fuera de las manos.

Por eso, decidió que era el momento perfecto para reprenderle por algo que

había hecho mal:

—Yo no puedo decir lo mismo, porque su día de trabajo no es que haya sido perfecto.

Emily se envaró, levantó una ceja y preguntó cruzándose de brazos:

—La perfección no existe, señor Harris. Perdona que se lo recuerde.

—No, claro que no. Pero no pienso permitir que distraiga a mi hijo con sus risitas absurdas.

Emily perpleja pestañeó muy deprisa y replicó a la defensiva:

—¿Risitas? No sé de qué me está hablando...

El señor Harris se aflojó un poco el nudo de su corbata, en un gesto que a Emily le pareció absurdamente *sexy*, porque para nada era el momento de fijarse en esos detalles.

Y menos con el señor Harris, el último hombre del planeta con el que jamás tendría algo y menos cuando le explicó:

—En la clase de finanzas, no ha parado de reírse y de distraer a Peter. Absténgase de hacerlo en lo sucesivo.

La clase de finanzas la impartía Tim, un joven muy atractivo que tenía un gran sentido del humor y con el que Emily se lo había pasado en grande. ¡Y eso que habían estado hablando de finanzas!

Además, luego en la cocina de servicio se había desmelenado por completo y había descubierto que además de un chico de Wall Street, era un viajero empedernido, adicto al deporte de riesgo y un fotógrafo excepcional.

Por eso, Emily no dudó en replicarle al pesado de su jefe:

—Va a ser difícil porque Tim es un hombre inteligente y como tal tiene un sentido del humor maravilloso.

El señor Harris pensó que él también tuvo en su día un sentido del humor maravilloso, hasta que la vida le dio un buen zarpazo.

Así que apretó fuerte las mandíbulas y le aclaró a su empleada:

—Cuando la vida te pega duro se te quitan las ganas de reír.

Emily le clavó la mirada y la verdad es que sintió el profundo dolor que había en la mirada de ese hombre, pero la vida era así.

Desgraciadamente había que lidiar con desencantos, fracasos, decepciones, enfermedades, pérdidas...

Y luchar con denuedo para no perder la sonrisa.

Al menos eso era lo que ella llevaba toda la vida practicando.

—Todos llevamos nuestra cruz, señor Harris. Y yo prefiero hacerlo con una

sonrisa.

Él señor Harris no pudo evitar que otra vez se le fuera la vista a esos labios jugosos y que se le pasara por la cabeza algo muy sucio. Tanto que se puso duro, muy duro y gruñó:

—Lo que sé es que no quiero que descentre a mi hijo. Ese Tim será muy chistoso, pero está aquí para que mi hijo aprenda. Nada más.

Emily que no estaba dispuesta a rendirse repuso alzando la barbilla:

—El humor es fundamental para el aprendizaje. Es una manera muy inteligente de captar la atención.

—Pero si el profesor hace un chiste y usted se pasa tres minutos riéndole la gracia, lo único que hace es ralentizar la clase y hacerle perder un precioso tiempo a mi hijo. Así que repito y será la última vez que lo haga: reprima sus ganas de reír. Es facilito, solo tiene que pensar en lo mal que lo va a pasar si pierde el empleo. ¿O le tengo que recordar que está hasta arriba de deudas? Por cierto, ya le he ingresado una buena cantidad de dinero para que pague el alquiler, llene la nevera y ayude en casa.

Emily que justo en ese instante estaba pensando que ese tío no podía ser más odioso, al escuchar lo del ingreso sonrió...

Sonrió porque lo necesitaba con una necesidad extrema y masculló:

—Gracias, señor Harris.

El señor Harris no quería las gracias de esa chica, tan solo se estaba limitando a ser justo:

—Doy porque exijo.

—Lo sé. Y yo lo voy a dar todo.

El señor Harris al escuchar esas palabras se puso más duro todavía. Era ridículo, estaba hablando de trabajo con una niñera y estaba más cachondo de cuando se ponía a tontear con sus amiguitas.

Si bien, lo achacó a la abstinencia y se prometió a sí mismo que el fin de semana, cuando Peter se marchara con los abuelos, quedaría con alguna amiga para desquitarse.

Hasta que se sacara esas ganas absurdas de revolcarse con la tocapelotas de la niñera que hasta con ese traje de faena estaba sencillamente encantadora.

Porque esa era la palabra, su pelo azul, su mirada brillante, esas ropas rosas que le hacían parecer más dulce todavía...

Esa mujer era un sueño.

Pero no era para él.

Esa chica tenía toda la pinta de ser la clásica romántica, ingenua y tierna, que creía en el amor para siempre y todos esos cuentos chinos.

Y él no.

Él creyó una vez y sufrió tanto que ya no estaba dispuesto a caer en el mismo error...

Además, ella jamás se fijaría en un hombre como él, serio, recto, racional... que solo podía darle buena conversación y sexo salvaje.

No.

Ella tenía pinta de ser más de paseos románticos, cenitas con velas y sexo dulce al calor de una chimenea.

Y risitas como las que había tenido con Tim...

*Arg.* Cómo le había molestado verla reír con las ocurrencias de ese tío que de repente detestaba como a nadie.

Tanto que cualquiera hubiera dicho que estaba celoso...

Pero no. ¿Celoso él?

No. Él no creía en el amor...

Como mucho podría tener sexo del bueno con Emily...

Y eso no iba a pasar jamás.

Ella le detestaba con todas sus fuerzas.

Y él se iba a encargar de que ese odio se hiciera con los días mucho más grande...

## Capítulo 8

Emily se fue adaptando poco a poco a su nuevo trabajo que era una auténtica delicia, porque la sintonía con Peter era cada día mayor.

Habían hecho tan buenas migas que después de las clases y de hacer los deberes, se encerraban en la cocina del servicio doméstico a ver una comedia muy divertida de la televisión, y luego jugaban a la Play, escuchaban música, canturreaban, bailaban como locos...

La cierto era que se lo pasaba teta con él y encima le pagaban...

Aquello era un chollo tremendo, aunque tuviera que llevar cofia y fingir en el salón que era una niñera de lo más estirada y eficiente para que su jefe lo viera con su maldita cámara.

Pero lo llevaba bien...

Lo peor era eso, su jefe, con el que coincidía cada noche y que siempre le reprendía por algo relacionado con el rigor, la disciplina y la seriedad.

Y se ponía tan pelma que tal vez por eso, unos días después, tuvo un sueño de lo más raro...

Raro y *hot*...

Porque soñó que ella estaba en la habitación donde solía cambiarse de ropa en la casa del señor Harris, que él entraba sigiloso y le exigía con un tono de voz duro y muy *sexy* que se quitara toda la ropa que llevaba puesta.

Pero lo peor no fue eso, sino que ella temblando y sintiendo una punzada de placer muy fuerte entre las piernas, obedeció...

Poco a poco se fue liberando de todas esas prendas hasta que se quedó desnuda frente a él.

Entonces, el señor Harris se acercó a ella, la besó implacable en la boca y luego la empujó contra la mesa, donde ella se puso con el trasero en pompa.

Así, en esa postura, totalmente expuesta ante él, el señor Harris amasó las nalgas con fuerza, hasta hacerla gemir y se bajó los pantalones...

Ella tembló de deseo, porque jamás lo había hecho de esa forma, pero con el señor Harris se moría por probarlo, por hacerlo, por gozarlo hasta el final.

Y se lo pidió entre susurros...

Y él se lo dio, se clavó entero hasta el fondo y ella gritó.

Derretida, estremecida, colmada, llena...

Y se lo hizo como jamás se lo había hecho nadie, contundente, exigente, duro, insaciable, voraz...

Penetrándola hasta arrancarle jadeos infinitos y regalándole un placer indescriptible...

Tanto que Emily se despertó con la mano en el clítoris y un orgasmo brutal como no recordaba en su vida.

Luego, encendió la luz, se retiró el sudor de la frente y se percató de que tenía los pezones durísimos.

Madre mía, pensó. No sabía qué hacía teniendo sueños sucios con su jefe, pero lo que acababa de sentir era lo más satisfactorio en lo sexual que le había pasado los últimos dos años.

Y es que desde que lo había dejado con Arthur, su novio de toda la vida, no había vuelto a tener relaciones con nadie. Ni siquiera sexo casual porque eso no iba con ella.

Ella solo podía hacerlo por amor, así que no entendía qué hacía teniendo esa clase de fantasía tan *hot* y encima con el tío que más detestaba del mundo.

Pero decidió no darle más importancia, porque la mente a veces jugaba esas malas pasadas.

Lo que Emily no sabía era que a su jefe su mente también le había traicionado, aunque no precisamente en sueños.

Al señor Harris le ocurrió que un sábado, cuando estaba besando a Cameron, una amiga con la que solía tener encuentros casuales, de repente le vino a la mente la boca de la niñera.

Esos labios jugosos, de color de fresa, que se moría probar y que de alguna forma esa noche fueron suyos, porque comenzó a besar a su amiga como si fuera Emily.

Y así, la agarró por el cuello, la besó duro y profundo, luego bajó la cremallera del vestido de satén y la dejó con los pechos al aire.

Eran unos pechos grandes y generosos, nada que ver con los de Emily, pero le dio lo mismo.

Los mordisqueó fantaseando con que eran los pezones rosados de la niñera, con que era ella la que gemía pidiendo más y más y se lo dio.

Bajó hasta el sexo mojado de esa mujer y lo devoró entero sin dejar de pensar en Emily, en su mirada, en su sonrisa, en su vitalidad, en sus ganas.

Era una locura.

Estaba practicando sexo con Cameron, mientras pensaba en la mirada de una chica que le desquiciaba como nadie.

Era la cosa más absurda que le había pasado en su vida, porque ¿cómo podía habersele metido la señorita Fisher tan dentro?

—¿Estás bien, John? Te noto algo disperso... —comentó la amiga, después de que la llevara al orgasmo con la lengua.

John se tumbó a su lado, negó con la cabeza y mintió:

—Estoy bien.

Cameron colocó la mano en la erección dura y grande y le dijo con la mirada llena de fuego:

—Trabajas demasiado, deberías llamarme más. Nos lo pasamos muy bien juntos.

Y John pensó que Cameron podría tener razón, trabajaba demasiado y por eso se le iba la pinza con la niñera...

—Nos deberíamos ver más... —dijo John, mientras pensaba que tal vez así lograría sacarse a esa chica para siempre de la cabeza.

—Siempre tengo ganas de follar contigo, John. Ya lo sabes.

Y en respuesta a tal revelación, John bajó la mano hasta la entrepierna mojada de esa mujer y enterró dos dedos.

—Eres tan dulce... —susurró John, mientras soñaba con que esa estrechez, cálida y húmeda, era la de Emily, que era ella la que se entregaba a esas caricias.

Y así estuvo, penetrándola y penetrándola, hasta que de nuevo le arrancó otro orgasmo que ella agradeció, descendiendo a besos hasta el miembro duro que devoró, mientras él no podía dejar de pensar que era la boca de Emily, que era ella la que lamía, chupaba, engullía, hasta que sucumbió a tal orgasmo que acabó corriéndose en lo más profundo de la garganta.

Acto seguido, Cameron se tumbó a su lado y le miró bastante intrigada:

—Sigues sin estar aquí, John. Somos amigos, si necesitas desahogarte, hazlo conmigo. Hay algo que te preocupa, lo sé.

John resopló, miró a su amiga y replicó encogiéndose de hombros:

—Es algo... ridículo. Es algo tan absurdo que ni debería hablarlo contigo.

Cameron llevó el dedo índice hasta la frente de John y aseguró:

—Lo tienes aquí, John. Es imposible que lo niegues.

—No lo niego. Solo es que me parece absurdo que no pueda dejar de pensar en la niñera de Peter.

Cameron abrió los ojos como platos y preguntó sin dar crédito:

—¿Qué? ¿Pensabas en ella mientras me lo hacías?

—Por eso te digo que es algo de todo punto estúpido. No entiendo lo que me está pasando. No me la puedo sacar de la cabeza. Y no me gusta para nada. Es tan irritante y tocapelotas...

Cameron se incorporó ofuscada, se cruzó de hombros y le recordó:

—No, no te gusta pero me has follado la boca pensando que era la de ella. ¿Y ahora qué, John Harris, quieres seguir haciéndome guarradas mientras fantaseas con que te lo montas con ella?

John sin entender por qué le estaba montando esa escena le pidió:

—No seas soez, por favor. Y tampoco te pongas ahora a hacer dramas.

—Claro que los hago, porque he tenido demasiada paciencia contigo. Respeto tus tiempos, no te agobio, no te presiono, estoy siempre que me lo pides, pero no pienso consentir que follemos mientras piensas en una maldita niñera. Por ahí sí que no pienso pasar...

Y a John no se le ocurrió nada mejor que replicar algo que se tenía que haber callado:

—Pero ahora te necesito más que nunca, tenemos que vernos más para que pueda sacarme a esa chica de mi cabeza.

Cameron muy ofuscada, saltó de la cama y vistiéndose a toda prisa le soltó:

—Todo el mundo me advirtió de que John Harris era un cabrón con pintas que acabaría partiéndome el corazón. Y yo no les creí... Yo pensaba que con el tiempo, superarías tu pánico al compromiso y tendríamos algo serio. Hasta pensaba en boda... Ya ves tú... ¡Si es que soy imbécil! Y ahora resulta que quieres usarme como una puñetera muñeca hinchable para descargarte mientras piensas en esa...

John que no entendía cómo esa mujer podía haberse montado esas películas en su cabeza le recordó:

—Tú me dijiste que aceptabas el sexo sin compromiso. Que éramos amigos que lo pasaban bien y punto...

—Y punto y seguido. Yo pensaba que eso era de momento, pero que con el tiempo madurarías y te darías cuenta de que jamás vas a conocer a nadie como yo.

—Yo no tengo culpa de que hagas interpretaciones erróneas, Cameron. Yo creo que te lo dejé todo bien clarito...

Cameron ya vestida, se colgó el bolso del hombro y farfulló:

—¡Vete a la mierda, John Harris! Jamás te perdonaré que me hayas humillado de esta forma, follarme mientras piensas en una vulgar niñera. Es tan repugnante... ¡Mejor dicho tú eres lo más repulsivo que me he echado a la cara!

Y tras decir esto, salió de la habitación dando un portazo.

## Capítulo 9

John concluyó que había sido una pésima idea intentar olvidarse de Emily acostándose con otras.

Aunque reconocía que él no tenía culpa de que Cameron se hubiera hecho esas ilusiones que él no había fomentado para nada.

Al contrario, siempre le dejó bien claro, a ella y a todas sus amigas, que no tenía intención de volverse a enamorar, de tener algo serio, ni de compartir la vida con nadie.

Estaba demasiado escarmentado como para volver a cometer esa pifia, así que él no había engañado ni a Cameron ni a nadie.

Si bien, lo que sí le había quedado más que claro era que mientras tuviera a la niñera en la cabeza no iba a volver a revolcarse con nadie.

En su lugar, decidió entregarse al trabajo duro para ver si así lograba arrancársela de la cabeza.

Además, de ser de lo más duro y frío con ella en los mensajes que se intercambiaban y luego cada noche, cuando llegaba a casa exhausto, reprenderla por todo lo que no había hecho bien durante el día.

Y lo cierto era que Emily lo llevaba bastante bien, soportaba el chaparrón con su mejor sonrisa y daba gracias cada día por pagar sus facturas y tener la nevera llena.

Lo demás... no era importante.

Aparte de que poco a poco se estaba haciendo inmune a las borderías y exigencias de su jefe y le resbalaba todo bastante.

Ella se centraba en Peter, a quien adoraba cada día más y más, y con quien se lo pasaba en grande.

Era un chico tan divertido, tan listo y tan genial que era maravilloso compartir con él tareas, deberes y juegos.

Como aquel día, ya a mediados de octubre, en el que Emily descubrió un talento nuevo de Peter...

Aquel día, después de que el niño tomara sus lecciones y terminara con los deberes, se fueron a la cocina a ver la comedia de televisión que jamás se perdían y de camino a Peter se le cayó algo de un cuaderno.

Emily se agachó a recogerlo y vio que era una caricatura muy buena de un tipo bastante desagradable, con cejas pobladas, gafas redondas y gesto contrariado.

—¿Esto qué es, señorito Harris?

Peter sonrió pícaro, se le iluminaron los ojos y respondió divertido:

—Te presento al señor Towers, mi profesor de matemáticas.

—Gracias por el dato, pero no te estoy preguntado por el señor que aparece en la caricatura, sino por la caricatura en sí. ¿De dónde la has sacado?

Peter frunció el ceño y algo agobiado preguntó:

—¿Tan mala te parece?

Emily sonrió, negó con la cabeza y contestó:

—Al contrario, es muy buena.

Peter se envaró, levantó la barbilla orgulloso y reconoció:

—Es mía.

Emily se quedó atónita, porque de verdad que ese dibujo era de una calidad extraordinaria y preguntó:

—¿Y cómo es que tenías tan oculto este don?

—No te pases tampoco, Emily. Pinto monigotes cuando me aburro en clase y a mis compañeros les divierte bastante. De hecho, hasta me pagan para que les haga caricaturas...

Emily rompió a reír porque ese chico era demasiado...

—¡Dios mío! Como tu padre se entere nos mata...

—Para algo tienen que servirme las clases de finanzas. ¿No crees? No para de decirme que tengo que valorar el dinero, que es algo muy importante, que tengo que ahorrar... Pues en ello estoy, tengo en una cajita todo lo que gano y me estoy haciendo con una buena pasta.

Emily no pudo evitar partirse de risa otra vez...

—Es que eres muy bueno.

Peter se encogió de hombros y luego reconoció:

—Eso no lo tengo yo tan claro, me veo del montón. Pero te agradezco el cumplido.

Emily cogió una galleta de jengibre de un frasco de cristal y le aseguró:

—No es un cumplido. Es una verdad como un templo. Y te lo digo yo que estudié Bellas Artes y algo debería saber.

Peter que desconocía ese dato de la biografía de su niñera, le pidió juntando las manos:

—¡Enséñame a dibujar, Emily! ¡Seguro que si me enseñas mejor muchísimo!

—Tú estás empeñado en que tu padre me ponga de patitas en la calle, ¿verdad?

—No se tiene por qué enterar. Puedes enseñarme en la cocina... Yo no te voy a delatar, porque eso sería además motivo directo de expulsión. Mi padre no me deja dibujar...

Emily pensó que ese hombre no podía ser más odioso, ¿pero cómo podía prohibir a su hijo pintar, desarrollar su talento y dar rienda suelta a su creatividad?

—¡No me lo puedo creer! Lo de este hombre es ya de traca —farfulló alucinada.

—No le gusta que lo haga. Le pedí que me pusiera un profesor de dibujo y me dijo que eso era perder el tiempo. Que mejor tenía que emplearlo en aprender cosas serias y prácticas. Que si quería dibujar que lo hiciera en mis ratos libres... Pero es que cuando me ve dibujando en mis ratos libres, me dice mejor que lea que es más provechoso.

Emily a punto de escupir la galleta de la burrada que estaba escuchando masculló:

—¡No entiendo cómo puede ser tan cerril! Si todo el mundo pensara como él, no tendríamos obras de arte, no habría cuadros maravillosos colgando de las paredes de los museos... Ni siquiera cuadros modestos en las paredes de las casas...

—No soporta verme pintar, no entiendo por qué le da tanta rabia pero es como te cuento.

—Es una soberana estupidez, porque además eres muy bueno.

Peter agradeció las palabras de la niñera con una sonrisa y le preguntó:

—¿Entonces me darías clases? Puedo pagártelas con el dinero de las caricaturas.

Emily negó con la cabeza y clavando otra vez la mirada en la caricatura tan fantástica dijo:

—Tienes un trazo muy bueno, suelto y preciso, y además atrapas el alma del retratado. Eso es algo muy difícil, Peter, y tú lo logras de una forma intuitiva, es increíble... Tal vez, habría que difuminar un poco más la zona de la parte superior, quitar estas sombras de aquí y apurar un poco más el trazo justo aquí, para que tenga más fuerza el gesto de las manos —le explicó mientras se lo

mostraba señalándole el dibujo.

Peter que escuchaba los consejos de Emily muy atento, preguntó lleno de expectación:

—¿Esto quiere decir que quieres ser mi profe?

Emily se mordió los labios porque podía meterse en un lío bien gordo:

—Peter necesito el dinero, tengo muchas deudas que pagar...

—Te estoy diciendo que tengo ahorros...

—No, por favor. Con lo que me paga tu padre es suficiente, pero lo que quiero decirte es que tengo pavor a que nos pille y me ponga de patitas en la calle. No puedo correr ese riesgo...

—No es ningún riesgo, Emily. Es como cuando jugamos a la PS4 o escuchamos música... Mi padre no se va a enterar y yo te lo voy a agradecer toda la vida. Me encanta dibujar. Tú eres artista, tú sabes lo que es llevar ese gusano dentro, esas ganas locas que hacen que te quemen los dedos.

Emily se puso de repente muy triste de solo recordar cuando ella un día tuvo esas mismas ganas, ganas que alguien mató para siempre, pues llevaba ya dos años sin coger un puñetero pincel.

Si bien, enseguida recompuso el gesto para que Peter no se percatara de nada y decidió que en esa situación lo mejor era seguir el consejo que le daban siempre sus padres:

—Mira, Peter, te voy a decir algo, cuando no sé qué hacer mi madre siempre me aconseja que siga el corazón y mi padre que sea justa. En este caso, mi corazón me dice que debo enseñarte lo que sé, eres muy bueno y tienes talento. Es una auténtica pena que no desarrolles tu don... Es más, es de justicia que lo hagas. Así que bueno...

Emily no pudo seguir hablando porque Peter se lanzó a su cuello y le gritó:

—¡No te vas a arrepentir, Emily! ¡Va a salir todo bien! ¡Y cuando me haga superfamoso y mis cuadros cuelguen de los museos, el mundo sabrá que fue la señorita Fisher la que me lo enseñó todo!

—¡Ni se te ocurra! Que no quiero tener líos con tu padre. Este será nuestro secreto, ¿estamos?

## Capítulo 10

Y su secreto fue durante el mes siguiente en que Emily estuvo impartiendo clases de dibujo en la cocina habilitada para el servicio doméstico.

Pero a mediados de noviembre sucedió algo que lo revolucionó todo por completo.

Y es que una noche, después de una jornada agotadora de trabajo, el señor Harris llegó a la casa y le dijo a Emily muy serio:

—Tengo que hablar con usted de algo importante.

Emily se puso bastante nerviosa, porque aunque estaba acostumbrada a que su jefe la reprendiera por casi todo, ese día parecía más ofuscado que nunca.

Con todo, respiró hondo y esforzándose al máximo por contener los nervios repuso:

—Dígame, señor Harris.

Y al decirlo, frunció los labios de una manera tan *sexy* que al señor Harris le entraron unas ganas locas de probar esos labios carnosos, para su más infinito horror.

Porque llevaba semanas luchando por sacarse a esa chica de la cabeza, y cuando creía que lo había logrado con trabajo duro y extenuante, resultaba que estaba frente a ella y solo quería besarla hasta dejarla sin aliento.

Cabreado consigo mismo, por no poder contener esa pasión absurda que ya pujaba en forma de dureza entre sus piernas, gruñó:

—Quiero enseñarle algo...

El señor Harris abrió el maletín de piel y sacó una de las caricaturas de Peter.

—Ya —balbuceó Emily haciendo esfuerzos ímprobos para que ese hombre no se percatara de que estaba a punto de hiperventilar de los nervios que tenía encima.

El señor Harris la miró sorprendido y preguntó:

—¿Ya? ¿Eso es lo único que tiene que decir?

Emily carraspeó sin saber qué decir, batió las manos y respondió:

—Verá, sé que no debía, conozco cuáles son sus prioridades, qué es lo que considera que es importante, cómo valora que se aproveche el tiempo en

actividades de las que usted llama productivas...

El señor Harris la interrumpió y fue directo al grano:

—No sé de qué diablos está hablando, señorita Fisher. Yo lo único que quiero saber es su opinión sobre este dibujo. Es de Peter. Hoy recibí un correo electrónico de su maestro con este dibujo adjunto. Y luego hemos hablado por teléfono. En esa conversación me ha contado que pilló a Peter dibujando en plena clase de matemáticas.

Emily se llevó las manos a la cara temiéndose lo peor y exclamó:

—¡Dios mío! Yo le pido perdón, señor Harris. Yo tengo la culpa de todo... Yo...

El señor Harris la interrumpió, sin entender por qué reaccionaba de esa forma:

—¡No hay quien la entienda, señorita Fisher! Cuando tiene que pedir perdón se queda muda y ahora que no tiene culpa de nada, pide perdón.

Emily se retiró las manos de la cara y con la esperanza de que no hubiera sido descubierta preguntó:

—Ah ¿no tengo que pedir perdón?

—Usted no tiene culpa de que el indisciplinado de mi hijo se ponga a dibujar monigotes en plena clase. Pero según el profesor Towers el incidente no tiene la más mínima importancia, porque Peter es un alumno excelente y por lo visto los monigotes estos son tan buenos que me aconseja que apunte al chico a clases de dibujo. Por eso quería hablar con usted, que es graduada en Bellas Artes, ¿de verdad que le parece esta caricatura buena?

Emily respiró aliviada al constatar que el señor Harris no sabía que llevaba un mes dando clases de dibujo a Peter y respondió con la vista puesta en el dibujo:

—Peter dibuja muy bien. Tiene talento. Soy de la misma opinión que el profesor Towers.

—Por lo visto es la caricatura de un compañero que yo no conozco, pero el profesor dice que está muy lograda.

—Sí, el chico es Billy Sanders, lo ha clavado...

Al señor Harris le sorprendió que la niñera conociera al compañero, si jamás había ido a buscarle al colegio, pues era cometido del chófer, así que preguntó:

—¿Y se puede saber de qué conoce a ese joven?

Emily lo conocía de que había estado trabajando su caricatura con Peter

unos cuantos días... No era la primera vez que lo retrataba entre cosas porque Billy era su mejor amigo.

—Es su mejor amigo. Peter me ha mostrado fotos junto a él —le aclaró y no mentía porque era cierto que le había enseñado fotos en muchas ocasiones. Claro que no le dijo que habían estado trabajando con ellas para las clases de dibujo que impartía en las cocinas...

El señor Harris miró a Emily y sintió que no podían haber tenido más suerte con esa chica, pues a pesar de todas sus pifias sentía un afecto sincero por su hijo.

Y eso le encantó, luego se aflojó un poco el nudo de la corbata y le explicó:

—Sé que no está bien que no conozca al mejor amigo de mi hijo, pero mi trabajo absorbe todo mi tiempo.

Emily arqueó una ceja de incredulidad y repuso risueña:

—No puedo creerme que usted esté reconociendo que hace algo mal. Si es Míster Perfecto.

El señor Harris negó con la cabeza, se mordió los labios y confesó:

—No lo soy. Y le juro que soy mucho más exigente conmigo mismo que con los demás.

Emily resopló y de verdad que hasta sintió lástima por él:

—Pues prefiero ni imaginarme el nivel de estrés al que tiene que estar sometido.

—Es la única forma de llegar a lo más alto. Si estoy donde estoy es porque me exijo hasta límites extremos.

—Pero así es imposible tener una vida plena. Quiero decir que el trabajo y la profesión son importantes, pero no dan la verdadera felicidad.

El señor Harris estuvo a punto de confesarle que qué le iba a contar a él, que se sentía tantas veces devastado por dentro.

Tenía a Peter, sí, tenía a su familia, tenía amigos, pero no disfrutaba de ellos porque vivía consagrado a su maldito trabajo.

Y es que desde que Marion, la madre de Peter, les dejara decidió refugiarse en el trabajo duro para no pensar, para no sufrir, para no sentir, para que no le doliera tanto ese abandono...

Y así pudo superar ese momento tan duro y continuar viviendo.

Si bien, reconocía que había momentos en que se sentía demasiado vacío y demasiado solo, que el trabajo no le llenaba en absoluto y que extrañaba entregarse a los demás, darse entero, querer sin límites...

Pero había sufrido tanto haciéndolo, que rápidamente llegaba a la conclusión de que era mejor seguir con los afectos blindados y el corazón congelado... Esa era sin duda la mejor fórmula que había encontrado para estar en paz y con todo bajo control.

Por eso, le replicó a Emily que le miraba con algo que detestaba: la maldita compasión:

—La felicidad siempre es efímera, yo valoro mucho más la tranquilidad.

A lo que Emily no pudo evitar replicar, porque ella era así de sincera:

—Una tranquilidad que le tiene completamente amargado.

Al señor Harris le molestaron esas palabras y le aclaró:

—No confunda mi seriedad con amargura, señorita Fisher. No se confunda.

Si bien, Emily tenía una opinión bien distinta que no se calló:

—La mirada no engaña, señor Harris y yo le miro y veo amargura.

El señor Harris le clavó la mirada a esa chica que le irritaba como nadie y decidió también ir con la verdad por delante:

—Pues yo miro la suya y veo un fuego y una pasión que no encaja con la vida de niñera que lleva.

A Emily tampoco le gustó escuchar la maldita verdad y con el ceño fruncido le recordó:

—Todos tenemos nuestras cosas.

El señor Harris percibió además de rabia, un punto de dolor y tristeza en la mirada de esa chica y musitó:

—Eso es cierto. Y disculpe si le han molestado mis palabras...

—Si lo hace para que retire lo de amargado, no pienso hacerlo —habló Emily cruzándose de brazos.

—Lo hago porque he visto en sus ojos algo que no me ha gustado. Y si han sido por mis palabras las que lo han provocado, lo lamento de verdad.

—En mis ojos habrá visto lo que en todos, la vida no es fácil para nadie.

—Ya, pero imagino que debe ser doloroso estudiar una carrera y acabar de niñera. Por eso, y para matar dos pájaros de un tiro se me ha ocurrido que podría dar clases de dibujo a Peter. Mi hijo desarrollaría ese talento que supuestamente tiene y usted se sentiría mucho más realizada.

Emily negó con la cabeza y le aclaró:

—Por mí no se preocupe. Aquí el que importa es Peter.

Sin embargo, el señor Harris le clavó la mirada y le aseguró de un modo que no pudo resultar más convincente:

—Usted también me importa, señorita Harris.

Y esas palabras sonaron tan sinceras, que Emily un sintió un tremendo pellizco en el estómago y solo pudo farfullar:

—¡Ay, mi madre!

—Tranquila, le recuerdo que soy el insoportable de su jefe, imagino que debe tener pesadillas conmigo...

Emily de repente se acordó de todos esos sueños húmedos que tenía con él, porque no paraba de tenerlos desde que estaba en esa casa y farfulló:

—Pesadillas no, o sea sí... Pero no, quiero decir... Que bueno, que ya nos vamos conociendo y llevo bien su insoportabilidad.

El señor Harris esbozó media sonrisa que en él era muchísimo y, con unas ganas tremendas de agarrarla por el cuello y besarla para que terminara de conocerle de verdad, le dijo:

—Mañana empiece con las clases. Se las pagaré aparte...

—No hace falta, señor Harris. Es usted insoportable pero también un jefe generoso. Ya me paga de sobra...

—Señorita Fisher, ¿siempre me tiene que estar dando la réplica en todo? ¿Hasta en su maldito sueldo? ¡Cierre el pico y sea obediente! Le pagaré sus clases de dibujo aparte, porque así es como debe ser...

Emily sonrió y de una forma de lo más espontánea, cogió a su jefe por los hombros, le plantó un beso en la mejilla y le dijo:

—Gracias, señor Harris. A pesar de todo, es un buen tipo.

Y se marchó de la casa dejando al señor Harris con un mareo encima como si se hubiera bebido él solito botella de champán.

# Capítulo 11

Sensación que por cierto le duró unos cuantos días, porque cada vez que recordaba ese momento sentía que flotaba.

Y eso que el beso no podía haber sido más casto ni más puro, pero cada vez que lo rememoraba se sentía en una nube, como el tío más idiota pero al mismo tiempo el más feliz del mundo.

Y es que le había gustado mucho, era el primer beso espontáneo que alguien le daba desde que se había convertido en un ogro y eso le tenía loco.

Por un lado, quería reprimir esas sensaciones porque no sabía adónde podían llegar, pero por otra parte era tan dulce lo que había sentido, se sentía tan bien cuando recordaba ese momento, que estaba totalmente confundido.

No sabía si seguir con el trato distante con la señorita Fisher o pasar a otro mucho más relajado...

No tenía ni idea de lo que hacer, pero lo que sí sabía era que cada día que pasaba estaba más contento de que esa chica estuviera en su casa.

Peter la adoraba y además desde que habían empezado con las clases de dibujo él parecía más feliz que nunca.

La señorita Fisher aseguraba que el chico tenía un talento increíble. Y al señor Harris aunque le había costado reconocerlo, no le había quedado otra que aceptarlo puesto que los hechos eran incuestionables.

No había más que echar una ojeada a esos dibujos para percatarse de que tenía un don, que había heredado de su madre.

A Marion también se le daba bien el dibujo y le encantaba hacer caricaturas.

Á él le hizo muchísimas, y eran muy buenas... Aún las conservaba en una carpeta en el trastero...

Cada vez que le entregaba una, se partía risa y luego la besaba con locura, porque estaba tan enamorado que hasta le dolía.

Y ella también de él, pero la relación poco a poco se fue desgastando hasta que un día se miraron a los ojos y se dieron cuenta de que ya no era lo mismo.

Que eso que tenían se había esfumado y entonces llegó la noticia del embarazo...

John a pesar de todo decidió quedarse, seguir a su lado, luchar por la

familia que estaban a punto de crear.

Pero Peter nació, Marion decidió irse y durante muchísimo tiempo el señor Harris estuvo pensando qué era lo que había hecho mal.

En qué se había equivocado para que le dejara solo con un bebé y un montón de promesas rotas.

Él era un programador informático recién graduado que empezaba a desarrollar software en el sótano de su casa. Un chico con un brillante expediente con todo por demostrar, y ella una chica creativa que todavía no encontraba su sitio en el mundo.

A Marion le gustaban demasiadas cosas, la música, la pintura, el baile, el canto, la interpretación...

Y la verdad era que todo lo hacía bien, tenía un talento enorme, pero le costaba enfocarse en una sola disciplina.

Y a veces eso la frustraba y John no podía ayudarla...

No sabía cómo hacer para que encontrara su camino y se sintiera plena, porque era obvio que no se sentía realizada.

No hallaba nada que la satisficiera, trabajaba en una gasolinera donde se sentía bastante desdichada y luego llegó el bebé que para nada deseaba.

Y salió corriendo, para no volver...

Tan solo dejó una nota donde le decía que estaba agobiada, que no era feliz y que necesitaba tiempo... Tan solo era eso... Tiempo para encontrarse, para saber quién era, para hallar el sentido a todo.

Pero pasaron los años, Peter tenía ya nueve años y no habían vuelto a saber nada de ella.

Y estaba convencido de que jamás iban a saberlo, porque ya había perdido totalmente la esperanza.

A Peter por supuesto que no le había contado nada de esto, cuando le preguntaba por su madre respondía con evasivas...

Evasivas que a Peter le dejaban muy triste, si bien enseguida entendió que no podía obtener más respuestas que esas.

Porque toda la verdad que pudiera decirle iba a dolerle demasiado...

Y él solo quería protegerle...

No había hecho otra cosa desde que Marion se fue...

Y se había obsesionado tanto con ello que hasta había evitado que desarrollara su faceta más creativa para impedir que se perdiera por el camino como lo había hecho su madre.

Él solo quería que estuviera centrado, que encontrara pronto su camino, que se sintiera desde siempre bien en su piel y con los pies bien afirmados en el suelo.

No obstante, ahora que le veía dibujando junto a Emily parecía tan feliz y tan a gusto que lamentaba no haberle incentivado para que desarrollara ese talento mucho antes.

Pero tenía tanto miedo...

Además era tan difícil ser padre y madre a la vez que lo normal era cometer muchísimos errores...

Menos mal que ahora estaba Emily en casa con la que Peter no paraba de reírse, de pasárselo bien, de dar rienda a todo lo que llevaba dentro y se le veía más feliz que nunca.

Por eso, iba a estar agradecido de por vida a esa mujer que no solo iba a su casa a trabajar, sino que de verdad se preocupaba y daba un afecto a manos llenas a lo que más quería en el mundo.

A su hijo y al motor de su vida.

A la razón por la que se levantaba cada mañana y por la que peleaba duro cada día.

Y pensando en él, un día de primeros de diciembre, cuando salía de una reunión y el chófer le llevaba en el coche hasta la otra punta de la ciudad, conectó la cámara...

Fuera nevaba con fuerza y hacía un viento que pelaba, pero Peter y Emily ajenos a todo, estaban inmersos en su clase de dibujo.

Si bien, de pronto se percató de que sucedió algo que le conmovió por completo. El niño estaba dibujando una manzana que Emily había colocado sobre unos libros frente a él para que la pintara y a Peter le entraron unas dudas:

—No sé bien cómo hacer las sombras para que no me queden demasiado oscuras.

Emily observó cómo tenía de avanzado el dibujo y le aconsejó:

—Vas muy bien, ahora ya solo te queda rematarlas alzando un poco la muñeca.

Peter intentó hacerlo como su profesora acababa de sugerirle, pero no dominaba bien la técnica y le pidió entregándole el carboncillo:

—Hazlo tú para que vea cómo es, por fa, Emily.

El señor Harris a través de la cámara percibió cómo Emily se ponía tensa,

pero con todo cogió el carboncillo y respiró hondo.

Poco a poco, lo acercó al papel, si bien su mano empezó a temblar y temblar, tanto que Peter le soltó risueño:

—Vaya tembleque que tienes...

Emily apretó entonces fuerte el carboncillo contra el papel y se quedó paralizada, rígida y blanca como la pared.

Luego, con los ojos llenos de lágrimas y la respiración agitada murmuró:

—No puedo.

Peter al verla así, se preocupó muchísimo y preguntó:

—¿Estás bien? ¿Te pasa algo? ¿Llamo a Doris para que te traiga un zumo o algo?

Emily se pasó la mano por la frente, para retirarse el sudor frío, le entregó el carboncillo a Peter y le dijo para que se tranquilizara:

—Estoy bien, ha debido ser por el calor de la calefacción. Me ha dado como una bajada de tensión. Pero sigue tú, por favor, tan solo tienes que seguir dibujando alzando un poco la muñeca... No es nada más que eso...

Peter la miró todavía preocupado y, como la seguía viendo muy blanca, preguntó:

—¿Estás segura de que estás bien?

Emily se abanicó con la mano y le mintió:

—Sí, perfectamente. Tú sigue.

Y Peter siguió, mientras Emily se sentía como un trapo porque una vez más había comprobado que cada vez que intentaba pintar le daba un ataque de pánico.

Y no iba a superarlo jamás...

Siempre iba a estar ahí ese maldito miedo paralizante para joderle la vida entera.

Y se sintió tan mal que tuvo que morderse los labios para no llorar...

No obstante, lo que ella no sabía era que desde el coche el señor Harris había presenciado toda la escena y tenía un plan para ayudarla...

Porque esa chica, aunque ella no lo supiera, cada día que pasaba le importaba cada vez más y más...

## Capítulo 12

Por eso, cuando llegó a casa un poco antes de lo habitual lo primero que hizo fue que pedirle que regresara lo antes posible a casa, pues la nieve de momento había dado una tregua:

—¡Buenas noches, señorita Fisher! Coja sus cosas y márchese cuanto antes. Mi chófer la está esperando abajo...

Emily que seguía afectada por lo del ataque de pánico, se quedó paralizada al interpretar las palabras de su jefe de la peor forma posible:

—Déjeme que me despida antes de Peter, por favor. Le he cogido mucho cariño y no me gustaría salir de esta casa sin decirle que...

El señor Harris lamentó tener tan poco tacto para esas cosas y le aclaró de inmediato:

—No la estoy despidiendo, señorita Fisher. Tan solo le estoy pidiendo que se marche ya, porque hace un frío tremendo y va a caer otra nevada. No quiero que se resfríe, así que mi chófer la va a llevar de vuelta a casa.

Emily sonrió aliviada y luego confesó llevándose la mano al pecho:

—Pues yo ya me veía de patitas en la calle.

El señor Harris negó con la cabeza y habló con un total convencimiento:

—Jamás cometería tal error. Es usted muy especial.

Emily arqueó una ceja de incredulidad y preguntó:

—¿Está usted contento conmigo? Perdome que se lo pregunte, pero como está siempre recordándome todo lo que hago mal.

—Se equivoca, tan solo le señalo aquello que es mejorable. Pero es usted muy competente y mi hijo la adora. Tonto sería si la dejara marchar.

—Madre mía, ¿está usted bien señor Harris o se ha dado un golpe en la cabeza o algo? Está rarísimo esta noche...

El señor Harris se quitó la chaqueta de su impecable traje italiano, la dejó encima del brazo del sillón y esbozando una pequeña sonrisa, reconoció:

—Tengo muchos defectos, señorita Fisher. Pero soy un hombre justo...

Y muy *sexy*, pensó Emily, porque al quedarse en camisa frente a ella, podían adivinarse los pectorales marcados y fuertes y los abdominales durísimos.

—Le agradezco sus palabras...

Y más esa noche, pensó Emily, después de que se hubiera puesto malísima al intentar coger un maldito carboncillo.

—El que estoy agradecido soy yo por todo lo que está haciendo por mi hijo. Está encantado con usted y sobre todo con el dibujo dice que está haciendo grandes progresos. Así que siga así, por favor.

Emily sonrió agradecida y otra vez insistió porque toda esa situación le parecía extrañísima:

—Se me hace tan raro que usted me diga estas cosas... Perdone que insista, pero ¿de verdad que está bien?

El señor Harris lo único que sabía era que lo había pasado fatal viéndola sufrir tanto con el carboncillo en la mano.

No podía soportar que una mujer que seguro que era talentosísima estuviera temblando como una hoja porque tuviera que dibujar tres trazos.

Era obvio que tenía un bloqueo tremendo, que el pánico y la inseguridad la dominaban, y eso era porque seguramente alguien le había hecho perder la autoestima y la confianza.

Y era una auténtica pena que un talento maravilloso, porque la señorita Fisher seguro que lo tenía, se echara a perder por una mala experiencia, una mala crítica o lo que fuera que hubiera llevado a esa chica a tener esa ansiedad.

Por eso, esa noche había decidido actuar con ella de esa manera, era lo que tocaba después de lo que estaba haciendo por su hijo.

Y aunque eso podía suponer un riesgo para él, que también sentía una atracción fortísima por ella, lo asumía perfectamente.

Podía reprimir sus instintos, no era un cavernícola, aunque se muriese por besarla, por abrazarla, por hacerle el amor hasta caer rendidos. Así que le dijo:

—Estoy perfectamente. Soy un hombre exigente, pero también sé reconocer lo valioso y bueno cuando lo tengo en frente.

Emily se estremeció al escuchar aquello, precisamente esa noche en la que se sentía una mierda y con los ojos llenos de lágrimas, bromeó para no romperse frente a su jefe:

—Se refiere a todos los libros maravillosos que tiene en esa librería sobre el combate, la guerra, el mando, el gobierno y el liderazgo: Maquiavelo, Sun-Tzu, Yamamoto, Debord, Napoleón...

El señor Harris sonrió, lo justo, una sonrisa pequeña, pero una sonrisa al fin

y al cabo y, negando con la cabeza, aclaró:

—Me siento muy orgulloso de mi biblioteca, pero me estoy refiriendo a ti... O sea a usted...

—No, si puedes tutearme. Yo me siento más cómoda, pero tú eres el jefe. Digo usted...

—Me parece estupendo el tuteo...

Emily que le costaba creer que pudiera estar teniendo esa conversación con el señor Harris se sinceró:

—Viniendo de un obseso del mando y del control es todo un honor.

John volvió a sonreír, a su manera, con los labios pegados, pero era una sonrisa y reconoció:

—Mi biblioteca me delata y tal vez por eso acabé convertido en un hombre de empresa. Pero no soy lo que hago, quiero decir que soy mucho más que un empresario que se mata por llevar a su negocio a lo más alto. Aunque no lo parezca y aunque yo lo olvide a veces...

—Es lo que intentaba decirle aquel día en el que le hablé de tener una vida plena —le recordó Emily, mientras se colocaba bien la maldita cofia que ese día no había agarrado bien con las horquillas y se le iba para todos los lados.

—Lo sé. Y me hiciste reflexionar al respecto, cómo no será que he invitado a mis padres, a mis hermanas mellizas y a mis siete sobrinos a que pasen las Navidades en mi casa.

Emily soltó una carcajada y preguntó sin dar crédito:

—¿Siete sobrinos?

—Y un san Bernardo que es como de la familia. O sea, ocho. Todos aquí, en mi casa... Normalmente ese panorama me habría dado un pánico tremendo, pero gracias a ti en mi casa va a haber más gente que en el metro en hora punta.

—Jajajajajaja. Os lo vais a pasar genial, ¿Peter lo sabe? Porque el otro día me comentó que no tenía muchas ganas de que pasar otras Navidades de sopor y aburrimiento. Y perdona que te lo diga, no te lo tomes como algo personal...

—No, qué va. No entiendo por qué mi hijo dice eso si no le dejo ni que ponga el árbol... —bromeó el señor Harris, pero con un punto de tristeza en la mirada que Emily captó a la perfección.

—Todos hemos pasado por esas etapas, cuando papá tuvo su accidente cambió. Se convirtió en otra persona y las Navidades también se volvieron muy tristes. Lo que pasa es que como yo soy tan pesada... Bueno, qué te voy a

contar...

Emily se encogió de hombros, el señor Harris negó con la cabeza y aseguró:

—Eres pura luz, Emily. Y seguro que tu padre da gracias cada día por tener una hija que adonde va lleva la alegría y la felicidad. Porque eso es lo que has traído a mi casa, me encanta llegar y escuchar risas y me encanta ver a mi hijo feliz.

Emily se quedó mirando extrañadísima a ese hombre que parecía que se lo habían cambiado y preguntó:

—¿Tú no serás el gemelo bueno del señor Harris? Porque es que esto es... No puedo ni creer lo que estoy escuchando.

—¿Es demasiado empalagoso, cursi, ridículo...? —preguntó John, frunciendo el ceño aunque convencido de que no había dicho sino la verdad.

—Pues sí, bastante... Pero te lo agradezco muchísimo y más viniendo de ti. Y desde luego que no sé qué mosca te ha picado, pero celebro que lo haya hecho.

El señor Harris sonrió, pero estaba vez con una sonrisa completa y dijo:

—Vete ya. No quiero que te sorprenda la nevada.

Y Emily se quedó alucinada porque jamás le había visto sonreír:

—¡Ay madre, si tienes dientes!

El señor Harris se echó a reír, a carcajada limpia y se sintió tan bien, pues había olvidado cuándo había sido la última vez que lo había hecho, que le dio un beso en la mejilla a esa chica que estaba cambiando su mundo sin pretenderlo y exclamó:

—¡Vete de una vez!

## Capítulo 13

Ya en el coche, de camino a casa, mientras unos copos de nieve finísima empezaban a caer por las calles de la ciudad, Emily no podía dejar de pensar en el beso que el señor Harris le había dado.

Es más, se llevó la mano a la mejilla y acarició ese beso con los dedos.

Había sido un beso suave, pequeño, dulce, pero había sido tan especial que le había dejado una sonrisa que no se le quitaba de los labios.

Y eso que el día había sido horrible, pero de repente ese beso lo había cambiado todo.

Y no era que le gustara el señor Harris, que sí...

O sea, ella reconocía que era un hombre tremendamente atractivo, con un cuerpo de impresión, con el que soñaba casi cada noche.

Y qué sueños.

Porque desde que estaba en esa casa no paraba de tener fantasías de alto voltaje con él.

Y para ella era una absoluta novedad, porque jamás le había pasado eso con nadie.

Es más, era de las que tampoco daba demasiada importancia al sexo y podía vivir sin él perfectamente.

De hecho, llevaba un par de años de abstinencia y lo llevaba estupendamente. Es que ni lo había echado de menos...

Sin embargo, desde que había conocido al señor Harris, no sabía qué le pasaba que se tenía que masturbar cada mañana por culpa de esos sueños *hot* que cada día eran más y más sucios.

A lo mejor era por el estrés, a lo mejor era porque su cuerpo necesitaba esos desahogos, en cualquier caso no les había dado ninguna importancia.

Porque no la tenían, ni por supuesto significaban que sintiera algo por el señor Harris.

A ver que sí, que sentía atracción porque ese hombre era un cañón y era difícil que dejara indiferente a nadie.

Si bien, reconocía que su forma de ser era insoportable.

Era un tío con un carácter tan horrible que ella jamás podría enamorarse de

alguien como él.

Era tan exigente, tan controlador, tan borde, tan duro, tan...

Emily de nuevo se llevó la mano a la mejilla, a ese punto exacto donde el señor Harris había depositado el beso y también tuvo que reconocer que ese hombre era mucho más que un jefe odioso.

Era un hombre justo, franco, trabajador, buen padre, capaz de sacrificarse por los suyos, de darlo todo, de reconocer sus errores y de llenar su casa de familiares para que su hijo pasara la más bonita de las Navidades.

Y encima, había tenido el detalle de ofrecerle su chófer un día de frío espantoso y de plantarle un beso lleno de complicidad y ternura justo el día que más lo necesitaba.

Y suspiró.

Con la vista perdida en las calles por las que todos corrían para llegar cuanto antes a casa, ella suspiró tontamente y sonrió.

No sabía qué le estaba pasando con el señor Harris, pero le gustaba que las cosas se estuvieran desarrollando de esa manera.

Y se sentía tan orgullosa de haberle arrancado una sonrisa, una sonrisa maravillosa y perfecta, y una carcajada de lo más liberadora, que a pesar de que el día había sido una mierda solo por eso todo lo compensaba.

Estaba feliz de haber visto al estirado y circunspecto de su jefe así, relajado y confiado, como tal vez alguna fue.

Justo antes de que le hicieran tanto daño y se convirtiera en ese hombre gris y triste...

Justo antes de que decidiera ponerse esa coraza de ejecutivo agresivo, de tío borde y exigente que no tiene la más mínima empatía, que ni siente ni padece de lo frío que es.

Pero solo era fachada...

A medida que le estaba conociendo se estaba dando cuenta de que el señor Harris era mucho más de lo que proyectaba, que estaba muy herido, si bien que en el fondo, muy en el fondo, todavía seguía siendo el mismo.

Ese hombre que esa noche había empezado a atisbar, alguien detallista y cariñoso, espontáneo y divertido, generoso y justo...

Y muchísimas cosas que estaba expectante por descubrir...

Cosas como que daba los mejores besos en las mejillas que jamás le habían dado...

Así que mejor no imaginar cómo serían esos mismos besos en la boca, en

los pechos o en su sexo...

Porque ella era la chica a la que no le interesaba demasiado el sexo...

O no.

Ya no tenía ni idea de nada, porque seguramente esa noche los sueños tórridos le asaltarían otra vez...

Lo único que tenía claro en ese momento y que agradecía en el alma era que el señor Harris hubiera convertido su día de mierda en un día perfecto, con el increíble beso incluido.

Y eso era ya lo único que importaba...

Lo que Emily no sabía era que mientras ella iba de camino a su casa pensando en él, John que tampoco podía dejar de pensar en ella, le estaba pidiendo a su hijo que ya estaba metido en la cama con su pijama de chico formal y su pelo planchado con colonia:

—Necesito que me hagas un favor, hijo.

Peter que no estaba acostumbrado a que su padre le hiciera peticiones de ningún tipo porque él siempre exigía, no pedía; preguntó:

—¿Tienes fiebre o algo?

—¿Qué obsesión con que me pasa algo! ¡Emily también estaba empeñada en que me pasaba algo! ¡No, estoy de maravilla!

—Es que es tan raro que tú pidas un favor. Porque tú no pides, tú siempre mandas. Haz esto y lo otro y lo de más allá...

—Soy tu padre y punto.

—¿Ves? Ahí sí que te reconozco, mandón y autoritario.

—Tampoco te pases y escucha bien lo que te digo. Necesito que en las clases de dibujo con Emily la invites de forma sutil, sin imponerle nada, así como si fuera un juego, a que dibuje lo que sea. Pero no en hojas en blanco, mañana te dejaré unos periódicos viejos en la mesa y quiero que la propongas que pinte ahí.

Era lo mejor que se le había ocurrido a John para que Emily empezara a superar su tremendo pánico a la hoja en blanco.

Si bien, Peter que no entendía nada achinó los ojos y le preguntó a su padre:

—¿Me estás pidiendo que nos dediquemos a perder el tiempo? ¿Tú, el señor: “El tiempo es oro y quien lo pierde es un bobo”?

El señor Harris bufó y le dijo a su hijo en su tono de jefe duro:

—Limítate a obedecer, Peter Harris.

—Oye, pues ya que estás, obligándome a que pierda el tiempo: ¿por qué no

también un cine, palomitas y luego unos *hot-dogs*?

El señor Harris sonrió y le explicó a su hijo al que necesitaba para su plan:

—Porque Emily necesita que la ayudemos.

Peter se incorporó en la cama, se colocó el almohadón tras la espalda y preguntó pestañeando muy deprisa:

—¿A qué tenemos que ayudarla?

—A que vuelva a pintar...

Peter dio un manotazo al aire y replicó porque ya se había dado cuenta de todo:

—¡Haberlo dicho antes! Ya sé que se niega a coger ni un lápiz. Hoy se puso toda nerviosa cuando agarró el carboncillo. Pero dudo que le vaya a relajar pintar en hojas de periódicos atrasados. Yo muchas veces le he pedido que retoque mis caricaturas mierderas y nada, no se atreve.

El señor Harris miró a su hijo muy serio y le advirtió:

—Jamás vuelvas a decir eso de tus caricaturas. Son tuyas y merecen todo tu respeto y consideración.

—Sí, bueno, pero son mierderas, me queda mucho por mejorar.

—Eso es otra cuestión. No quiero volver a escuchar que hablas así de lo que haces. ¿Estamos?

Peter asintió, sonrió a su padre y dijo:

—Vale, pues eso. Que yo muchas veces le he pedido a Emily que meta mano en mis maravillosas obras de arte, pero nada de nada.

—¡Tampoco te pases! Ni chato ni narigudo. Pero te necesito... Tenemos que ayudar a Emily. Tenemos que lograr que supere esos bloqueos y que vuelva a pintar. Por algo estudió Bellas Artes y sé que debe ser muy talentosa. Así que, hazme caso, tenemos que lograr que vuelva a coger el lápiz y que empiece a manchar algo... Lo que sea...

—Es verdad, me ha dado pena verla hoy tan nerviosa. La pobrecilla se puso como la pared. Pero tú tranquilo, papi, la cosa está chungueta, pero vamos a lograrlo. Además a mí imaginación, me sobra... Y como tú ya me has dado vía libre para que la desarrolle... Va ser guay. ¡Muy, muy guay! ¡Choca, papá!

Peter entonces levantó la mano y su padre hizo algo que jamás había hecho: chocó divertido la mano de su hijo.

—¡Somos un equipo! —exclamó John, orgulloso.

Peter se despeinó con ambas manos, se desabrochó un par de botones del pijama y le recordó a su padre:

—¡El mejor! Y perdona que me despeine y me libere de esta mierda de botones, pero es que así soy más yo. Ahora que te noto algo cambiado, tengo que confesártelo.

El señor Harris rompió a reír y le advirtió a su hijo apuntándole con el dedo índice:

—Pero tampoco te pases, Harris Jr. Que descanses, hijo.

Y le dio un beso en la frente que a Peter le dejó alucinado:

—No me besabas desde que cumplí siete años. ¿Oye, no estarás pensando en hacer una locura o algo? Padre, no me preocupes...

—¿Qué locura? Al revés, hacía tiempo que no me sentía tan bien... Tranquilo, solo es eso... Lo que tú dices... Estoy algo cambiado... Nada más...

Peter respiró aliviado, se tumbó otra vez en la cama, el señor Harris apagó la luz y se marchó de la habitación de su hijo sintiéndose de maravilla...

## Capítulo 14

Peter se pasó toda la semana siguiente intentando que Emily garabateara algo en los periódicos viejos que había colocado su padre estratégicamente sobre la mesa, pero no había forma.

Se resistía con una y otra excusa, y entonces fue cuando Peter, en su desesperación decidió que había llegado el momento de hacer un poco de teatro.

Y es que no se le ocurrió nada mejor que pedirle el viernes, en plena clase de dibujo que le ayudara con algo:

—Por primera vez vamos a celebrar las Navidades en casa, como te conté, y papá me ha pedido que envíe a mi gente una felicitación dibujada por mí.

A Emily le encantó la idea y le comentó a Peter que estaba dibujando un jarrón al carboncillo:

—Pues las fiestas ya están aquí, supongo que tendrás ya la tarjeta terminada...

Peter haciendo el papelón de su vida negó con la cabeza y mintió como un bellaco:

—Estoy bloqueado. He intentado dibujar algo, pero no me sale nada. Me he quedado en blanco. No tengo ni idea de qué dibujar... Esto de las tarjetas navideñas no es que me motiven demasiado.

Emily se rascó la cabeza nerviosa porque algo de bloqueos sabía y porque días antes Peter le había comentado algo que chocaba bastante con lo que le estaba contando:

—¿No me contaste el otro día que te encantaban las Navidades y que estabas loco por llenar la casa de luces, poner el árbol y pasarlo genial con tu familia?

—Sí, claro que me flipan las Navidades, pero no sé plasmar todo eso en una maldita tarjeta...

—No lo veo tan complicado —observó Emily echándose la melena a un lado.

—Yo sí. Mejor dicho es que lo pienso y no veo nada. No se me ocurre nada. Emily que estaba sentada junto a él, observando cómo terminaba con el

jarrón le sugirió:

—Yo apostaría por las caricaturas. Eres muy bueno haciéndolas y seguro que a tu familia les va a encantar. Se van a reír y al mismo tiempo es un detalle muy bonito.

Sin embargo, Peter que lo que quería era que esa chica cogiera de una vez el lápiz opinó:

—Una caricatura familiar es algo muy poco navideño. No sé...

—Dibújalos a todos debajo del árbol, por ejemplo, rodeados de regalos... Con esos dos detalles ya lo tienes...

Peter que acababa de rematar el jarrón y que por cierto le había quedado genial, se mordió los labios y soltó otra mentirijilla:

—Se me dan fatal los árboles, pinos, abetos, manzanos... Todo. No sé cómo hacerlo...

Emily se echó a reír porque aquello solo podía ser una broma:

—¿Qué me estás contando? Pero si los árboles es lo primero que pintan los niños. Un palito y una copa en forma de círculo... ¡Vamos, Peter, no me vengas con rollos!

—Que no, Emi, que se me resisten los árboles. Y además es que no veo cómo quedaría la composición. ¿El árbol detrás y mi familia delante? ¿Los regalos delante y mi familia detrás? Es que no lo veo, no lo veo para nada...

—Si no es complicado, dibuja primero a tu familia y luego plantas el árbol donde te dé la gana, pones arriba, “Feliz Navidad” y listo.

Peter puso una cara de pena tremenda y siguió interpretando a la perfección su papel:

—Vas a pensar que soy un tonto del culo, pero que no lo veo. Te digo que no... Que no sé cómo hacerlo...

A Emily le dio cosa verle así y decidió ayudarle un poco más:

—A ver, dame un papel...

Peter le tendió un periódico viejo y un bolígrafo de plástico mordisqueado:

—Toma.

—¿No tienes un papel en condiciones y un bolígrafo menos asqueroso?

—Es lo que hay. Si solo es un boceto... Guarrea ese periódico, por favor. Indícame cómo tengo que hacerlo, muéstrame...

Tal vez si hubiera sido una hoja en blanco y un lápiz a estrenar, Emily se habría puesto de los nervios y se habría negado a trazar ni una sola línea.

Pero el *boli* mordisqueado y el periódico antiguo hicieron que se relajara y

que para que Peter empezara de una vez con la tarjeta y viera que aquello era muy sencillo, dibujó a toda prisa cuatro trazos:

—Esto es la tarjeta...

Peter con una emoción que no le cabía en el cuerpo, porque Emily al fin estaba dibujando otra vez sin que le diera un ataque de pánico de los suyos, la animó:

—Sí, lo veo. Y ahora ¿qué dibujo dentro?

Emily respiró hondo para calmarse, porque solo de pensar que tenía que dibujar estaba ya de los nervios, si bien al momento recordó que solo tenía en la mano un bolígrafo de plástico y enfrente un periódico viejo.

Es decir que por muy malo que fuera lo que dibujara al final iba a acabar en la basura y era solo un boceto para Peter que jamás iba a juzgarla por la mierdecilla que pintara.

Así que para acabar cuanto antes con aquello, se puso a dibujar a toda prisa mientras le explicaba a Peter:

—Aquí dibujaría a tu familia —dijo dibujando distintas figuras humanas—: los abuelos, los tíos, los niños... Y aquí detrás el árbol de Navidad con sus bolas y esto es muy fácil... Son unos pocos trazos... ¿Lo ves?

Peter que estaba a punto de dar saltos de alegría porque al fin su Emily estaba dibujando y lo hacía genial además, como no podía ser de otra manera, la animó para que siguiera:

—Lo veo, pero yo metería algo más...

Emily dejó de dibujar, se apartó un poco para contemplar lo que había garabateado sobre el periódico y, ya mucho más relajada, le propuso en tanto que volvía a dibujar:

—Puedes dibujar unos paquetes de regalo a los pies del árbol... Así... Y aquí arriba puedes meter unas guirnaldas... Y...

—Un reno. Y un Santa Claus...

Emily se partió de risa porque aquello ya sí que era demasiado y comentó:

—¿No crees que vamos a saturarlo un poco?

—A mí me gusta la saturación. Venga, cárgalo bien de cosas, Emily. Sigue pintando...

Emily que estaba relajada del todo, hizo caso al loquito de Peter y empezó a pintar un reno, luego un Santa Claus, después un poco de muérdago, a su lado un muñeco de nieve...

—Dios mío, ya solo falta Frozen —bromeó muerta de risa de solo ver el

horror que estaba dibujando.

—¡Píntala, Emily, a Frozen también!

Emily le hizo caso y pintó a Frozen en esa composición que no tenía ni pies ni cabeza, pero que estaba haciendo que se partiera de risa, que estuviera a punto de hacerse pis...

—Esto es un horror, Peter. ¡En mi vida he visto una tarjeta de felicitación más horrible!

Peter la miró feliz de verla muerta de risa, sin el más mínimo atisbo de pánico en su rostro y replicó:

—¡Y no pasa nada, Emily! Lo importante es que estás pintando y que te estás partiendo el culo.

Emily al percatarse de que Peter tenía razón, de que estaba pintando libre y sin miedos y que no solo no pasaba nada sino que estaba a punto de mearse encima de la risa, le confesó:

—¡Es cierto! ¡Estoy dibujando y me lo estoy pasando bomba!

Y entonces, al convencerse aún más de que por fin estaba empezando a liberarse, miró a Peter emocionada y él exclamó:

—¡Claro que sí, Emily! ¡Y dibujas muy bien! ¡Eres una genia!

Emily se mordió los labios para no romper a llorar como una boba y le pidió a Peter:

—¡No exageres, Peter! Esto es una caca.

—Jamás hables así de algo tuyo. Mi padre no me deja hacerlo y yo no pienso consentir que tú lo hagas. Tienes que querer lo que haces. Porque es tuyo. ¿Lo pillas?

Emily se echó a reír porque ese chico era un caso y le dijo:

—Lo pillo.

—Entonces, di que tu dibujo te encanta.

Emily se quedó mirando el dibujo que era un auténtico despropósito, si bien reconocía que tenía algo de... gracia. Por eso, musitó:

—Vale. Mi dibujo me parece simpático... ¿Te vale eso?

Peter sonrió y le confesó muy feliz por lo que acababa de suceder:

—Me vale y estoy muy contento.

Emily que seguía con la vista puesta en el dibujo, sonrió porque ella también se sentía muy feliz y repuso:

—Yo también lo estoy, Peter. No imaginas cuánto...

Y de la emoción de haber vuelto a dibujar después de dos años de dejarlo

por puro pánico, dos lágrimas enormes le cayeron por las mejillas.

Peter entonces sin decir nada más, la abrazó fuerte y le susurró al oído:

—Sí que lo imagino, Emi. Y estoy muy orgulloso de ti...

## Capítulo 15

Después de perder el miedo con ese dibujo, Emily siguió dibujando en los días sucesivos otros tantos con el bolígrafo de plástico y sobre los periódicos viejos.

Así poco a poco fue recuperando la confianza otra vez, tal y como el señor Harris había planeado.

Un señor Harris que también estaba feliz, porque cuando su hijo le contó los progresos que estaba haciendo Emily con sus miedos, que cada día mantenía más a raya, se sintió también muy orgulloso de ella.

La admiraba tanto por las agallas que tenía para tomar las riendas de su vida, por enfrentarse a sus miedos y por ser libre de una vez, que justo el día antes de Nochebuena, al finalizar su jornada laboral, el señor Harris le pidió:

—Antes de que te vayas, me gustaría brindar contigo.

Emily que llevaba en absoluto secreto lo de sus miedos y bloqueos, y que para nada había comentado con nadie los grandes avances que estaba haciendo al respecto, supuso que su jefe quería brindar con ella por la Navidad.

—Ah sí, claro... Brindemos. Pronto será Navidad.

John que en absoluto quería brindar por la Navidad sino por lo feliz que estaba porque ella hubiera vuelto a pintar, repuso:

—Yo quería brindar por la suerte que hemos tenido de encontrarte. Porque gracias a ti mi hijo es más feliz que nunca, porque eres genial y porque ayer por casualidad me encontré en unos periódicos viejos unos dibujos tuyos y tengo que decirte que tienes un talento inmenso. Quería brindar por eso... Pero si quieres, también lo haremos por la Navidad.

Emily se ruborizó y sintió una vergüenza tremenda al saber que el señor Harris había estado viendo sus dibujos. Pero con todo le agradeció el cumplido:

—Son puros garabatos, pero brindemos por todo.

El señor Harris se fue a la cocina y volvió al momento con un par copas y una botella de champán.

—Estas Navidades van a ser muy especiales para mí. Son las primeras que celebro en mucho tiempo y eso también te lo debo —reconoció mientras abría

la botella de champán.

—No me debes nada. Yo solo creo que te estás relajando un poco. Ya no eres el tío insoportable que conocí en septiembre.

El señor Harris tras descorchar la botella con gran estilo, se dirigió a ella y confesó:

—Ojalá, pero me temo que jamás voy a cambiar. Soy demasiado exigente, controlador y adicto al trabajo, pero ahora quiero disfrutar más de otras cosas. De mi familia y de todo lo bueno que la vida me ofrece, como este momento...

El señor Harris llenó la copa de Emily y ella le miró risueña:

—Hay celebrar la vida a cada instante. Y no sabes lo que me alegro de que por fin te hayas dado cuenta.

El señor Harris llenó su copa y luego la levantó para brindar con Emily:

—Por la vida entonces y por todo lo bueno que nos espera.

Emily le miró a los ojos, chocó la copa y exclamó:

—¡Por la vida, señor Harris!

Luego, tras beber de sus copas, él le preguntó con suma curiosidad:

—¿Qué harás mañana? ¿Dónde pasarás la Nochebuena?

—A primera hora me marcho a Arkansas para pasar estos días con mi familia.

—Puedes tomarte libre hasta el día 2, resulta que hoy acabo de enterarme de que Peter va a irse con sus primos a esquiar a Aspen. Yo me quedo porque tengo un par de reuniones importantes, pero también aprovecharé el tiempo para ponerme al día con varias lecturas, ir a exposiciones, a un par de restaurantes que quiero conocer, a pasear por Central Park y a vagar tumbado en el sofá.

Emily se sorprendió gratamente y, tras colocarse bien la cofia que no había manera de llevarla puesta en su sitio, exclamó:

—¡Si me lo cuentan, no me lo creo! El señor Harris vagueando en el sofá...

Emily se echó a reír y al señor Harris se le pasaron justo en ese instante por la cabeza miles de cosas que podían hacer juntos en el sofá, aparte de vagar. Pero en su lugar no pudo evitar ayudarla a que se colocara bien la cofia.

—Espera que te sujeto aquí, de esta punta para que te puedas poner bien la horquilla...

El señor Harris estaba tan cerca de ella, que podía olerlo, sentir su respiración, su presencia imponente... Y aquello era demasiado, tanto que le pidió:

—Deja, si puedo hacerlo sola...

Pero la verdad era que no podía porque esa maldita cofia tenía vida propia.

—Qué cosa más inútil. ¿Para qué la llevas?

Emily le miró alucinada de que le preguntara tal cosa:

—¿A lo mejor porque es una de las tropecientas exigencias que tienes recogidas en tu dossier?

—Aparece el uso del uniforme, pero para evitar que te manches y demás... Si no te gusta, no lo uses más.

Emily con una sonrisa de oreja a oreja porque detestaba ese maldito uniforme más que nada en el mundo, por no hablar de la cofia replicó:

—Me hace sentir como un chicle, es tan asquerosamente rosa. Y luego esta cofia, que con tu permiso me voy a quitar, porque no la soporto...

Y comenzó a pelearse otra vez con la cofia que esta vez no había manera de deshacerse de ella.

Menos mal que el señor Harris gentilmente la ayudó, retirando una horquilla con una gran delicadeza y pericia, y luego liberándola al fin de ese objeto del demonio.

—Ya está —dijo el señor Harris fascinado, porque al retirársela unos rizos cayeron por el rostro de Emily de una forma muy sugerente y sensual.

—Gracias —musitó ella, que al sentirle tan cerca se puso absurdamente nerviosa.

El señor Harris entonces, sin saber bien por qué, le retiró esos mechones del pelo y se disculpó:

—Perdóname, tenía que haberme dado cuenta de la lata que te daba esta cosa.

Emily de solo sentir el roce de los dedos de ese hombre sobre su piel, se estremeció entera y susurró:

—No pasa nada, si ya le estaba yo cogiendo el tranquillo.

Pero el señor Harris pensó que sí que pasaba porque de solo tocar el cabello suave y sedoso de esa chica de pelo azul, acababa de ponerse duro como una roca. Otra vez.

Por eso, se apartó de ella, dio un sorbo a su copa de champán y le dijo mirándola intensamente a los ojos:

—Espero que pases unas felices vacaciones, Emily.

Emily con unas ganas horribles y absurdas de besar a ese hombre, al que iba a echar muchísimo de menos durante esos días, replicó:

—Igualmente, John.

El señor Harris se envaró al escuchar que Emily pronunciaba su nombre por primera vez y sonriendo como nunca masculló:

—No me gusta mi nombre, pero en tus labios suena bastante bien.

—A mí me parece un nombre muy bonito —reconoció mientras pensaba que era tan bonito como su sonrisa, ancha y perfecta.

Y ya que estaban de confianzas, el señor Harris se atrevió a decir:

—Tú sí que eres bonita.

Emily se puso colorada, sonrió y negando con la cabeza aseguró:

—Soy una chica normal.

Si bien, el señor Harris lo tenía clarísimo:

—No he conocido a nadie como tú, Emily. Y me he acostumbrado tanto a llegar a casa y verte, que estos días sin ti se me van a hacer muy cuesta arriba. Te voy a echar de menos...

Emily sabía que también iba a extrañarlo, porque con los días su jefe insoportable se estaba convirtiendo en una presencia demasiado importante en su vida. Por eso no dudó en decir:

—Y yo...

El señor Harris entonces la miró a los labios, esos labios que se moría por probar y se acercó a ella.

Emily temblando, cerró los ojos y el señor Harris, ya pegado a ella, le preguntó:

—¿Podría besarte, Emily?

Emily abrió los ojos, le agarró por el cuello, le dio un beso suave en los labios y luego exclamó:

—¡Feliz Navidad, John!

Acto seguido, se apartó de él, dejó la copa sobre la mesa y se largo de allí...

## Capítulo 16

Emily se pasó los días siguientes pensando en ese beso, que no podía haber sido más pequeño ni más efímero, pero al mismo tiempo tan grande porque había significado demasiado para ella.

Y debía notarse tanto lo suyo que su madre en plena cena de Nochebuena, sacó el tema así sin más:

—Me alegro mucho verte tan radiante, hija. ¡Qué bien te sienta estar enamorada!

Emily puso una cara extrañísima porque no le había confesado a su madre que lo estuviera, por eso replicó:

—¿Enamorada?

—Se te nota a la legua, te brillan los ojos como nunca, no paras de sonreír como una boba y has vuelto a dibujar sobre mis viejas revistas de cocina. Si eso no es amor, que venga Dios y lo vea...

Emily se echó a reír y el señor Fisher también que le pidió a su mujer:

—No adelantes acontecimientos, cariño. Cuando Emily considere oportuno nos lo comunicará de forma oficial.

Emily negó con la cabeza y, mientras devoraba el exquisito asado de carne de su madre, contó:

—No hay nada que contar. Ni oficial ni extraoficial. No tengo novio. En Nueva York no hago otra cosa más que trabajar en casa del señor Harris, y bueno... sí... He vuelto a pintar... Pero solo monigotes en revistas y periódicos viejos.

Su padre se puso serio, la miró emocionado y luego dijo:

—Por algo se empieza, hija. Porque aunque todos los trabajos son dignos, es una pena que con el talento que tienes estés ejerciendo de niñera.

Emily se envaró, puesto que jamás había hablado con sus padres sobre sus bloqueos. Era obvio que ella había dejado de pintar, pero no les había contado nunca las razones.

Y ellos la habían respetado, habían aceptado su decisión sin decir nada, hasta esa noche...

Precisamente en Nochebuena...

—Tú lo has dicho, papá, es un trabajo bien digno en el que aprendo muchas cosas. Además, le estoy dando clases de dibujo a Peter...

La señora Fisher se llevó la mano al pecho encantada de lo que acababa de escuchar y exclamó:

—¡Oh, Emily! ¡Eso es estupendo! Y tú entiéndenos... Sabemos el esfuerzo tan grande que has hecho para graduarte y sobre todo desde que eras muy pequeña, sabemos el talento que tienes para la pintura. Mira, estos cuadros lo hermosos que son...

De las paredes de los Fisher colgaban cientos de cuadros que Emily había pintado desde que era una niña. Unos eran horribles, otros... no tanto. Había alguno del que hasta se sintió orgullosa alguna vez...

Pero ya no, ahora ni podía mirar esos cuadros que solo le producían sonrojo.

—Creo que deberías descolgar mis cuadros de las paredes. Es un poco agobiante tanto cuadro, ganarías en espacio —opinó Emily con la vista clavada en el plato.

Sin embargo, la señora Fisher lo tenía clarísimo:

—Cielo, no pienso quitar tus cuadros. Son maravillosos. Y yo te respeto muchísimo, no me meto en tu vida, pero sé que algo pasó y me alegra que hayas vuelto a dibujar aunque sea en revistas viejas.

Emily con los ojos llenos de lágrimas, se limpió la boca con la servilleta y les habló con cariño:

—Os agradezco vuestra comprensión. No me gusta hablar de estos temas. Prefiero seguir con mi vida y es cierto que ahora estoy atravesando un buen momento. Me siento muy feliz en casa del señor Harris, es muy generoso conmigo... Y adoro a Peter, es un niño increíble...

La señora Fisher, mientras trinchaba su carne, preguntó como el que no quiere la cosa:

—¿Y la señora Harris qué tal es?

Emily negó con la cabeza, dio un sorbo a su copa de vino y respondió:

—No hay tal señora. El señor Harris tuvo a Peter en su juventud y la madre les abandonó.

La señora Fisher se llevó la mano a la boca y exclamó:

—¡Pobre hombre! Supongo que sería durísimo para él criar solo a un niño...

—Desde luego, se convirtió en un hombre insoportable, pero...

Emily se quedó callada y de solo recordar el beso soltó un suspiro que a la señora Fisher le dio qué pensar:

—Pero ¿qué, tesoro?

Emily quitándole importancia, dio un manotazo al aire y respondió:

—Nada, que es un buen hombre.

—¿Y está solo? ¿No tiene pareja? —insistió su madre.

—No, mamá. No tiene. Solo trabaja...

—¡Ah, pues mira como tú! Porque no haces otra cosa más que trabajar. No sales, no tienes vida social, sois tal para cual... Pero yo no digo nada, ¿eh? Yo no me meto en nada...

El señor Fisher se echó a reír y Emily también porque adoraba a sus padres:

—No, mamá. Tú no te metes en nada.

—Pero me avisarás con tiempo suficiente para la boda, ¿verdad hija?

Todos rompieron a reír, y Emily pensó que aquello ya sí que era imposible. Y mucho menos con el señor Harris...

Eran tan diferentes, de mundos tan distintos y además eso de que una niñera se casara con su jefe solo pasaba en la ficción.

En la realidad, la gente acababa casándose con los de su entorno, con los de su clase...

Además, lo suyo con el señor Harris solo había sido un beso...

Nada más que eso...

Un beso antes de la Navidad...

Y ella lo tenía clarísimo por mucho que su madre se empeñara en juntarla con su jefe o que su amiga Helen casi que también insistiera con lo mismo.

Porque un par de días después, cuando Emily preparaba su maleta para regresar a Nueva York, la telefoneó y estalló muerta de alegría:

—¡No te lo vas a creer, Emi! ¡Es que vas a flipar! ¡Paul me ha pedido que pase la Nochevieja con él! ¡Estoy que floto!

—Jajajajaja. ¿Por fin os habéis liado?

—No, qué va. Como amigos. Pero bueno, pasar esa noche tan especial con él, es un puntazo. Y mira que si con la llegada del nuevo año me planta un besazo... ¡Ay Dios! ¡Lo estoy deseando! ¿Tú qué vas a hacer? ¿Te quedas en Arkansas?

—Tengo vacaciones hasta el día 2, pero regreso hoy porque quiero adecentar el zulo en el que vivo. Ahora que mi economía marcha un poco mejor, quiero comprar unas cositas y que luzca como Dios manda.

—Tía, pues vente a cenar con nosotros, entonces.

—Sí, claro, a hacer de *sujetavelas*. No. Tú cena con él a solas, que yo creo que Paul ha escogido esa fecha tan especial para pasarla contigo por algo...

—Por mis guisos, nena. ¿Por qué va a ser? Te recuerdo que soy cocinera...

—Anda, que está loco por ti... No hay más que ver cómo te mira...

—Estará loco por mí pero el otro día no paraba de babear ante el Instagram de una modelo.

—¿Y tú no babeas con el Instagram de tíos buenorros?

—Sí, claro. Pero este pasa de mí. O sea, somos amigos. Pero no le pongo nada. Este solo se fija en flacas de tetas grandes. Y yo soy gorda de tetas pequeñas.

—Jajajajaja. ¡Calla y no seas frívola! Eres una tía estupenda, guapa, divertida, generosa, curranta... Yo estaría enamorado hasta las trancas de ti, si fuera un chico...

—Quita, quita... ¡Que yo solo tengo ojos para Paul! Bueno y ¿tú, qué cuentas de tu señor jefe buenorro?

—Uf. Pasó algo el último día pero no quiero que llegues a conclusiones raras ni nada por el estilo. ¿Vale?

—Chica, no sé. Depende de lo que me cuentes. ¿Te ató a la cama y te arrancó una sucesión de orgasmos explosivos?

—Calla. ¡Descarada! Jajajajaja. No. Solo fue un beso en los labios... Me preguntó que si podía besarme y me dio un pico. Solo un pico... Y yo me fui...

—Tía, ¿pero por qué no le agarraste bien de las solapas y le metiste un buen morreo?

—Pues porque no procedía, porque tenía que ser así. Y porque qué narices, ¡es mi jodido jefe!

—Y te pone...

—Me gusta y no paro de tener sueños picantes con él... —reconoció muerta de la vergüenza.

—No me extraña, si está para hacer con él lo que no está escrito.

—Pero no solo es sexo, quiero decir que poco a poco le estoy conociendo y no solo es un ser insoportable. Es mucho más... Es generoso, justo, buen padre, trabajador, divertido...

—¿Divertido?

—Sí, tiene un sentido del humor muy peculiar.

—Y estás enamorada hasta las trancas... —concluyó Helen a pesar de que

no tenía que hacerlo.

—No te pases. No. Creo que no... Aunque no paro de pensar en el maldito beso y en él... Y además, no sabes lo mejor: he vuelto a pintar.

Helen que conocía lo que estaba pasando su amiga con eso, exclamó entusiasmada:

—¡Nena, cuánto me alegro! ¡Por fin! ¡Ya te decía yo que llegaría el día en que volverías a hacerlo!

—De momento solo sobre revistas viejas y tal, pero he vuelto a pintar. Fue gracias a Peter... Es un sol. Ha cambiado mi vida muchísimo desde que llegué a la casa de los Harris, la verdad... Pero con John no puede pasar nada... Es mi jefe, es un tío de una clase social superior y yo...

—Tú eres una tía extraordinaria, una artista y un bellezón. Así que deja de decir no, no y no. Y vive. Siente. Pinta. Sueña. Sueña sucio también. Jajajaja. Y recuerda que estamos en el siglo XXI. Todo puede suceder, amiga. Todo...

## Capítulo 17

Su amiga podía decir lo que quisiera, pero Emily tenía claro que la vida real no era un cuento de hadas.

Que los príncipes como el señor Harris nunca acababan casándose con personas como ella.

Una chica de pelo azul, con demasiadas facturas por pagar y una casa enana que daba pena verla.

Aunque lo de la casa iba a cambiar, porque lo primero que hizo en cuanto regresó a Nueva York fue deshacerse de todos los tratos viejos que había cogido de la calle o de rastrillos de beneficencia y cambiarlos por otros nuevos y baratos, pero con mucho estilo, que compró con sus pequeños ahorros en las rebajas.

Con ellos, le fue a dando a su casa un aire nuevo, mucho más moderno y chic, y aquello iba pareciendo más un hogar.

Es más, incluso se atrevió a comprar una mesa de dibujo y un caballete que colocó junto a la ventana, por si acaso un día de estos le daba por ir a mayores.

De momento, solo se atrevía a garabatear en papeles viejos, pero quién sabía...

Se estaba encontrando tan a gusto en su piel, que a lo mejor un día de estos le daba por volver a sus pinceles.

Desde luego, que Emily estaba deseando que eso sucediera, pero ni pensaba meterse presión, ni prisas, ni mucho menos sentirse culpable de nada.

Ya lo había pasado suficientemente mal los dos últimos años atormentándose y ya tocaba pasar página.

Ahora solo le apetecía estar tranquila y rodeada de cosas bonitas. Por eso, había decidido dar salida a todo lo feo y deprimente que había en su hogar, y por eso la mañana antes de Nochevieja, decidió salir a comprar unas cortinas de un color bien alegre para llenar su casa de luz y de vida.

Ese día además hacía un sol de invierno precioso, las nevadas habían dado una tregua, y las calles bullían de gente que estaban ya ansiosas porque llegara la última noche del año.

Y en esas estaba Emily, cuando de camino a la tienda de telas, pasó por la 62 con la Quinta Avenida, en el lado este de Central Park, junto a la pista de patinaje de Wollman Rink y vio algo que la dejó completamente alucinada.

Porque lo que estaba viendo no podía ser...

Es que tenía que ser una alucinación o algo, porque no daba crédito.

Y es que frente a sus ojos, en plena pista de hielo, estaba patinando el mismísimo señor Harris ¡y con un estilo impecable!

Y encima en *jeans*, plumífero y con un gorro bien moderno...

Él. El señor de traje oscuro, estirado y conservador, estaba patinando con un arte increíble y vestido como un joven de su edad.

Es que no podía creerlo, era tan alucinante aquello que Emily llegó a pensar que podía estar delirando...

Pero no.

Porque de repente, él también se percató de que ella estaba ahí y con una sonrisa enorme, levantó un brazo y la saludó:

—¡Emily! ¡Hola!

Emily le devolvió el saludo, perpleja y, con una sonrisa enorme porque la verdad era que le hizo una ilusión tremenda verlo, replicó:

—¡Señor Harris! ¡Hola!

El señor Harris patinó hasta la zona donde estaba ella, y también ilusionado y feliz, confesó:

—¡Qué sorpresa verte aquí! ¡Justo en este instante estaba pensando en ti!

Y no era una novedad, pensó, porque pensaba en ella a todas horas.

—Seguro que echas de menos a alguien a quien abroncar todos los días...  
—bromeó Emily.

Si bien, el señor Harris decidió replicar con la verdad:

—Lo echo de menos todo, Emily. Pero cuéntame, ¿qué tal las fiestas en casa?

—Todo bien. Con mi familia.

Si bien, al señor Harris de repente le entró la duda, y más bien el temor, de si Emily habría dejado un amor en Arkansas, y preguntó:

—¿Solo con la familia?

Emily le miró extrañada, con el ceño fruncido y respondió:

—Claro. ¿Con quién más iba a estar?

—No sé, pues lo típico, un novio o algo.

—No. ¿Cómo se te ocurre? Jamás habría dejado que me besaras...

El señor Harris la miró entonces a los labios y reconoció:

—No he podido dejar de pensar en ese beso.

Emily también optó por decir la verdad y por aclarar la misma duda y temor que de pronto le había asaltado:

—Ni yo. Pero ahora que me preguntas por el novio... ¿Tú tienes algo? Aunque no sé por qué te lo pregunto, porque solo nos dimos un beso. Y solo fue eso... —masculló a la defensiva, puesto que para nada quería sonar celosa ni nada parecido.

—Lo preguntas por la misma razón que te lo he preguntado yo. Y no tengo nada, Emily. Solo pienso en ti.

Emily sintió una punzada en el estómago tremenda y respondió:

—¡Ay Dios, señor Harris! No me pongas nerviosa, anda.

—Te digo la verdad... Solo pienso en ti. Y no como jefe. Quiero decir que pienso en ti y no tiene nada que ver con lo laboral.

—Yo también pienso en ti en esa forma, pero vamos... No pasa nada. No tiene importancia. Ni transcendencia. Ni nada. Porque entre nosotros no hay nada.

El señor Harris se puso muy serio y replicó convencido:

—No me digas que ese beso no fue nada.

Emily se encogió de hombros y no le quedó más remedio que confesar:

—Vale, lo fue. Pero... ¡Nosotros no tenemos nada que ver!

El señor Harris negó con la cabeza y le aclaró:

—No tenías nada que ver con el antiguo señor Harris, pero ahora mírame... Soy John, un chico que sabe desconectar de su trabajo, ponerse un gorro de gnomos y pasar un rato divertido patinando.

Emily no pudo evitar soltar una carcajada y exclamar:

—¡Te queda muy bien el gorro! Y tengo que reconocer que me ha sorprendido verte patinando... Pensaba que no ibas a cumplir con nada de lo que me dijiste y que ibas a pasarte los días trabajando duro.

—John sabe disfrutar de las cosas buenas de la vida. Y tú deberías hacer lo mismo: ¡píllate unos patines y entra en la pista! ¡Vamos! ¡Es muy divertido!

Emily que no había patinado en su vida negó con la cabeza y repuso:

—¡No sé patinar! ¡No lo he hecho en mi vida! Pero tú sigue disfrutando...

El señor Harris que para nada quería que Emily se fuera insistió:

—Yo te enseño. O ¿tienes prisa?

—Prisa no tengo, iba a comprar unas cortinas. Pero soy un pato mareado.

No quiero pasarme la Nochevieja en un hospital con ocho huesos rotos.

—No pienso dejar que te pase nada, señorita Fisher. Confía en mí.

—Confío en el señor Harris, ese hombre que no le gusta perder el tiempo y que siempre hace lo correcto. Pero en John no sé qué decirte... No me dan mucha confianza los tíos que llevan gorros de gnomo.

El señor Harris se echó a reír, se quitó el gorro y le aseguró:

—No puedes perdértelo, Emily. Te va a encantar. Es una sensación magnífica, yo hacía años que no patinaba y no sabes cómo me arrepiento de haberlo tenido tanto tiempo abandonado. Es algo mágico, te sientes tan ligero y tan libre...

Y el señor Harris habló con tal pasión y tal convencimiento, que a Emily la chica que ahora solo quería cosas bonitas para su vida, le faltó tiempo para entrar en la pista, comprar la entrada, alquilar unos patines y meterse en la pista cagada de miedo, pero confiada también porque el señor Harris, en cuanto puso un pie en el hielo, lo primero que hizo fue tenderle la mano:

—¡Agárrate fuerte a mí, Emily! Y déjate llevar...

Emily sintió un estremecimiento súbito cuando cogió la mano ancha y fuerte del señor Harris.

—Es fácil decirlo... Pero caminar con estos chismes es un tanto complicado...

—Deslízate, primero un pie, luego otro, mira al frente y no sueltes mi mano... Solo es eso... Nada más que eso...

## Capítulo 18

Después de un buen rato practicando y tras caerse de culo unas cuantas veces, Emily empezó a dominar un poco la técnica.

Y así, sin soltarse de la mano del señor Harris, que había demostrado una paciencia tremenda para enseñarle, sin parar de reír y sintiendo esa libertad de la que le había hablado, empezó a disfrutar de lo lindo esa mañana en la que salió a comprar unas cortinas y acabó abrazada al hombre con el que según ella no podía tener nada.

Y es que cuando ya llevaban un buen rato patinando, ella se vio mucho más suelta, empezó a ganar confianza, pero con tan mala fortuna que un patinador avezado se cruzó, se puso nervioso, a ella se le fue una pierna y si no llega a ser porque el señor Harris la estrechó contra él, hubiera acabado besando el suelo.

Claro que no sabía qué era peor, si estamparse de morros o estar abrazada a ese hombre que olía de maravilla y que la estaba mirando con una cara muy rara.

—¿Estás bien, Emily? —le preguntó.

Emily tragó saliva y con unos nervios tremendos, porque era demasiado eso de estar abrazado a ese pedazo de tío, replicó:

—Sí, gracias por salvarme.

El señor Harris la miró con los ojos chispeantes, negó con la cabeza y confesó:

—No, tú eres la que me ha salvado a mí. Yo no estaría ahora mismo patinando y pasándomelo en grande si no llega a ser por ti.

Emily sonrió y la verdad es que se sintió feliz de que el estirado de su jefe le dijera esas cosas.

Aunque sabía bien que no estaba hablando el jefe y eso le preocupaba bastante:

—Si no llego a ser yo, habría sido otra persona cualquiera —habló quitándose importancia.

Porque es que lo suyo no podía ser...

Y no es que fuera una terca, que también...

Pero ¿dónde iba una niñera a con un empresario de éxito? ¡Si es que no pegaban ni con cola!

No obstante, John lo tenía clarísimo y habló con el corazón abierto:

—Tú eres la única que ha conseguido que me ponga un gorro de gnomo y salga a patinar. Tú has hecho que vuelva a sonreír, tú eres la única con la que sueño, a la que me muero por ver otra vez, a la que deseo con todas mis fuerzas...

John se pegó mucho más a ella, tanto que pudo sentir perfectamente su durísima erección:

—¡Madre mía, señor Harris! Pero yo no soy nadie... —musitó ella, sin poder dejar de mirar a la boca gruesa de ese hombre.

—Eres la mujer que ha puesto mi mundo del revés.

Emily suspiró, se mordió los labios y le recordó:

—Soy tu tocapelotas oficial, soy solo eso. Te recuerdo que tengo el pelo azul, una vida caótica, visto como una vagabunda y me he graduado en Bellas Artes para pintar monigotes en revistas viejas... Quiero decir que los hombres como tú se juntan con mujeres sofisticadas, actrices, modelos, ricas herederas, empresarias de éxito... Mujeres realizadas, brillantes, de grandes cerebros, centradas, equilibradas y todo eso...

John sonrió porque esa chica era única, de hecho era la primera vez que estaba ante una mujer que en vez de ponderar sus virtudes se dedicaba a echarse por tierra:

—Señorita Harris, si no te gusto, dímelo con franqueza. Pero deja de decir que no eres nadie y que no tienes nada que ver con un tipo de mujer que no me interesa para nada.

Emily muy sorprendida, alzó una ceja y preguntó:

—¿Ah no?

—A ver, después de Marion, no he vuelto a tener nada serio. He salido con muchas mujeres, del perfil que describes, amigas, con las que solo he tenido sexo casual. Pero desde que llegaste a mi vida, no he vuelto a verme con ninguna... Miento, al poco de que llegaras y como no podía sacarte de mi cabeza, quedé con Cameron, una amiga... Pero la cosa acabó fatal, porque después de hacerlo cometí el error de confesarle que durante nuestro tórrido encuentro no había hecho otra cosa más que pensar en la niñera de mi hijo, o sea en ti. Un desastre total, vamos. Y ahora al confesártelo a ti, supongo que el desastre es ya mayúsculo. Vas a concluir que soy un cerdo, además de un

estirado, un insoportable y un cretino.

A Emily no le gustó para nada saber lo de esa Cameron, pero sí descubrir que él pensaba en ella y reconoció abiertamente:

—Es la primera vez que alguien me confiesa que ha follado con otra pensando en mí.

—Ya, es horrible. Perdona...

—No pasa nada. Además, tú eres libre de follar con quien quieras... —dijo sin poder disimular su enojo.

—Pero es que no quiero hacerlo con nadie más que contigo.

Emily sintió tal punzada de deseo que no le quedó más remedio que confesar:

—No paro de tener sueños *hot* contigo... Y eso que no soy sexual... Me explico, soy muy convencional... Solo he tenido sexo con mi novio, mi único novio, y era un sexo... de lo más normalito. Pero contigo sueño unas cosas...

El señor Harris la miró con unas ganas tremendas de hacer realidad hasta la última de sus fantasías y musitó:

—Quiero dártelo todo, Emily. Todo.

Luego, acercó el dedo índice a los labios jugosos de la chica y los recorrió muy despacio.

Emily estremecida, atrapó el dedo con los labios, lamió un poco la punta, él retiró el dedo y la besó...

Primero, suave, un beso pequeño en los labios, y después la agarró por el cuello y la besó como llevaba deseando hacer desde hacía mucho.

La besó con ganas, con desesperación, con fuerza, metiéndole la lengua hasta el fondo y dejándole bien claro que lo deseaba todo con ella.

Después del beso, se apartaron, y se quedaron mirándose unos instantes muertos de deseo.

De deseo y de muchísimas cosas más, porque a Emily de repente le asaltaron tantos miedos y dudas que decidió que lo mejor era sincerarse:

—Me gustas muchísimo, John. Pero somos tan diferentes... Somos polos opuestos. Y yo estoy como una cabra... Porque a pesar de que no paro de decirme que lo nuestro no puede ser, cuando me has contado que intimaste con esa tal Cameron he sentido unos celos absurdos y ridículos. Pero es que no... Tú y yo no tenemos ningún futuro... Y yo no soy de líos, ni de rollos, ni de amoríos.

John le clavó la mirada, una mirada intensa y profunda, y le aseguró:

—Yo no quiero eso contigo. No quiero una amante. Estoy cansado de líos. Estoy harto de tener sexo y después sentirme vacío. Porque así era como me sentía... Pero luego me engañaba a mí mismo y me decía que las relaciones casuales eran lo mejor. Sexo a salto de mata y sin compromiso para evitar que me hicieran daño, para que volvieran a romperme el corazón, para no sufrir... ¿Y sabes qué, Emily? Que me blindé tanto que acabé por no sentir nada, absolutamente nada, solo un vacío infinito y angustioso, del que tú me has rescatado. Porque me has devuelto a la vida, me has devuelto la ilusión, las ganas y la esperanza...

A Emily se le llenaron los ojos de lágrimas, le acarició el rostro con la mano y susurró:

—Lamento que hayas sufrido tanto, John.

John la agarró la mano, la besó y le aseguró:

—Sé que somos muy diferentes. Ni tú esperabas esto, ni yo tampoco... Pero quieres a mi hijo, has hecho que yo vuelva a sonreír y te deseo con todas mis ganas, chica del pelo azul que dibujas en revistas viejas... Y si yo te gusto un poco...

—Un mucho, más bien. Desde que pisé tu casa por primera vez, mi vida ha cambiado tanto... He vuelto a creer en mí, a tener sueños, a confiar... —Emily sonrió, le besó otra vez en los labios y luego susurró en su boca—: ¿Y ahora qué, señor Harris? Porque estamos en una buena...

John le devolvió el beso, mucho más húmedo y profundo, absolutamente abrasador y respondió:

—¿Qué tal si empezamos pasando la Nochevieja juntos? Estaremos solos, pero te prometo que si me esfuerzo puedo resultar hasta divertido...

## Capítulo 19

El señor Harris llevaba desde el día del brindis con la idea de invitar a Emily a cenar, pero no sabía cómo proponérselo.

Temía que le pareciera un espanto y que lo que menos le apeteciera del mundo fuera pasar la última noche del año con él.

Que además de un tío insufrible, era su jefe cabrón...

Vale que también era muchas cosas más, pero no tenía ni idea de si Emily querría seguir descubriéndolo.

Menos mal que se propició ese encuentro en la pista de hielo y para su más absoluta sorpresa, Emily le dijo que sí.

Pero un sí un rotundo, sin pensárselo, alto y claro, eso sí, luego se puso muy nerviosa y se fue a toda prisa de allí, con la excusa de que iba a cerrarle la tienda de cortinas.

Lo que el señor Harris no sabía era que Emily no se marchó a toda velocidad para comprar cortinas, sino un conjunto de lencería de lo más *sexy* que encontró en una tienda que estaba de rebajas y luego un minivestido de lentejuelas con escote profundo que se compró en Zara, porque pasar la Nochevieja con el señor Harris merecía que tirara la casa por la ventana.

No iba a presentarse en esa cena con sus bragas de algodón horribles y alguno de los trapajos que había sacado del contenedor de los pobres. Porque es que eso era lo que había sido ella hasta que entró a trabajar en la casa del señor Harris...

Una chica más pobre que una rata, que ahora estaba a punto de pasar la Nochevieja en uno de los edificios más exclusivos de Manhattan y con uno de los solteros de oro de la ciudad.

Para no creer en los cuentos de hadas la cosa no estaba nada mal...

Pero es que no había podido evitar decir sí a la cena... Ese hombre besaba tan bien, la miraba con tanto deseo, su presencia era tan arrebatadora que cómo iba a decir que no.

Le gustaba tanto y no solo el físico, sino que a medida que le iba a conociendo más también le estaba pareciendo fascinante...

Un ogro capaz de llevar gorros de gnomos...

Si es que era alucinante ese tipo con el que, para ser sinceros: se podía pillar cualquiera.

Claro que ahora la que estaba a punto de meterse en la boca del lobo era ella, que lo único que sabía era que esa cena no iba a perdersela por nada del mundo.

Así que llamó a su amiga Helen y le contó:

—¡Hola, Helen! ¿Puedes hablar?

—Tengo mucho lío, hoy estamos de cenas hasta arriba. Pero mañana cerramos a la ocho. Dime que llamas porque te apuntas a la cena de Nochevieja...

—No, te llamo para contarte que ceno con el señor Harris.

A Helen por poco no se le cayó el teléfono de la mano y, muerta de risa, preguntó:

—¿Pero cena de trabajo? ¿O sea que te toca hacer de niñera? Tía, eso tiene que ser una excusa porque quiere verte.

—No, no. Es una cena de... placer. Me ha invitado a que pasemos la Nochevieja solos. Es que hace un rato me lo he encontrado patinando y nos hemos besado... No me digas nada... ¡Por favor, no te burles de mí!

—Jajajajajaja. ¿Cómo me voy a reír? Si eres la puta ama, madre mía... ¡Vas a cenar con ese cañonazo que además está forradísimo! Tía, eres una diosa.

—Calla, anda. ¡No digas más bobadas! Solo va a ser una cena.

—Sí, claro. Os habéis besado en una pista de hielo y en su casa solo vais a cenar. No te lo crees ni tú. ¿Te recuerdo que te pasas tus noches soñando con que ese tío te hace guarrerías sin fin?

—¡Ay por favor! No me pongas más nerviosa. Cuando me ha preguntado que si quería pasar la Nochevieja con él, después de ese beso que ha sido el más bestial que me han dado en mi vida, porque lo tenía todo... uf, cómo besa..., solo he podido decir sí. Pero lo peor es que no solo es mi cuerpo el que quiere estar pegado al suyo, es que cada día me gusta más... Si le llegas a ver con un gorro de gnomos... Estaba tan gracioso... Y me ha enseñado a patinar, bueno... A deslizarme con cierta dignidad por la pista... Pero claro, como todavía no soy muy ducha, se me ha cruzado un patinador y si a estas horas no estoy enyesada en un hospital es porque él me ha agarrado y bueno... Además de salvarme me ha dado un beso de morirse ahí mismo.

—¡Jo, tía, qué envidia más mala! Tú probando esos besos de perdición y yo aquí haciendo albóndigas... Buah. Y en Nochevieja ya verás... El soso de

Paul seguro que se la pasa hablando, bailando, cantando, bebiendo... y sin tocarme un puto pelo. ¡Qué injusta es la vida! ¡Unas tanto y otras tampoco! Pero que me alegro por ti, ¿eh? No te pienses que soy la clásica amiga bruja envidiosa....

Emily se partió de risa y bromeó:

—No, no, qué va... Jajajajajaja.

—Pero te lo mereces. Joder. Después de todo lo que has pasado, me alegro de que vayas a llevar una vida de lujo y elegancia junto a tu marido millonario.

Emily se partió de risa otra vez porque su amiga no podía ser más graciosa:

—Jajajajajaja. Perdona, pero solo voy a cenar con él... No a que me pida matrimonio...

—Ya sí, pero una cosa lleva a la otra. En Nochevieja te pegará el polvo del siglo, los dos veréis juntos fuegos artificiales y todo vendrá rodado.

Emily se puso ya más seria porque eso de pensar en el futuro le ponía bastante nerviosa:

—Solo vivo el momento. Hoy le he dicho que sí, porque mi corazón y mi cuerpo me lo pedían. Es que me gusta estar con él, y me encantan sus besos... Pero después. No sé. Sigo pensando lo mismo... Y se lo he dicho, somos muy diferentes... Aunque él dice que soy especial, que le he cambiado la vida, que quiere estar conmigo. ¡Ay amiga, no sé en qué acabará todo esto! No quiero pensarlo. Solo sé que quiero vivir el momento. Y después, ya se verá...

—¡Y menos mal que le has dicho que sí a pasar la Nochevieja con él! Porque con lo panfilita que eres, nena...

—No soy pánfila. El señor Harris es el tío más bueno que me he cruzado en la vida y tonta no soy. Pero es mi jefe y él según dice está sintiendo cosas por mí. Es que la situación es un tanto complicada...

—Sí, complicadísima. Te pone perraca, y tú le pones a él... Y encima os gustáis... Chica, blanco y en botella.

—Sí, en principio todo pinta bien, pero no quiero precipitarme. ¿Y si solo es un espejismo?

—¿Cómo que un espejismo? ¿Te refieres a si tiene algún tipo de disfunción sexual? ¿A que no sea tan fiero como en tus sueños más tórridos?

—¡Mira que eres cochina! No. Me refiero a que a lo mejor nos conocemos más y resulta que la magia desaparece. Que todo es una vana ilusión...

Helen resopló y, tras poner unas cuantas albóndigas en la sartén, dijo:

—Nena, te pintas sola para ponerte palos en las ruedas. Primero, lo de las clases sociales diferentes y ahora que si la magia se va. Espera a que te eche los polvos y ya me cuentas de magia. De todas formas, te anticipo que ¡tiene una pinta de empotrador que te van a temblar hasta los empastes!

—¡No seas burra, por favor! ¡Solo me faltaba, quedarme sin empastes! ¡Con lo caros que son! Demasiado tengo con la pasta que me he dejado en un conjunto de lencería y un vestido *sexy*... En los pies me pondré unas sandalias de Jimmy Choo que alguien dejó en el contenedor de los pobres en la parroquia. Son de un número menos, pero como voy con los dedos al aire ni lo noto...

—¡Buah, si para lo que te van a durar puestas! En el primer plato, te veo ya follando alegremente, empotrada contra la pared mientras tiemblan los cuadros que deben valer una fortuna y los jarrones chinos y las arañas que cuelgan del techo y...

—Y nada. Jajajajajaja. ¡Para que me estoy poniendo muy nerviosa!

—¡Déjate de nervios! Y baja a la farmacia a comprar una caja de condones de 24, porque auguro que tu noche va a ser muy larga... Así que disfruta tú que puedes y las demás... ¡a pasarla a dos velas! ¡Es lo que toca!

—Y luego soy yo la agorera... Anda, que ya verás cómo te lo vas a pasar muy bien. Tengo ese palpito... —aseguró Emily, risueña y convencida total.

## Capítulo 20

A las ocho y media en punto de la noche, el chófer del señor Harris fue a recogerla a su casa y un rato después, Emily estaba llamando a la puerta de los Harris muerta de los nervios.

Al momento, John abrió y se quedó fascinado al verla más guapa que nunca:

—Bienvenida a casa, Emily. ¡Estás preciosa!

—He dado vacaciones a mi ropa de saldo...

John que nunca la había visto con ropa de fiesta, se quedó impresionado al contemplarla con el vestido entallado de escote profundo que resaltaba su hermosa figura.

Emily tenía un cuerpo precioso y esa noche que llevaba el pelo recogido en un moño alto lucía más elegante que nunca.

Parecía una princesa de cuento, derrochando tanto estilo y distinción que no tenía nada que envidiar a las mujeres que salían en las portadas de las revistas.

Emily por su parte sonrió agradecida por el recibimiento y replicó, porque se quedó igual de alucinada al verle vestido con un elegante esmoquin de Brioni:

—Muchas gracias, John. ¡Tú también estás guapísimo!

El señor Harris le ofreció el brazo, ella se enganchó a él y así pasaron al salón donde estaba la mesa puesta, una mesa maravillosa a la que no le faltaba ni un detalle:

—¡Qué mesa tan bonita, por favor! —exclamó Emily llevándose la mano a la boca.

—Lo ha preparado todo la señora Hunt, se acaba de ir hace un rato. Estamos solos. Yo mismo te serviré la cena, encantado... Nos ha preparado unas delicias exquisitas que espero que sean de tu agrado.

—Seguro que lo son, la señora Hunt es una fantástica cocinera.

—Le he dicho que hoy cenaba con alguien muy especial y yo creo que se ha percatado de todo.

Emily se mordió los labios nerviosa y repuso porque lo tenía clarísimo:

—Es una mujer listísima, no se le escapa una. A mí me ha ayudado tanto en

mi trabajo, le debo un montón. Y confió en mí desde el primer momento, hasta me ofreció dinero para que no volviera caminando a casa, cuando no me conocía de nada.

—Tú lo has dicho, es una mujer sabia y justa. Y solo habla maravillas de ti. Dice que desde que estás con nosotros en esta casa se han vuelto a escuchar las risas, y es cierto... Completamente cierto... Es más, gracias a ti ha vuelto hasta el color...

El señor Harris le mostró los cojines y las cortinas en tonos azules y Emily no pudo parar de reír:

—¡Las has puesto azules!

—Como tu pelo. Yo mismo se lo pedí a la señora Hunt...

Emily, que no podía dejar de partirse de risa, replicó:

—¡No puedo creer que hayas puesto las cortinas a juego con mi pelo!

—La señora Hunt me preguntó que de qué color las poníamos y yo como me paso el día pensando en ti, dije: azul. No puedo escoger otro color...

Luego se soltaron del brazo, él se situó frente a ella y mirándola a los ojos, suspiró.

Emily al tener a ese pedazo de hombre enfrente, mirándola como derretido de amor, masculló:

—No me mires así, señor Harris.

—No puedo mirarte de otra forma, Emily. Te confieso además que temía que no vinieras, que te entraran los arrepentimientos de última hora...

Emily negó con la cabeza porque para nada pensaba perderselo:

—No me arrepiento de estar aquí. Al contrario, jamás me habría perdonado no acudir la cena.

—Me encantaría que te sintieras como en casa. No en el trabajo... No sé si me entiendes... De hecho, lo primero que he hecho al abrir la puerta es ofrecerte mi brazo para que sepas que solo soy John, un hombre que se muere por pasar la Nochevieja con la mujer de sueños...

Al escuchar aquello a Emily por poco no le dio un vuelco al corazón y con las rodillas temblando susurró:

—¡Caray, vaya forma de empezar con la cena, señor Harris! Esto sí que es arrancar fuerte...

El señor Harris se encogió de hombros y le recordó:

—Es lo que siento, señorita Fisher. Jamás he conocido una mujer como tú y jamás ninguna me ha hecho sentir lo que estoy sintiendo en este justo instante.

Tengo ganas de todo, contigo. Y cuando digo todo, es todo.

Y tras decir esto, la miró a la boca de una forma que Emily sintió tal excitación que sus pezones se dispararon de una forma escandalosa.

—¡Madre mía, qué intensidad! —musitó Emily.

El señor Harris le cogió el rostro por la barbilla, le clavó la mirada y la besó suave en los labios que esa noche había pintado de un rojo muy fuerte.

—Va a ser una noche perfecta —le susurró con los labios pegados a los de ella.

Emily muerta de deseo, con las rodillas temblando y con ganas de mucho más, solo pudo farfullar:

—Y pensar que cuando llegué el primer día pensé que eras el tío más insoportable del planeta.

—Yo también pensé que eras la chica más irritante del mundo, pero mírame... Estoy loco por ti.

John la besó entonces en el cuello largo de una forma tan sensual que ella no pudo evitar soltar un gemidito y decir:

—Desde luego que esto es una locura...

El señor Harris, que se había puesto duro de escucharla gemir y de ver cómo los pezones se marcaban a través de la tela, preguntó:

—¿Y te preocupa? Quiero decir que si estás cómoda... Quiero que te sientas bien...

Emily sonrió, asintió con la cabeza y reconoció:

—Estoy de maravilla. Nerviosa. Pero me siento más viva que nunca. Y hambrienta... Apenas he pegado bocado de la ansiedad que tenía... —reconoció Emily.

Y a John le faltó tiempo para coger una ostra que estaba ya puesta en la mesa, acercársela a los labios y decir:

—Abre la boca y déjate invadir de mar...

Emily que en la vida había probado las ostras, reconoció aun a riesgo de que pensara que era una paleta:

—No las he probado nunca... O sea yo...

—Te va a encantar. Vas a sentir una estallido de sensaciones en tu boca y luego el mar...

Emily tragó saliva, abrió la boca y el señor Harris de una manera que no pudo resultar más sensual dejó deslizar la ostra, cuya base ya habían cortado previamente, hasta que cayó en la boca jugosa y más que apetecible de Emily.

Ella sintió el manjar en su lengua, masticó y se dejó invadir por el estallido de sensaciones, y el profundo y muy intenso sabor a mar.

—¡Dios, es exquisito! —susurró después de probar el manjar.

El señor Harris cogió otra ostra, se la comió sin dejar de mirar a Emily, luego la agarró por el cuello y la besó buscando su lengua, besándola profundo y muy intenso.

A continuación, sin aliento se apartó de ella y le dijo:

—Esto es más exquisito todavía. Besos con sabor a mar. Con sabor a libertad. A fuego. A locura...

Emily que estaba sintiendo una punzada de deseo irresistible, se lanzó sobre él porque no podía más y le devolvió el mismo beso, con la misma urgencia, ganas e intensidad.

Y temblando entera de deseo, farfulló frente al hombre que le estaba haciendo sentir más que nadie en su vida:

—Creo que las ostras me están haciendo perder la cabeza...

El señor Harris sonrió con un punto de diablo en la mirada, la cogió delicado de la mano y le pidió con una voz profunda que a ella le excitó más todavía:

—Para eso están... Y podemos gozarlo mucho más. ¿Quieres probarlo?

Emily que estaba ansiosa por experimentarlo todo, asintió y respondió:

—Sorpréndeme.

El señor Harris le pidió que se tumbara en el sofá que tenían al lado y ella lo hizo en tanto que él iba a por el plato de ostras.

Luego, cuando regresó a su lado, le pidió...

—Pon la ostra donde quieras sentirme.

Emily le miró alucinada porque para nada esperaba que la noche fuera a empezar de esa manera.

—¡Madre mía, John! Pensé que cenaríamos, charlaríamos y que a lo mejor...

John sintió que la había pifiado por completo y sintiéndose fatal replicó:

—Perdóname, Emily. Si voy demasiado deprisa, si piensas que soy un cerdo, sí crees que esto está mal... Yo....

Emily negó con la cabeza y para que se tranquilizara le dijo:

—A ver, yo soy una aburrida sexual. Jamás he hecho estas cosas con mi ex. Pero contigo... Contigo tengo ganas de todo, lo que no esperaba era que fuera a experimentar todo esto tan rápido... Incluso antes de cenar...

—Soy muy sexual y muy imaginativo. Pero si te incomoda lo dejamos, no hay prisas, cenemos tranquilamente y que todo suceda a tu manera. Despacio...

Emily que estaba más excitada de lo que había estado en su vida, cogió una ostra, se bajó el vestido de un lado, dejó al aire un pecho y colocó una ostra encima del pezón durísimo.

Después, cerró los ojos y se dejó llevar...

El señor Harris se arrodilló a su lado, acercó la boca al pecho pequeño, redondo y perfecto y lentamente se metió la ostra en la boca.

Después, tragó y lamió bien el pezón que sabía a sal, a mar y a vida, mientras Emily gemía derretida de placer...

## Capítulo 21

Pero es que la cosa solo acababa de empezar, porque después Emily colocó una ostra sobre el otro pecho y él de nuevo lamió, chupó, mordisqueó, hasta ponerla al borde del orgasmo.

—Cómo me alegro de haberme puesto este vestido tan escotado... — reconoció Emily, con los dos pechos fuera.

John colocó las manos en ambos pechos y los apretó hasta hacerla gemir.

—En cuanto te he visto he deseado hacer esto... Y perdona la confesión, pero este también soy yo. Me encanta el sexo y te deseo tanto, Emily.

Emily que gemía con esas caricias tan exquisitas reconoció:

—Pues yo no tengo ni idea de quién soy, porque desde que te conozco tengo sueños tórridos y ahora mismo estoy deseando quitármelo todo para que me comas entera. ¡Dios santo, y yo que pensaba que era una apática sexual!

—¡Eres puro fuego, Emily! Lo supe desde el primer día en que te vi. Vi tu fuego, tu fuerza, tu coraje... Lo tienes todo ahí, tienes que dejar que salga, no lo reprimas. No reprimas nada...

Y entonces, el señor Harris hizo algo que Emily no esperaba para nada. Se agachó hasta sus pies y la liberó de las sandalias que le apretaban muchísimo:

—Gracias, porque no son de mi número. Las cogí en la parroquia, del contenedor de la beneficencia, pero son preciosas... Y estaban nuevas...

—Son muy bonitas. Y has debido hablar mucho a Peter de esa parroquia porque el día de Navidad me hizo que le llevara para entregar una donación. Yo me quedé atónito, pero más todavía cuando comprobé que la cantidad era tremenda. Ha debido entregar el dinero de sus pagas, de los regalos de Navidad... En fin, me dejó admirado por su generosidad, capacidad de ahorro y solidaridad.

—Le he hablado de la parroquia y de lo mucho que me ayudaron cuando no tenía nada. Peter es un gran chico, qué puedo decir... Me parece maravilloso el gesto que tuvo...

Y se calló que parte de ese dinero también vendría de las caricaturas que Peter vendía como rosquillas, pero cualquiera le decía algo al señor Harris.

Y menos cuando para su más absoluto alucine, John le cogió un pie, lo

acarició y lo lamió de una forma tan excitante que Emily gimió como una loca:

—John, por favor, esto es...

Emily se estremeció otra vez porque ese hombre succionaba el dedo gordo de su pie con tal pericia que el clítoris se le puso tan duro que creyó que se corría.

Tanto que se levantó el vestido y ya desatada por completo le pidió:

—Quiero una ostra ahí. Justo ahí.

John dejó el pie y complació a esa mujer que estaba estremecida de deseo.

Y le subió más el vestido, le rompió las braguitas casi transparentes que llevaba y sobre el clítoris dejó una ostra...

Emily al sentir la ostra en esa parte de su anatomía gimió de nuevo y le miró pidiéndole mucho más.

John entonces lo que hizo fue coger la ostra entre sus labios y acercarla hasta la boca de fuego de Emily.

Ella entonces, ansiosa por devorar la boca del señor Harris, atrapó la ostra con los labios y John abrió los suyos para que ella se la llevara entera.

Acto seguido, Emily se metió la ostra entera en la boca y se la tragó pensando que su cena de Nochevieja no podía estar siendo más escandalosa.

Y le encantaba...

—Esto que estamos haciendo no está bien. Yo pensaba que íbamos a cenar de otra forma, pero señor Harris siga pervirtiéndome. Se lo ruego...

John colocó una mano sobre el pubis de Emily, deslizó los dedos sobre la vulva mojada y deseando darle un placer extremo, se levantó a por algo...

Emily que ya estaba con los ojos cerrados, gozando de esas caricias, de los dedos expertos de ese hombre sobre su vulva, preguntó:

—John, ¿adónde vas?

John regresó junto a ella con una salsa de fresas que la señora Hunt había preparado para acompañar al solomillo, se sentó en el suelo y vertió un bueno chorro sobre la vulva ardiente.

Emily al sentir la salsa sobre su sexo se estremeció de placer y más cuando John empezó a lamerla, a lametazo puro, y arrancándole tales gemidos que tuvo que aferrarse fuerte al sofá.

Luego cuando la dejó completamente limpia de salsa, le pidió con una voz que no podía ser más *sexy*:

—Ahora siéntate y abre bien las piernas.

Emily que estaba mareada de deseo, se sentó en el borde del sofá, abrió las

piernas y John se colocó entre ellas de rodillas.

Después la miró, amasó los pechos y pellizó los pezones hasta hacerla jadear, y sin decir nada más, enterró la cabeza entre las piernas y lamió, chupó, mordisqueó... hasta que la sintió tan húmeda y tan preparada, con el clítoris tan duro, que solo tuvo que golpetearlo con la lengua unas cuantas veces, para arrancarle un orgasmo que la hizo gritar como nunca lo había hecho en su vida.

Luego, él se sentó a su lado, la agarró por el cuello y la besó devorándole la boca que sabía a mar, que sabía a ella...

Y así estuvieron besándose hasta que él se levantó a por champán, llenó dos copas y volvió para brindar:

—Por la mejor noche mi vida.

Emily sonrió, levantó su copa sin dejar de mirarle a los ojos, desbordada por tantas emociones y dijo:

—De nuestras vidas. Porque te juro que yo no he vivido nada igual. Tú tal vez estés acostumbrado a hacer estas cosas pero es que yo...

El señor Harris le puso el dedo en los labios y le pidió:

—No digas más eso. No vuelvas a decir que estoy acostumbrado a esto, porque lo que tú me das no me lo ha dado nadie. No estoy hablando de sexo. Del sexo he disfrutado mucho, me gusta gozar y tengo la imaginación bastante desarrollada. He practicado de todo, tríos, orgías, sexo duro...

Emily tragó saliva y preguntó porque ese hombre era una caja de sorpresas:

—¿Te refieres a sado y todo eso? —preguntó tapándose los pechos que llevaba al aire.

—¿Por qué te cubres?

—No sé —musitó Emily, que de repente le entró un pudor tremendo.

—Quiero que te sientas libre. Di lo que quieras, exprésate, pídemelo que te apetezca. Sé tú. Sin miedo. Y también quiero que sepas que lo he probado todo, Emily. Pero tranquila que estoy limpio. Siempre he practicado sexo seguro y me hago controles periódicos. Y no, no me gusta el sado. Tampoco me interesan los tríos y demás experimentos. Me dejan vacío. Yo ahora necesito otra cosa y es justo lo que me das. Te entregas, lo das todo sin reservas y haces que salga lo mejor de mí. Y no solo estoy hablando de sexo. Por eso me gustas tanto, Emily, porque lo que tú me das no me lo ha dado nadie jamás. Ni siquiera la madre de Peter... Yo estaba muy enamorado de ella, pero jamás gozamos del sexo. Ella tenía pánico al embarazo, y mira tú

por dónde una de las pocas veces que lo hicimos la píldora falló...

—¿Por qué será todo tan complicado? —musitó entendiendo perfectamente a John, porque a ella le pasaba justo lo mismo con él.

—No, contigo no es nada complicado. Contigo todo fluye. Contigo todo es perfecto.

—Cuando te desquicio también... —bromeó Emily.

John sonrió, levantó su copa y afirmó:

—También, Emily. Y además, no sé cómo lo haces que siempre me haces sonreír. Brindo por ello, brindo por ti... Brindo por este año en el que llegaste a mi vida para cambiarla por completo.

John levantó su copa y ella la chocó sin dejar de mirarle a los ojos. Luego bebieron un par de sorbos y Emily reconoció:

—Tú también has cambiado mi vida, John. Completamente...

Y le besó en los labios con una pasión tan desatada, de una forma tan abrasadora, que ella dejó la copa en el suelo y le pidió porque deseaba hacerlo con todas sus ganas:

—Déjame que te dé placer a ti. Te lo ruego...

John le devolvió el beso, la devoró el cuello, los pechos y luego se puso de pie y se bajo los pantalones.

Emily que estaba sentada miró esa erección dura y grande y sintió que se corría otra vez.

John entonces acercó el miembro hasta la boca jugosa de Emily y con la punta los recorrió despacio, hasta que ella abrió la boca y él se enterró hasta la mitad.

Emily aceptó esa invasión y comenzó a lamer, chupar, a dejar que esa dureza penetrara su boca, cada más profundo, más duro, más intenso.

Hasta que llegó un momento que sus mandíbulas cedieron, ella sintió que necesitaba más y, agarrándole fuerte por las caderas, le empujó hacia su boca.

Y le sintió más dentro que nunca, John era más suyo nunca y así dejó que la penetrara y así él se lo dio.

Se perdió en esa boca una y otra vez, hasta que llegó un momento que el éxtasis fue tal que le gritó:

—Ya lo tienes, Emily. ¿Lo quieres?

Emily lo aceptó más todavía, casi al borde de la arcada para que supiera que lo quería todo, que le necesitaba bien dentro y él lo entendió.

La penetró unas cuantas veces más y se corrió en lo más profundo de la

garganta, gritando el nombre de esa mujer que le estaba rompiendo todos los esquemas.

Y Emily estremecida, con dos lágrimas recorriéndole el rostro y sintiendo el placer de John deslizándose por su garganta, susurró también el nombre del hombre que había superado con creces hasta la más tórrida de sus fantasías.

## Capítulo 22

Después de ese momento tan apasionado, se fueron juntos a darse una ducha y volvieron a la mesa en albornoz.

—Te prometo que cada vez que vea una ostra, voy a acordarme de ti —le comentó risueña, mientras degustaban los otros entrantes de verdura y mariscos que había preparado la señora Hunt.

—Y yo te prometo que vea lo que vea, pensaré en ti. Porque no hago otra cosa.

Emily estuvo a punto de atragantarse con el vino que estaba bebiendo y replicó:

—Señor Harris, cuando vayas a decirme esas cosas, avísame, por favor.

—El señor Harris está que flota porque no me creo que estés cenando conmigo. De verdad que no me lo creo...

—Pues estoy aquí, en albornoz y sin nada de debajo. Anda que como mi madre se enterara. Le he dicho que venía a cenar contigo, pero como me pregunte por el menú: voy a obviar lo de las ostras.

El señor Harris se rió y le preguntó con suma curiosidad:

—¿Y tu madre sabe lo nuestro?

Emily frunció el ceño porque entre ellos no había una relación más que laboral, bueno... sí... y ahora sexual... Menudo lío.

—¿Lo nuestro? Entre nosotros hay... Lo que hay. Pero no es algo que se pueda llamar nuestro. Aunque mi madre se huele algo, es muy lista y me soltó que somos tal para cual. Ya ves, si somos la noche y el día...

El señor Harris no estaba para nada de acuerdo con Emily y le dijo:

—Pues yo creo que tu madre tiene razón, los dos estamos solos, heridos, centrados en el trabajo, pero nos hemos encontrado, nos hemos mirado a los ojos y aquí estamos... en albornoz.

Emily se echó a reír, porque la verdad era que razón no le faltaba pero de ahí a decir “lo nuestro”, había un trecho:

—Sí, bueno, pero esto que tenemos es sexo... Y no le pienso contar a mi madre que tengo sexo con mi jefe. Porque te digo que le faltaría tiempo para sacarme de aquí. Es muy conservadora, esta relación, por llamarla de alguna

manera le escandalizaría... Y mejor no hablar de las ostras...

El señor Harris se limpió con la servilleta, se levantó para ir a por el pescado, si bien antes de marcharse le aclaró a Emily:

—Te repito que no necesito amantes, ni rollos, ni nada de nada. Y en estos momentos soy John Harris, un chico que ha perdido la cabeza por Emily Fisher. Nada más que eso. Olvídate de que soy tu jefe, olvídate de que soy un asqueroso millonario, olvídate de todo y mírame a mí. A lo que soy de verdad. Somos solo tú y yo. Con la verdad de lo que somos. Y no, Emily, para mí lo que ha sucedido no ha sido solo sexo. Es mucho más. Solo tienes que mirarme a los ojos para saberlo... Mi mirada no engaña, ni mis besos tampoco.

El señor Harris se fue la cocina y regresó con una deliciosa lubina al horno que para su sorpresa:

—Es obra mía. Y no pienses que esto no es más que meter en el horno. No, señorita Fisher, esto tiene una elaboración y tiene su ciencia...

—Jajajaja. ¿Ciencia también? Bueno, yo no tengo ni idea porque de cocina sé lo justo para sobrevivir... Nunca me ha llamado la atención, siempre me pasaba el día con mis pinceles.

Y entonces se puso muy seria de solo recordar lo que le había sucedido con la pintura.

El señor Harris que se había percatado de lo que acababa de ocurrir, le sirvió la lubina y le dijo:

—No pasa nada, yo cocino... Si es que soy un tío que vale para todo.

Emily sonrió y agradeció que no siguiera con el tema de los pinceles. Luego, probó la lubina y lo cierto era que estaba deliciosa, en su punto justo de elaboración, de sabor, jugosa, sabrosa...

Y tras el exquisito plato llegó el postre, un pastel de Navidad que tenía una pinta increíble:

—No me digas que esto también lo has hecho tú —comentó Emily que ya se esperaba cualquier cosa.

—No, esto es de la tienda de la esquina. Hay un pastelero que es un artista. Y cuando veo un artista, yo me aparto...

—Jajajajajaja. Sí, es lo mejor... Acudir siempre a profesionales.

Los dos muertos de risa, disfrutaron del postre y cuando acabaron, Emily le habló mirándole a la boca que se moría por besar otra vez:

—Tienes un trocito de chocolate en labio...

El señor Harris se limpió con la servilleta, tras agradecerse y luego

preguntó:

—¿Ya?

Pero el pegote de chocolate seguía ahí, así que Emily negó con la cabeza y él sacó la lengua de una forma muy simpática para librarse de esa maldita mota.

Si bien, ahí seguía hasta que Emily se acercó a él y musitó:

—Espera que te ayude...

Al señor Harris se le encendió la mirada y algo más, y le sugirió:

—¿Por qué no lo retiras con un beso?

Emily sonrió traviesa, porque era justo lo que se le estaba pasando por la cabeza y le besó dando tironcitos en el labio inferior para sacarle el chocolate.

—Ya está... —dijo con los labios pegados a los de él.

Pero para el señor Harris no estaba porque la agarró del cuello y le devolvió el beso con una pasión que Emily acabó sentada a horcajadas encima de él, sintiendo completamente su dureza.

Luego, siguieron con la locura de los besos en la boca y en el cuello, al tiempo que las manos volaban por debajo de los albornoces buscando más y más piel...

Así hasta que llegó un punto en que la cosa se puso tan excitante que Emily propuso:

—Tengo condones en el bolso... Si quieres...

El señor Harris la miró con ganas de todo y masculló en un tono duro:

—Lo quiero todo, Emily.

Emily alargó la mano hasta el bolsito que colgaba de la silla, lo abrió, le tendió un preservativo y se apartó para que pudiera ponérselo.

Y mientras lo hacía, mientras de nuevo veía esa tremenda erección, tuvo la necesidad de explicarle:

—Es la primera vez que hago esto. Quiero decir que jamás he terminado así una cena, pero contigo... Yo qué sé...

El señor Harris que ya se había puesto el condón, la abrazó y le aseguró:

—Conmigo quiero que seas espontánea. Es algo maravilloso que te apetezca hacerlo, Emily. No tienes que justificarte por sentir deseo... Y me parece genial que hayas traído condones... Eres una chica ideal y perfecta.

Emily sonrió y masculló:

—Mentiroso.

John negó con la cabeza y la besó otra vez, intenso y profundo, devorándole la boca, hasta que se volvieron tan locos que ella se quitó el albornoz que se desplomó contra el suelo.

Él la miró extasiado, le acarició suave los pechos y musitó:

—Eres preciosa, Emily.

Emily se encogió de hombros y reconoció:

—Y esta también es la primera vez que me pongo desnuda delante de un hombre con la luz encendida. Tengo el pelo azul, pero como puedes ver soy más antigua que mi abuela.

El señor Harris se echó a reír y luego la estrechó contra su cuerpo y la besó con el corazón a mil, porque lo suyo era mucho más que deseo.

—Eres un amor, Emily. Eres amor.

Emily sintió un pellizco inmenso en la tripa y luego un deseo infinito cuando el señor Harris la cargó, después de besarla como una fiereza y una pasión infinitas.

Ella rodeó el cuerpo fuerte de ese hombre con sus piernas y así pegada a él, y sin dejar de besarle, él la llevó contra la pared de enfrente...

Al sentir la pared fría en su espalda, Emily se envaró y volvió a confesar:

—Esto solo lo he hecho en mis fantasías contigo.

El señor Harris colocando la punta de su miembro duro en la entrada de Emily, preguntó:

—¿Cómo te lo hacía? ¿Cómo quieres que sea contigo, Emily?

Emily le miró con la mirada encendida de deseo y contestó con su cuerpo entero deseando arder en llamas:

—Malo... Malísimo.

El señor Harris le cogió el rostro con una mano, le lamió la boca a lengüetazos y le preguntó:

—¿Así, Emily?

Emily asintió y el señor Harris se clavó entero dentro de ella...

—Así, John, Justo así...

El señor Harris sintió que el cuerpo de esa chica todavía no estaba preparado para que fuera como ella quería, por eso empezó a penetrarla suave y lento, para que le sintiera bien y gozara con todo lo que le estaba dando.

Y así estuvieron un rato, entre besos ardientes y caricias excitantes, hasta que llegó un momento en que Emily necesitó más y se lo pidió.

—Quiero más, John. Puedo mucho más... Dámelo por favor...

El señor Harris que ya sí que la sintió preparada, le complació gustoso y cambió el ritmo...

Comenzó con otro mucho más contundente, duro, implacable, se empleó a fondo mientras Emily gemía, jadeaba, le tiraba del pelo, gozaba desesperada y de la sola fricción del clítoris tuvo un orgasmo que la estremeció entera.

John al sentir ese orgasmo tan bestial apretando fuerte su sexo, ya sí que no pudo más y solo tuvo que penetrarla unas cuantas veces para sucumbir a un orgasmo que les hizo gritar a los dos...

Desesperados, exhaustos, saciados, plenos...

## Capítulo 23

Después, John la llevó hasta la cama enorme de su formidable habitación, se tumbó a su lado y le habló con los ojos brillantes como nunca:

—Tengo 31 años y solo he tenido una relación seria que salió tan mal que me juré a mí mismo que jamás volvería a enamorarme. Pero ahora estoy contigo y estoy sintiendo cosas que creo que no he experimentado jamás. Y no estoy asustado, para nada... Al contrario, estoy ansioso por vivir infinitas noches contigo, que esta noche sea el comienzo de algo que no acabe nunca. Y no te hablo de noviazgo o compromiso, para que no pienses que estoy mal de la cabeza...

Emily sonrió abrazada a él, le miró feliz y replicó:

—Prefiero pensar que es el comienzo de algo.

—Algo importante, Emily. Quiero que te quede bien claro que tú no eres como las amigas con las que tenía sexo casual. Eres diferente. Eres tú. Solo tú. Y por supuesto quiero que sepas que no estoy con nadie más que contigo, porque solo tú eres la mujer que me hace sentir... Todo, Emily. Todo.

Emily suspiró porque no había más que mirar al señor Harris para saber que estaba diciendo la verdad y replicó:

—En mi vida solo estás tú... Y lo que acaba de pasar no lo he sentido en la vida... Contigo es como si estuviera descubriendo el sexo por primera vez. Y me encanta... Y tú también me encantas... aunque tengas tus cositas. Ejem...

El señor Harris se echó a reír y reconoció:

—Te entiendo porque yo muchas veces tampoco me aguanto.

—Ni yo, a mí misma. Pero quiero que sepas que para mí esto es también muy especial.

John la cogió de la mano, entrelazó sus dedos con los de ella y preguntó:

—Entonces ¿quieres salir conmigo? Perdona pero es que estoy tan desconectado que ya no sé cómo se hace para pedir a una chica tener algo serio y luego un compromiso y luego casarse y tener hijos y perros y gatos... Tú me entiendes.

—Jajajajaja. Pues no tengo ni idea, pero lo pillo y creo que lo más sensato es que vayamos poco a poco. Quiero decir, que vayamos

conociéndonos y el tiempo que vaya poniendo todo en su sitio. ¿No crees?

El señor Harris que temía que Emily saliera otra vez con lo de que eran muy diferentes, respiró aliviado y respondió:

—Me parece estupendo. Y ojalá que acabe todo como deseo...

Emily estaba sintiendo demasiadas cosas por el señor Harris, pero era mucho más cauta que él, y le pidió:

—Prefiero vivir el momento, disfrutar del día y a día, y de momento que sea nuestro secreto. Creo que es lo mejor para que todo fluya con cierta normalidad...

El señor Harris la besó en los labios y lo aceptó de buen grado:

—El sentido común y la sensatez son siempre buenos consejeros, Emily. Yo gritaría a los cuatro vientos que me tienes loco de atar, pero tienes toda la razón y tal vez sea lo mejor llevar esto con discreción.

—Creo que es mejor separar el trabajo, del placer... Y bueno, ya cuando la relación esté más afianzada, cuando estemos seguros de que esto va para adelante, se lo diremos a todo el mundo. Pero de momento, es mejor vivirlo sin presiones ni agobios... Y lo digo por mi madre, por ejemplo, que como se enterara de esto no iba a dejarme en paz hasta que supiera que me has regalado un anillo de compromiso. Ella es muy convencional...

—Y yo también lo soy, no creas... Y en cuanto al anillo...

El señor Harris acarició los labios de Emily con el dedo índice y ella tras mirarle alucinada, replicó:

—El anillo llegará cuando tenga que llegar... Si está de Dios que llegue... Y mientras...

Emily se calló porque se percató por el reloj del señor Harris que apenas quedaban cuatro minutos para las doce de la noche:

—¿Qué pasa, Emily? ¿Por qué te callas?

Emily saltó de la cama y puso la televisión para seguir en directo la cuenta atrás:

—¡Falta muy poco para que acabe el año! ¡Me voy a por champán y el cotillón! ¡Esto tenemos que celebrarlo por todo lo alto!

Emily corrió a por todo y ya en la habitación abrieron sus respectivos cotillones que contenían guirnaldas, antifaces de colores, matasuegras, gorritos...

Se lo pusieron todo y sentados frente a la televisión presenciaron la cuenta atrás hasta que el presentador gritó:

—¡Feliz 2020!

Emily y John gritaron, se abrazaron, se besaron y luego brindaron entusiasmados:

—¡Vamos a por el mejor año de nuestras vidas, Emily!

Emily, que estaba feliz como no recordaba, sin dudarlo chocó la copa del señor Harris y exclamó:

—¡Vamos!

Luego, se asomaron al impresionante ventanal y se dispusieron a disfrutar de la cantidad de fuegos artificiales que estallaban por toda la ciudad.

—¡Qué bonito, John! —exclamó Emily.

John la abrazó por detrás, se pegó fuerte a ella y también exultante replicó:

—Así me siento esta noche, Emily... Siento que miles de fuegos de artificio están estallando en mi corazón... Y ahora puedes burlarte de mí, porque sé que ha sonado muy cursi.

Emily se giró, le besó en los labios y luego susurró:

—Me encanta que seas cursi. Me pone muchísimo.

El señor Harris se echó a reír y luego apretó las nalgas de Emily contra la potente erección que de nuevo pujaba entre sus piernas.

—Y a mí también me pone que te ponga.

Emily muy sorprendida de que estuviera duro otra vez musitó admirada:

—Señor Harris, no me puedo creer que otra vez...

John asintió con la cabeza, puso una mueca muy graciosa y reconoció:

—Es que soy muy sexual. Ya te lo he dicho. ¿Tienes algún problema con eso?

—Jajajajaja. No qué va. Para nada...

Y entonces, en la televisión empezó a sonar *I love you baby* de Gloria Gaynor, y al señor Harris le faltó tiempo para cogerla por la cintura y arrancar a bailar.

Para pasmo de Emily que jamás habría esperado que ese hombre no solo bailara de fábula sino que también cantara como los ángeles...

O mejor dicho como los demonios, porque tenía una voz tan sugerente y bailaba de una forma tan *sexy* que ella se estaba poniendo cardíaca.

—Señor Harris, eres una maldita caja de sorpresas. Es que no puede ser que bailes y cantes así... Me estás volviendo loquita, loca...

Los dos se echaron a reír y así estuvieron bailando, cantando y riendo, mientras Manhattan entero era una fiesta.

Después, volvieron al salón a tomar algo y entonces John recordó:

—Se me había olvidado decirte que Santa Claus pasó por aquí y dejó algo para ti.

Emily sin dar crédito se llevó las manos a la boca y gritó:

—¡No! Pero yo no tengo nada para ti.

—Normal, con lo malo que he sido, qué iba a dejar el gordo ese... ¡Nada! Pero tú como eres un amor de chica, pues mira... Te dejó esto...

El señor Harris sacó de detrás de una cortina, unos cuantos paquetes...

—¿Todo eso es para mí?

—Claro. Ábrelo por favor...

Emily abrió primero el más grande, que parecía un cuadro de casi un metro y medio, y se quedó estupefacta al ver que era un lienzo en blanco.

—Dios... —musitó sintiendo un vértigo tremendo.

John la abrazó para que se relajara y le susurró al oído:

—No es para que pintes hoy, ni mañana, ni pasado... Solo quiero que sepas que está... Yo te lo guardaré...

Emily muy ansiosa, abrió los otros paquetes y como se temía eran pinturas, óleos, acuarelas, carboncillos...

—Está visto que Papá Noel quiere que dibuje por narices... —masculló entre nerviosa y algo alterada.

—Te repito que no quiero que te sientas presionada. Tan solo es una invitación, una sugerencia, una propuesta, un...

Emily con los ojos llenos de lágrimas le dijo con la vista puesta en una magnífica caja de óleos carísima.

—En otro tiempo este regalo me habría hecho la mujer más feliz del mundo. Pero hoy no imaginas cuánto me duele... Porque soy incapaz de coger un puto pincel... Y perdona la palabrota... Pero es que esto me supera...

El señor Harris la abrazó, para que se sosegara y le aseguró:

—No te supera, Emily. Has vuelto a dibujar maravillas sobre periódicos viejos, eres la mejor profesora de dibujo que mi hijo puede tener, así que ya tienes el control. Esto no va a poder contigo...

Emily alzó la cabeza y, tras retirarse las lágrimas con los dedos, le contó:

—Yo disfrutaba pintando, John, era la mujer más feliz del mundo cuando lo hacía, pero hubo alguien que me hizo mucho daño. Un profesor, el señor Martins, mi profesor de último año. Yo le admiraba desde siempre, estaba deseando que llegara mi último año para que fuera mi profesor... Tiene unos

libros publicados increíbles sobre arte, es un crítico muy afamado y una de las voces más respetadas en la profesión. Durante el curso fue muy duro y exigente, cosa que hasta celebré porque a pesar de que lo pasé fatal, logró sacar lo mejor de mí. O eso creía... Y es que sucedió que en plena presentación de la exposición con motivo de la graduación, delante de todo el mundo se plantó frente a mi cuadro de fin de carrera, y no solo dijo que era una auténtica basura sino que me recomendó que hiciera un favor al mundo y que no volviera a coger un pincel en la vida.

El señor Harris apretó los puños, frunció el ceño y masculló:

—¡Hijo de puta! ¿Pero cómo semejante cretino puede trabajar de profesor?

—Porque es una eminencia que todo el mundo respeta.

—¿Una eminencia respetable alguien que humilla en público a una chica con talento?

—Pues sí. Es una voz que tiene muchísimo peso en el mundo del arte. Así que imagina lo que sentí al escuchar aquello y las risas de toda la sala. Me quedé de piedra y luego rompí a llorar, mientras el profesor Martins me decía delante de todos que más valía llorar en ese momento que después cuando ni mi madre quisiera colgar mis cuadros en su salón.

El señor Harris sintió tanta rabia que le entraron unas ganas tremendas de vengarse de ese jodido señor Martins y arruinarle la vida para siempre.

—Te juro que no sé quién es ese tío, pero más vale que no se cruce en mi camino, Emily. Porque te juro que no respondo... Es más... Me están entrando unas ganas horribles de investigarle y...

—Solo quiero olvidarle, John. Me cuesta hasta pronunciar su nombre porque me hizo mucho daño. Después de ese incidente, no volví a coger ni un lapicero. Me sentía la mierda más grande del planeta y el resto de la historia ya la sabes... Tuviste mi currículum en tus manos...

El señor Harris la abrazó con fuerza y le pidió perdón desde lo más profundo de su corazón:

—Y no sabes lo que me arrepiento de todo lo que te dije... Porque tienes un talento increíble, Emily. Eres una artista y una gran profesora. Y no puedes permitir que nadie te quite el maldito pincel de las manos. Nadie. Por mucha eminencia que sea ese tío, es solo un crítico que jamás creó nada... Criticar es muy fácil y gratis. O eso cree ese cabrón que sale gratis, porque te juro que me están entrando ganas de darle una buena lección.

—No merece la pena...

—Por supuesto que sí. Como sociedad no podemos consentir que un miserable como él esté educando a nuestros jóvenes talentos. No podemos permitir que siga destrozando carreras de gente tan válida como tú.

Emily se apartó de él, se sentó en el sofá porque no se sentía nada bien hablando de ese tema y le pidió:

—No quiero hablar más de él, por favor. Te lo ruego...

John se sentó a su lado, la cogió de la mano y le dijo:

—Solo quiero que sepas que tienes un don y que te debe importar una mierda lo que piense de ti ese cerdo.

—Ya, pero es que ese cerdo es una de las voces más reputadas del panorama artístico.

—Tú lo has dicho, una de las voces. Una de tantas... No puedes permitir que esa voz acalle tu talento. Tú tienes algo aquí —dijo poniéndole la mano en el corazón—, algo muy grande que el mundo entero debe conocer, Emily.

—No creo que sea para tanto, John. De verdad que no...

John la besó en los labios, le acarició el rostro y le aseguró:

—He visto lo que has dibujado en los periódicos viejos y créeme que no te estoy dorando la píldora. Hay mucho talento en esos dibujos, tienen fuerza, garra, pasión... Tienes un trazo portentoso y una mirada llena de luz y de vida. Joder, Emily, olvida de una puñetera vez al tío ese y escúchame a mí. Yo no soy una persona que regale los oídos a nadie, y menos a la gente que me importa, así que créeme cuando te digo que eres una artista: porque lo eres.

## Capítulo 24

Emily muy afectada por esa conversación, se tumbó en el sofá y se quedó callada.

John se tumbó a su lado y no dijo nada más, respetó ese silencio aunque no se arrepentía de haber sacado el tema.

Necesitaba que Emily volviera a ser ella, libre, segura, confiada, sin miedo a mostrar todo lo que llevaba dentro.

Y lo necesitaba porque sabía que eso era lo único que iba a hacerle completamente feliz.

Así que asumía el riesgo, porque también podría suceder que Emily rumiara esa conversación y decidiera salir despavorida por temor a enfrentarse a sus fantasmas.

Pero él tenía que intentarlo, porque le importaba demasiado esa chica y porque si algo quería era su felicidad.

El caso fue que así abrazados, se quedaron dormidos, si bien Emily al cabo de un par de horas se despertó y miró a ese hombre que le había dado un placer infinito.

Parecía un dios griego, descansando después de haber amado a una mortal que tenía demasiados defectos.

Porque así se sentía después de la conversación que había tenido con él, y en la que tenía toda la razón.

No tenía que haber permitido que nadie le arrebatara el maldito pincel de las manos.

Ella pintaba desde niña, era lo que le hacía feliz, era a lo que quería dedicarse, y permitió que ese tío se lo arrebatara todo.

Qué horror, pensó.

¿Cómo podía haber dado tanto poder a esa persona sobre su vida entera?

Tal vez porque le admiraba como a nadie, tal vez porque era una figura en el mundillo de muchísimo prestigio, pero ¿y qué?

El señor Harris tenía razón, ella tenía algo dentro y tenía que haber seguido sacándolo por mucho que ese tío dijera.

Porque no sabía si tenía un don o no, lo que sí sabía era que tenía una

necesidad imperiosa de expresar, de sacar su mundo interior a través de los pinceles y que por culpa de ese hombre la había anulado.

Y no podía ser...

Daba igual que jamás fuera a ser una figura del mundo artístico, qué más daba...

Lo importante era que había consentido que alguien le quitara el maldito lápiz de las manos y eso sí que había un gravísimo error.

Error de simple mortal, por el que había pagado con creces y por el que no pensaba atormentarse más.

Porque ya estaba harta de fustigarse, de hacerse daño, de no permitirse dar rienda suelta a eso que llevaba dentro.

Y que sería una mierda según el señor Martins, pero era lo que le hacía sentirse jodidamente bien.

Por eso, esa misma noche, mientras la ciudad entera bullía celebrando el nuevo año que empezaba, ella saltó del sofá, se sirvió un poco de vino y se lanzó a por un cuaderno de los que el señor Harris le había regalado.

Luego cogió un carboncillo y se sentó con todo frente al señor Harris al que pensaba pintar para tener un recuerdo de esa noche memorable.

De la mejor noche de su vida.

De la noche donde se había permitido expresar su sexualidad abiertamente y donde ahora se iba a permitir retratar a ese hombre que le había dado todo.

Así que respiró hondo, y frente a esa hoja en blanco, que debería darle pavor, levantó la barbilla, recordó lo que sentía cuando era niña, esa sensación tan maravillosa mezcla de alegría y de libertad, cada vez que se ponía con sus pinturas, y con ese espíritu, impulsada por ese sentimiento comenzó a pintar...

Primero empezó por la nariz recta, siguió con la boca gruesa, después con los ojos de pestañas larguísimas y a continuación con el mentón fuerte.

Y se sintió tan bien, aquello fluía de tal forma que siguió adelante, con el pelo, con el cuello, con el torso portentoso, con los abdominales marcados, el pubis, el sexo que había tenido en su boca, las piernas fuertes y largas, los pies de hombre que sabía pisar fuerte en la vida...

Y suspiró...

Porque ese hombre que tenía enfrente no solo le hacía sentir lo que nadie, sino que gracias a él, y por primera vez desde el que señor Martins le arruinó la vida, había vuelto a pintar sobre una hoja blanco.

Y encima lo que había dibujado no estaba nada mal...

El señor Harris, su dios griego, parecía justo lo que era. Un hombre duro, exigente y fuerte que también sabía ser generoso, justo y bueno. Un hombre que sabía lo que quería, que lo daba todo por los suyos y que sabía amar con una pasión desatada y salvaje.

Un hombre que le había hecho temblar de deseo y que ahora había logrado que estuviera sacando todo lo que tenía dentro.

Y Emily se sintió tan orgullosa, se sentía tan feliz, que salió a la terraza como estaba, desnuda y descalza, y a pesar del frío y de todo, gritó a todo Manhattan:

—¡Emily ha vuelto! ¡Emily está de nuevo en la ciudad!

Y luego tras estallar en una mezcla de risas y lágrimas, muerta de frío y sintiéndose más viva que nunca, regresó al salón donde empezó a sonar su móvil.

Y se lanzó a por él para que no despertara al señor Harris que dormía como un tronco.

Luego, vio que era su amiga Helen y se marchó con el móvil hasta la otra punta del apartamento, a la cocina de servicio, donde habló:

—¡Helen! ¡Feliz Año! ¡Este 2020 nos lo va a dar todo! ¡Ya lo verás! ¡Este año va a ser el de nuestras vidas! ¡No lo olvides, nena!

Helen se partió de risa y le comentó en voz baja a su amiga:

—Tía, ¿qué te has tomado que estás tan eufórica? Que me pongan a mí dos de esos...

—Un poco de champán, un poco de vino... Pero no estoy borrachita, estoy feliz... Solo feliz...

—Feliz y follada. ¿O feliz a secas?

—Jajajajajaja. Feliz y foll... Bueno, ya sabes que yo no uso esos términos que tú usas...

—¡La madre que te parió! ¡Y parecías tonta del bote! ¡Pero muy bien hecho, tía!

—No, tonta del bote, no. Prudente... Ya sabes que es mi jefe y todo lo demás...

—Sí, sí. Todo lo demás, pero te lo has tirado. Y muy bien hecho. No seré yo la que te lo reproche. Yo además vengo de que me echen el polvo de mi vida —aseguró Helen que seguía hablando bajito.

—¿El polvo de tu vida? —preguntó Emily deseando que Paul por fin se le

hubiera declarado, porque hacían una pareja estupenda y adoraba a sus amigos.

—Sí, tía, sí. Y mira que yo pensaba que no... Vamos que creía que este me veía como una gordita simpática y no me quería tocar ni con un palo... Pues te digo ya que no... Te hablo en voz baja porque estoy en el baño y no quiero que me escuche. Pero te llamo para contarte que en lo que llevamos de noche ya se ha corrido cuatro veces.

Emily estalló en carcajadas y, feliz por su amiga, replicó:

—Y eso que decías que no le ponías...

—Qué va, al revés... Me ha confesado que yo le gusto desde el primer día que nos vimos, pero él estaba convencido de que como yo soy grandota, no ha dicho grandota, ha dicho diosa poderosa, a mí me gustarían los tíos como La Roca y no los flacuchos como él. Ya ves tú, sí a mí los flacos me ponen perraca perdida... Lo que es la vida... Yo pensando que no me deseaba por gorda y él pensando que no me molaba por flaco.

—Anda qué... Cómo perdemos el tiempo con cosas que no merecen la pena.

—Pues sí. Y menos mal que por fin lo hemos aclarado todo... Y a base de polvos que casi me dejan sin sentido... ¡No te imaginas cómo es este hombre, y créeme que yo no soy una monja como tú y me he tirado a unos cuantos! Pero este tío es canela en rama, un amante entregado, solícito, incansable y con una pirula qué....

—Calla... No quiero saber cómo tiene la pirula —comentó Emily divertida.

—Las dos G, cariño. Grande y gorda. No te digo más. Y con lo golosa que soy yo... No veas lo que me ha durado la piruleta...

—Jajajajajaja. Para por favor... Que yo como bien dices soy una monja y no tengo por qué escuchar esas cosas tan escandalosas.

—Nena que tú no te has pasado la noche rezando, precisamente.

—Ha sido la noche más bonita de mi vida, romántica, mágica, especial...

—Sí, sí, todo eso está muy bien... Pero qué tal fol...

—¡Todo perfecto! —exclamó Emily muerta de risa.

—¡Madre mía, nena! Cuánto me alegro porque no hay nada mejor que estrenar el año a polvazo limpio. Y no sabes lo mejor: ¡este me ha pedido salir! ¡Yo no daba crédito! Pero vamos, que me ha faltado tiempo para decirle que sí a todo... Y he venido corriendo a contártelo porque tenías razón... Me ama... El pobre es que me ve como una diosa y pensaba que no estaba a mi altura...

—Yo me alegro tanto por ti... Y el señor Harris también me ha pedido salir, lo que pasa es que le he pedido que vayamos poco a poco. Pienso que lo más sensato es ir conociéndonos y luego ya cuando esté todo bien consolidado decirlo... Y a mi madre por supuesto que no pienso contarle que he comido ostras... Es que te cuento que he acabado con una en mis partes y... bueno, imagina el resto. ¡Pero por favor no hagas más preguntas que soy muy vergonzosa!

—Jajajajajaja. ¿Has tenido una cena gastrosexual? Jajajajajaja. Dios, lo que debe ser que te pongan una de esas en el chirr...

—Calla. Por Dios. ¡Calla! ¡Ha sido una noche preciosa! Y ahora acabo de pintarle al carboncillo mientras dormía... Estoy que no me lo creo...

—¿Has pintado en una hoja en blanco?

Emily muy orgullosa respondió alto y claro:

—Así es, señorita.

—Si es que no hay nada como un revolcón para que se nos quiten las tonterías de la cabeza.

—No ha sido solo un revolcón, precisamente he vuelto a pintar porque esto no es solo sexo. Y gracias a John me he dado cuenta de que jamás debí permitir que ese cerdo me destrozara la vida...

—Pues sí. No hay que hacer ni puñetero caso a la gente tóxica. Solo buscan hacer daño, porque son mala gente... No hay más. Por eso hay que pasar de ellos... Tienen que resbalarte esas mierdas...

—He aprendido la lección a fuego, amiga. Pero ya pasó el dolor... Me he sentido muy bien pintando, he vuelto a experimentar lo mismo que cuando era niña y me tiraba horas y horas dibujando en mi cuarto. ¡Joder, he vuelto a sentirme feliz!

—Feliz y foll...

—Jajajajajaja. Calla y vuelve con tu príncipe...

—¡Y tú con el tuyo! ¡Feliz año, Emily! ¡Te deseo lo mejor porque es justo lo que mereces!

—Igual que tú, amiga. Te deseo exactamente lo mismo...

## Capítulo 22

Después de esa noche maravillosa, ambos decidieron volver a la rutina como si no hubiera pasado nada.

Aunque todo fue diferente porque desde esa noche que lo cambió todo, el señor Harris cada vez llegaba antes a casa y se encerraba durante más de una hora con Emily en la habitación del fondo, para discutir distintos asuntos, tumbados en el sofá, a carcajada limpia y sin dejar de besarse en ningún momento.

Lo hacían todo a escondidas como si fueran dos adolescentes, y luego los fines de semana, sacaban unas horitas para verse mientras Peter se quedaba con sus abuelos.

Y en esas horitas, encuentros casi furtivos, que paseaban por el parque, iban al cine, comían *hot-dogs* en el puesto de la esquina, o tenían sexo a salta de mata en los sitios más insospechados, no hacían otra cosa que darse cuenta de que aquello iba a más.

Que lo suyo iba completamente en serio, que era irremisible y que se debía notar tanto que estaban locos de amor, que un día de finales de enero Peter le preguntó a Emily mientras merendaban pan con Nutella en la cocina del servicio:

—¿Algún día me contarás por qué mi padre está más moñas cada día?

Emily a punto de escupir el pan respondió colorada:

—No sé... ¿Moñas?

—Sí, se pasa el día con una sonrisita en la cara, suspira y se queda como un bobo mirando tus dibujos... Esos en los que pintas dioses griegos con la cara de mi padre.

—Jajajajajajajaja. Peter, por favor... Son ejercicios, dibujamos cuerpos humanos...

—Peter, nada. Que todos tus dibujos tienen el careto de mi padre. Y cómo te mira... Y tú cómo le miras a él. Yo tengo nueve años pero estas cosas saltan a la vista. Vamos, que es blanco y en botella.

Emily muerta de risa, no le quedó más remedio que sincerarse porque era obvio que saltaba la vista:

—Tu padre me gusta, me gusta bastante.

—Jojojojo... Ya te vale, Emily, porque menudo ogro... Pero el amor es así... Oye, ¿y lo lleváis en silencio por mí? Porque te digo que a mí no me genera trauma ni nada que estéis juntos. Al revés, ¡feliz! Si yo te adoro y me casaría contigo si no fuera porque mi padre se me ha adelantado.

Emily que no podía parar de reír, le dijo a Peter al que también adoraba:

—Yo te quiero un montón, Peter. Y lo llevamos en silencio, como tú dices, porque queremos ir despacio, que esto se afiance bien...

—Emi, si no te fuiste el primer día con lo insoportable que se puso mi padre, ya no te marchas en la vida —dijo Peter comiéndose la Nutella a cucharadas del bote.

—Deja la Nutella tranquila y úntala en el pan.

Peter dejó la cuchara y reconoció encogiéndose de hombros:

—Perdona, es que estoy nervioso. Y es que aparte de pedirte que dejéis de fingir que no sois novios, porque lo fingís fatal además; me gustaría pedirte un favor muy gordo.

Emily se sentó un taburete, asintió con la cabeza al tiempo que pensaba que ese chico no podía ser más listo y dijo:

—Te agradezco que aceptes de tan buen grado lo nuestro...

—¿Te cuesta decir noviazgo? ¿Te parece anticuado y casoso?

—No. Es que jamás pensé que esto iba a suceder y aún me pilla de sorpresa. Pero ya hablaremos de ello, ahora cuéntame lo del favor gordo...

—Antes debes prometerme que no le contarás nada a mi padre.

Peter se puso de repente tan serio que Emily le tuvo que decir pensando que era algo relacionado con alguna trastada o pifia:

—Depende de lo que sea, Peter. Si es algo gordo, debes decírselo a él. Tu padre es un hombre justo que sabrá entenderlo todo...

—Ya sí, es muy justo, pero para las cosas del corazón es muy torpe. Y tú lo sabes...

Emily sonrió convencida de que se trataba de un asunto de chicas y entonces habló:

—Pues no te creas. Eso pensaba yo, pero de un tiempo a esta parte, hasta se pone de un cursi que asusta.

—Ya, es lo que te decía esta supermoñas, pero conmigo no se va a poner. Al revés, en cuanto se lo cuente se va a cerrar en banda y no va a querer ayudarme. Y yo estoy ya desesperado, Emily... Te necesito, por favor...

Emily le sintió tan agobiado que no le quedó más remedio que decir:

—Cuéntame...

—Pero promete antes que no dirás nada a papá...

—¿Dices que es un asunto del corazón? —insistió Emily que entendía que Peter tuviera reparos para hablar con su padre de esos temas.

—Así es.

—Te lo prometo.

Peter se alegró muchísimo, luego se puso serio y contó en voz baja:

—Verás, los de la comedia que vemos por la tarde sortearon dos entradas para la grabación de un capítulo de la serie. ¡Y me ha tocado!

Emily que no esperaba para nada esa salida y menos que Peter tuviera ese gesto tan serio, preguntó atónita:

—¿Y temes que tu padre no te deje ir? Es que no entiendo...

—A lo mejor lo entiendes si te digo que Marion Smith es mi madre.

Emily entonces se quedó de una pieza, porque para nada esperaba que la actriz que con la que se lo pasaban en grande cada tarde fuera la madre de Peter, y exclamó:

—¡Esto es un broma! ¿Me estás tomando el pelo o qué?

—Que no. Que yo estaba tan harto de preguntar sobre mi madre y que mi padre me diera largas que me puse a investigar por mi cuenta. Bueno, sobre todo me ayudó mi abuela que a poco que la aprietas lo casca todo. Y me confesó que mi madre es esa actriz... ¿Por qué te crees que no me pierdo un capítulo? Aunque la serie es buena y mamá lo hace genial...

Emily que no sabía cómo gestionar para nada esa situación tan delicada le contó:

—Tu padre me confesó que Marion salió de vuestras vidas y que no se volvió a poner en contacto con vosotros.

—Creo que es porque teme que yo le mande a la mierda. Pensará que la odio, tiene que estar asustada... Por eso tengo que ser yo el que dé el paso y por eso tienes que acompañarme a esa grabación.

Emily se sirvió un vaso de zumo, de la ansiedad que tenía y farfulló:

—Tenemos que hablar con tu padre. No podemos hacer esto de espaldas a él.

Peter se cruzó de brazos y, con el ceño fruncido, refunfuñó:

—Me lo has prometido, Emily. Me has prometido que no le ibas a decir nada.

—Sí, porque pensaba que me ibas a contar que te gusta una chica. No que tienes pensado reunirte con tu madre...

—Es que tengo que hacerlo, Emily. Además, creo que desde su serie no deja de enviarme mensajes cifrados... Siempre tiene alguna palabrita para mí... Yo sé que me quiere, Emily. Mi padre está convencido de lo contrario pero yo siento cuando la miro que me está esperando, que me quiere, que solo desea que nos volvamos a juntar. Yo sé que hay una explicación para lo que hizo. Que se fue porque se equivocó.

Peter estaba con los ojos llenos de lágrimas y a Emily se le encogió el corazón:

—Tu padre lo que espera es que sea ella la que dé el paso. No al revés.

—¿Pero cómo lo va a dar? Tiene que estar muerta de miedo y convencida de que yo no quiero saber nada de ella. Pensará que la voy a rechazar y tengo que ir a ese estudio y decirle que no. Que yo estoy dispuesto a escucharla y a entenderla.

Emily se emocionó y sintió un orgullo muy grande porque Peter era un gran chico, pero tenía mucho miedo a que pudiera sufrir una gran decepción:

—Entiendo lo que dices, pero... Como adulta debo decirte que tienes que ponerte también en lo peor... Imagina que quiere que todo siga como hasta ahora, que...

Peter se puso muy serio, Y con una madurez que a Emily le impresionó le dijo:

—Que no me quiera. ¿Es eso? Pues pensarás que soy un tonto, pero yo siento que mi madre me quiere. Por eso me tienes que acompañar a esa grabación...

## Capítulo 23

Emily estuvo durante unos días dándole vueltas al asunto, pues no tenía ni idea de qué hacer. Por un lado, era más que obvio que John debía estar al tanto de todo como padre, pero por otro, además de que le había prometido a Peter que no diría nada al señor Harris, sabía de sobra que este se iba a negar en rotundo a que el chico se encontrara con su madre.

No en vano, le había estado tanteando esos días y se negaba a que su hijo retomara el contacto con su madre...

Incluso, una noche por teléfono fue mucho más allá y le dijo John:

—He estado pensando en lo que hablamos antes de Marion, no quiero ser injusto, ni inflexible, de verdad que no, pero es ella la que debe dar el paso.

—Ya, pero ponte en su lugar también. Debe ser muy difícil después de lo que hizo, aparecer sin más... Debe sentirse fatal, avergonzada, culpable, malísima persona...

—Mira, Emily, una buena madre está con su hijo. Y punto. No hay más que hablar. Si no está, es porque Peter le importa un bledo...

Emily no quiso seguir insistiendo porque ese tema desquiciaba por completo a John y su postura era clara.

Estaba convencido de que ella debía dar el paso y era evidente que eso no iba a suceder.

Y puede ser que estuviera en lo cierto, pero no porque Marion no quisiera saber nada de su hijo, sino porque estaba reconcomida por la culpa y la vergüenza.

Y es que había estado leyendo en esos días entrevistas a Marion Smith y había algunas declaraciones que le habían dado mucho qué pensar. Como una de hacía un par de meses en que le preguntaron que si se arrepentía de algo y ella respondió: *Cometí errores en mi juventud que aún hoy sigo pagando caro, si pudiera volver atrás lo cambiaría todo. Porque me temo que el perdón ya ni sirve. Hay cosas que hice tan mal que me sentí una basura y sin fuerzas para pedir perdón. Porque la verdad es que no hay perdón para algunas cosas, aunque las hiciera por miedo, por estupidez, por confusión...*

Y esas palabras a Emily le llegaron al alma porque algo sabía de sentirse

como una mierda y no tener fuerzas ni para perdonarse a sí misma. Podía ponerse en la piel de esa mujer y sentir su pena, su dolor y su culpa.

Y también podía comprender a Peter, un niño que necesitaba a su madre y que estaba dispuesto a abrazarla con todas sus fuerzas.

Y aunque John no lo entendiera de momento, sabía que si ayudaba a propiciar ese encuentro entre la madre y el hijo, al final iba a acabar poniéndose todo en su sitio.

Así que aun a riesgo de que el señor Harris no la perdonara jamás, pero sabiendo que estaba cumpliendo con Peter y sintiendo que estaba haciendo lo correcto, guiada por el corazón y el sentido de lo que era más justo: le acompañó a la grabación.

Ese día, Peter estaba tan nervioso que apenas desayunó, luego a ella le tocó llamar al colegio para decir que estaba indispuesto y después se subieron en el coche que la productora les puso para llevarles a los estudios.

Ellos tomaron la prevención de dar una dirección una manzana más allá, para que el portero no le diera el chivatazo al señor Harris de que los habían visto subir a un vehículo extraño y desde ese lugar comenzó algo que ya no tenía marcha atrás.

Porque ese día iba a cambiarlo todo, para bien o para mal, pero Emily sentía que era algo que había que hacer, que Peter lo necesitaba y que era lo más conveniente para todos.

No se podía tener a un niño de nueve años pegado a la televisión para estar cerca de su madre.

Una madre que tenía también el derecho a explicarse y a mirar a los ojos de su hijo, a pesar de sus muchísimos errores.

A pesar de todo el daño que había hecho...

O al menos Emily, eso era lo que pensaba que era lo correcto.

El caso fue que cuando llegaron al estudio, los dos estaban atacados de los nervios y más cuando se sentaron en el set junto al director y este tras presentarse les dijo:

—Los actores están terminando de maquillarse... Ya falta muy poco para que los conozcáis...

Peter con un dolor de barriga tremendo le dijo a Emily:

—Creo que me lo voy a hacer encima...

—¿Quieres que vayamos al baño?

—No, tranquila... Aguanto.

—¿Pero estás bien? Si no estás bien, Peter, nos vamos... No estás obligado a nada que no quieras.

Peter agarró fuerte la mano de Emily y con los ojos llenos de lágrimas musitó:

—Quiero conocer a mi madre. Quiero escucharla y que me diga. Pues es muy triste pasarse las tardes haciendo preguntas a una televisión...

Emily abrazó a Peter muy fuerte y, tras darle un beso cariñoso, habló:

—Te admiro tanto Peter... Y ya sé que llevamos muy poco juntos, te tengo tanto cariño... Te quiero mucho, hijo. Bueno, ya sé que no eres mi hijo...

—Para mí eres ya como mi madre, Emily. Te quiero muchísimo y ojalá os caséis pronto y te vengas a vivir a casa. Pero entiende que también quiera conocer a mi madre biológica...

Emily emocionada, no pudo evitar que dos lágrimas se le escaparan y musitó:

—Todo va a salir bien, Peter.

Peter la miró con los ojos llenos de lágrimas y le confesó:

—Yo sé que me quiere. Mi padre tiene miedo a que descubra que mi madre es una bruja que no quiere saber nada de mí. Pero yo la miro todas las tardes y siento que es buena. Creo que se equivocó y que está arrepentida.

Emily volvió a besar a Peter y justo en ese instante llegaron los actores, que el director les fue presentado hasta que apareció ella.

Era muy guapa, más que en la tele, rubia, de ojos azules, preciosa sonrisa, cuerpazo de modelo y melena abundante. Pero más allá de un físico increíble, parecía una persona cercana, agradable y simpática. Alguien amable en la que se podía confiar...

El caso es que todos los actores fueron saludándolos, hasta que llegó el turno de Marion que se quedó la última y el director la presentó:

—Y esta es nuestra estrella más rutilante...

Marion se echó a reír y quitándose importancia le dijo a su director:

—Charles, por favor, deja de decir esas cosas. Soy solo una más.

—Y como veis una chica sencilla y humilde con la que es un gusto trabajar. Emily, Peter... ella es Marion Smith —la presentó el director.

Marion saludó a Emily que estaba que le temblaba todo el cuerpo y luego la actriz se situó frente a Peter que con los ojos llenos de lágrimas y unas ganas infinitas de abrazar a su madre mascullo:

—Yo soy Peter. Peter Harris, el hijo de John Harris, y el nieto de Peter

Harris.

Marion descompuesta, miró a ese chico que era la viva estampa de su padre y solo pudo abrazarlo mientras decía:

—Peter, Dios mío, Peter... ¡Mi niño, mi pequeño, mi vida entera!

Peter se abrazó a su madre con fuerza, mientras Emily no podía parar de llorar.

Luego Peter se apartó un poco de su madre y le hizo solo una pregunta:

—Solo quiero saber una cosa, señorita Smith. Y quiero que sepa que tengo nueve años y que soy capaz de soportar lo que sea. Por eso le pido que me diga la verdad y solo la verdad. ¿Usted quiere saber algo de mí? ¿O no me necesita para nada en su vida?

El director que era un buen amigo de Marion y estaba al tanto de todo lo de su vida, supo que por fin acababa de llegar el momento que su amiga llevaba tanto tiempo esperando y los dejó solos. Y Marion con el rostro bañado en lágrimas solo pudo decir:

—Siento muchísimo haberte hecho tanto daño, Peter. Pero lo sé todo de ti... Todo... Hasta que fuiste en Navidad a una parroquia en el Lower East Side... Necesitaba tanto saber de ti que te confieso que contraté a un detective para que siguiera tus pasos...

Emily al escuchar aquello decidió apartarse también para que vivieran ese momento de una forma más íntima.

Y Peter entonces concluyó algo que nunca dejó de intuir...

—Tú me quieres...

Marion asintió y respondió sin dudar:

—Con todas mis fuerzas. Pero sucedió que cuando naciste estaba muy confundida, muy perdida y muy deprimida... Y tomé la peor decisión... Mi idea era marcharme hasta saber qué era lo que quería, hasta tomar las riendas de mi vida, hasta poner orden en mi cabeza. Estaba fatal, Peter, no sabía qué hacer con mi vida, no tenía una profesión, había empezado varias carreras pero ninguna me satisfacía. Yo quería ser actriz pero en mi casa no me dejaban y encima me quedé embarazada de un chico con el que la relación ya no funcionaba y que no tenía donde caerse muerto. Por entonces tu padre solo era un recién graduado en Informática que se pasaba el día encerrado en un sótano trabajando duro en un software que no se sabía si iba a funcionar. Mis padres no me apoyaron ni en mi embarazo ni después, y yo me sentía tan sola y tan mal, que mi salida fue esa: huir. Pero solo hasta que encontrara mi sitio, mi

intención era sentirme bien, para poder estar bien con el mundo y sobre todo contigo. Pensé que sería cuestión de meses... Pero no fue así. Las cosas se fueron torciendo y para cuando las conseguí enmendar, ya había pasado demasiado tiempo. Y me sentía tan mal, tan culpable, tan arrepentida, tan mala madre... Que es que no tengo derecho ni a pedirte perdón. No lo tengo...

Peter acarició el rostro de su madre con la mano y dijo con un nudo en la garganta:

—En la parroquia, ese día de Navidad, asistimos a misa también... Y el cura dijo que todo el mundo tiene derecho a pedir perdón. Y yo pensé en ti... Porque lo tienes...

Marion agarró fuerte la mano de su hijo y le habló de corazón, sintiéndolo en lo más profundo de su alma:

—Perdóname, Peter. Perdóname.

Peter abrazó a su madre y le confesó sintiéndose más feliz que nunca:

—Desde que mi abuela me dijo quién eras, no he dejado de verte cada día. Tengo fotos tuyas guardadas en una carpeta y antes de dormir te cuento lo más importante del día, te doy las buenas noches y te digo que te quiero. Que no tengas miedo a nada, que entiendo que estuviste mal y que hiciste algo que no querías. Y ahora que te tengo enfrente te digo lo mismo. Yo te quiero... Y si quieres un día tomar una pizza, salir por ahí, o yo qué sé. Ya sé que eres una actriz ruti... Bueno, lo que ha dicho ese señor y que estás muy agobiada, pero... —Peter sacó un papelito que llevaba en el bolsillo y le dijo—: si sacas un hueco, escíbeme. Mi padre no sabe que estoy aquí, me tiene interceptado el móvil, así que lo mejor es que me escribas. Y Emily que es la novia de mi padre y mi mejor amiga, me llevará para encontrarme contigo.

Marion miró a Emily agradecida, sonrió a Peter feliz como no recordaba en su vida y reconoció:

—Si vieras la de veces que he soñado con esto, Peter. De hecho, quiero que sepas que acepté esa serie familiar con el deseo de que tú me vieras. Y te juro que todos los días interpreto pensando en ti...

—No hace falta que jures porque lo sé. Yo miraba a la tele y sabía que estabas hablándome...

—Me siento tan orgullosa de ti. Por los informes del detective sé que eres un chico brillante y bueno. Pero tenía tanto miedo a tu rechazo, temía tanto que me odiaras, que no quisieras saber de mí, que no me he atrevido a dar el paso. Estaba muerta de miedo...

Peter abrazó a su madre otra vez y le susurró al oído con cariño:  
—Ya estamos juntos, mamá. Ya no tienes que tener miedo a nada...

## Capítulo 24

Después de ese encuentro tan intenso, Peter y su madre estuvieron escribiéndose por correo electrónico sin parar. Tanto fue así que unos días después, previa petición de Marion, volvieron al estudio a merendar con ella.

Y tras esa merienda, vinieron unos cuantas más en la que la madre y el hijo fueron conociéndose y entendiéndose cada día más y más.

Los dos tenían un sentido del humor muy parecido, eran creativos, divertidos, espontáneos: por lo que sintonizaban a la perfección...

Sin duda, Peter si bien por fuera era clavado a su padre, por dentro era igual que su madre.

Una Marion que estaba feliz de haber recuperado a su hijo, y que era obvio que había superado todas las tristezas y amarguras del pasado.

Se la veía una mujer feliz y realizada con su trabajo, que cosechaba éxitos y que disfrutaba completamente con la vida que llevaba y más ahora que había vuelto a recuperar a Peter.

Sin embargo, todavía no se habían atrevido a decir nada a John, aunque Emily era partidaria de decírselo cuanto antes. Si bien, Peter le suplicó que dejara que pasara un poco más de tiempo, hasta que llegara la primavera, y con las flores darle la noticia que le iba a sentar con un tiro.

Porque era más que evidente que el señor Harris iba a poner el grito en el cielo y que solo con el tiempo acabaría entendiendo lo que era irremisible.

Madre e hijo se adoraban y estaban empezando a tender unos lazos que ya nadie jamás iba a romper.

Porque es que no había más que mirar la complicidad que tenían en esas meriendas cuando estaban juntos, como para darse cuenta de que esa relación era para siempre.

Emily desde luego que confiaba plenamente en Marion, estaba segura de que los sentimientos hacia su hijo eran sinceros y puros y que ahora que le había recuperado no pensaba dejarle jamás.

Atrás quedaban los errores y las tristezas del pasado y empezaban una nueva etapa repleta de confianza, respeto y amor.

Algo que Emily estaba convencida que John a pesar de su tozudez acabaría

aceptando...

De momento, los días transcurrían sin que él supiera nada y llegó San Valentín...

Y Emily que estaba tan liada con el asunto de Marion, ni siquiera se había acordado que era ese día si no llega ser porque esa misma mañana a las ocho en punto, se presentó el señor Harris en su casa con un ramo de flores enormes.

Emily que acababa de levantarse, al mirar por la mirilla y comprobar que era él por poco no le dio algo.

Y es que llevaba un pijama horrible y la casa estaba todavía por terminar de decorar.

Ya había hecho avances importantes, había tirado todo lo viejo, pero aún le quedaban detalles para que quedara tal y como ella deseaba.

Por eso, no había querido que John la visitara de momento y por eso abrió con una cara de espanto tremenda:

—John ¿qué haces aquí? ¡Y qué horror que me veas con estas pintas! Además, la casa... ¡Dios, te dije que esperaras a que termine de decorarla!

John le dio un beso en los labios feliz y le dijo con una cara de enamorado tremenda:

—Lo sé todo. Pero es nuestro primer San Valentín y necesitaba traerte esto...

John le entregó el ramo de flores, ella lo aceptó alucinada y avergonzada por no haberle comprado nada a él, y replicó:

—¿Puedes creer que he olvidado que hoy es una fecha tan señalada?

El señor Harris dio un manotazo al aire y exclamó quitándole importancia:

—¡Tampoco pasa nada! ¡No te preocupes, Emily! Yo solo quería desearte un bonito día...

Emily se lanzó a los brazos de ese hombre maravilloso, le dio un besazo enorme y le propuso:

—Imagino que tendrás prisa, ¿pero quieres pasar un momento?

John la cogió por la cintura, la pegó a él y le dijo muerto de deseo:

—Me muero por estar contigo, Emily. A todas horas...

Emily le hizo pasar, entendiéndole perfectamente porque a ella le sucedía lo mismo y le pidió después de atravesar un vestíbulo coqueto y llegar un salón muy acogedor.

—Toma asiento, por favor. ¿Te sirvo un café?

John se sentó, sin dejar de mirar a las paredes en donde colgaban los formidables cuadros de Emily y le informó:

—Acabo de desayunar. Tómate algo tú, si no has desayunado...

—Voy a por un zumo y vengo...

Emily fue a la cocina y John aprovechó para levantarse y quedarse maravillado con las pinturas de Emily, a la que además tenía que darle una noticia que iba a encantarle.

—Estos cuadros son formidables, Emily. Tendrías que hacer una exposición, se venderían como rosquillas...

De las paredes colgaban retratos y paisajes de lo más realistas y conmovedores, llenos arte, pasión y fuerza, que sin duda merecían estar en la mejor de las galerías.

Emily dio un sorbo a su zumo y, agradecida por las palabras del señor Harris, dijo:

—Los pinté antes de graduarme... Pero con lo que pasó de verdad que ya no sé ni cómo son. En su momento me parecían interesantes, luego una basura y ahora... me estoy reconciliando con ellos. Por eso los he colgado en las paredes, los miro y digo: ¡Caray, Emily, trabajaste muy duro, te esforzaste al máximo y sacaste lo que llevas dentro! Y bueno, hasta siento orgullo, ya ves... Después de lo que sufrí, es algo estupendo...

Emily apuró su zumo, lo dejó sobre la mesa y John la estrechó entre sus brazos para decirle:

—Y tengo también algo estupendo que contarte...

Emily rodeó el cuello del señor Harris con sus brazos y convencida de que le iba a proponer una cena en un sitio romántico o algo parecido, musitó con una sonrisa enorme:

—Cuéntame, soy toda oídos.

—Se trata del señor Martins...

Emily al escuchar ese nombre se puso rígida, tensa, ansiosa y le pidió:

—No quiero saber nada de ese hombre, John. Nada de nada.

John le acarició suave el rostro y le dijo para que se calmara:

—Pero esto debes saberlo. Confía en mí. Se trata del karma, ni más ni menos. Y esto más pronto que tarde tenía que suceder. Resulta que yo tengo una fundación que concede becas al estudio a alumnos con necesidades económicas. Bien, pues tu universidad se puso en contacto conmigo a primeros de año para saber si estaría interesado en financiar un proyecto para el

desarrollo de un software. Les dije que sí, pero les puse una única condición: que hicieran una investigación rigurosa al señor Martins. Le conté al rector que a mis oídos había llegado el caso de alguien que sufrió bastante por su metodología...

Llegados a ese punto, Emily con los ojos llenos de lágrimas y muerta de ansiedad, susurró:

—¿Por qué me haces esto? Yo solo quiero olvidar a ese cerdo...

El señor Harris la besó otra vez en los labios y le pidió:

—Tranquila, preciosa, y escucha hasta el final. Resulta que el rector me contó que una alumna suya se suicidó el año pasado y que le estaban ya investigando. Que tenían al menos treinta testimonios de personas que se habían visto afectadas por su particular modo de entender la enseñanza, todos presentaban trastornos de depresión y ansiedad. La cosa era tan grave que en septiembre le retiraron la cátedra. Esta fuera de la universidad y a la espera de juicio, donde no va a salir nada bien parado, porque el padre de esa pobre chica es uno de los mejores abogados de la ciudad.

Emily temblando, porque no podía creer hasta dónde había llegado la crueldad de ese hombre sin entrañas, balbuceó:

—¡Dios mío, John! ¡Qué terrible lo de esa chica! Podíamos haber sido cualquiera... Menos mal que ya no puede hacer más daño...

John la abrazó con un cariño que hizo que ella se sintiera protegida y segura y musitó:

—Se ha hecho justicia, Emily. Ese hijo de puta va a pagar caro lo que ha hecho...

Emily se quedó mirando a John y al momento entendió que tenía razón: se trataba de una cuestión de justicia. Por eso, reconsideró su postura y dijo:

—Quiero contactar con ese abogado... Quiero denunciar también mi caso, tengo informes psicológicos... Mis terapeutas pueden testificar... Porque tienes razón, John, ese impresentable tiene que pagar por lo que ha hecho...

## Capítulo 25

Esa misma noche, era viernes, y salieron a celebrarlo todo: San Valentín y que el karma había hecho de las suyas con el señor Martins.

Además, Peter estaba con sus abuelos con los que iba a pasar el fin de semana entero.

Por lo que estaban solos, pues John había pedido al servicio que no volvieran hasta el lunes...

—¡Dios, ni me lo creo! ¡Vamos a tener un fin de semana solo para nosotros! —exclamó el señor Harris, en un restaurante francés carísimo y romántico ubicado en un hotel de lujo en el que cenaban exquisiteces varias.

Emily sonrió, alzó su copa y brindó con el señor Harris:

—¡Por San Valentín, por el karma y por el fin de semana enterito!

John chocó la copa y brindó por ello feliz de ver que Emily estaba mejor que nunca:

—Estás preciosa esta noche.

Emily se había puesto un vestido rojo entallado, que marcaba su silueta y unos taconazos que le hacían unas piernas divinas. Llevaba el pelo recogido y un maquillaje sutil, si bien ella sentía que si lucía radiante esa noche era porque estaba en paz. Por fin en paz...

—Gracias, Peter. Lo que me has contado del señor Martins me ha hecho darme cuenta de que después de todo he tenido mucha suerte. Puedo contarlo, no como esa pobre chica. He vuelto a colgar mis cuadros de las paredes y ya puedo pintar otra vez... Pero reconozco que ese tío me hizo mucho daño... Si bien, nunca llegué a caer en lo más profundo del pozo, porque sucedió algo que no sabes. Y que a lo mejor te parece una bobada...

El señor Harris la cogió de la mano, cariñoso y le aseguró:

—Eres una mujer inteligente y maravillosa: seguro que no lo es.

Emily le agradeció el cumplido con una sonrisa enorme y confesó:

—Un día que me encontraba más triste, abatida y hundida que nunca, de repente me acordé de las palabras de mi abuela que siempre me decía cuando estaba *plof: Píntalo todo de azul... porque las cosas bonitas de la vida vienen de azul, como el cielo o el mar.* Y sin ganas de nada, me arreglé y me

fui a la peluquería de la esquina donde me gasté un dinero que no tenía en teñirme el pelo de azul. ¿Puedes creer que a partir de entonces algo empezó a cambiar?

John fascinado con la fuerza de esa chica musitó:

—Claro que lo creo.

—Decidí empezar a trabajar en lo que fuera, salí adelante como pude con trabajos de mierda y luego llegaste tú...

—Tu jefe insoportable... —musitó el señor Harris con una mueca muy graciosa.

—Sí, mi jefe insoportable y la persona que ha logrado que por fin descubra lo fuerte que soy... El hombre que me recordó que nadie puede arrebatarme lo que más deseo, lo que me hace feliz... El hombre generoso y bueno, al que deseo con todas mis fuerzas...

El señor Harris negó con la cabeza y le recordó:

—La historia del pelo azul es maravillosa y constata que fuiste tú la que decidiste salir. La que te negaste a caer en el pozo de la desesperación. La que decidió luchar con fuerza... Y yo tuve la suerte de que el destino te trajera a casa, de que lo llenaras todo con tu luz y tu alegría... Uf. Perdona, como diría Peter, ya estoy moñas otra vez...

—Jajajajajaja. Me encanta que lo seas... Por mí no hay problema...

Y así entre risas y confidencias siguió la cena hasta que a los postres, Emily le sorprendió con algo:

—Tengo un regalito para ti, John. Por San Valentín...

John que para nada esperaba un regalo, se sorprendió y exclamó:

—¡No hacía falta, Emily! ¡Con tu presencia es más que suficiente! Que hayas querido compartir esta cena conmigo es un regalazo...

Emily dio un manotazo al aire y susurró con una cara de pícara tremenda:

—El regalazo es lo que tengo puesto, justo ahí...

El señor Harris sin entender nada, arrugó el ceño y preguntó:

—Ahí ¿dónde?

Emily carraspeó un poco, comprobó mirando a derecha y a izquierda que no les escuchaban y respondió divertida:

—Llevo puesto un dilatador anal.

El señor Harris que estaba bebiendo un poco de vino casi lo escupió de la impresión:

—¿Llevas puesto qué?

—Un cacharrito que se usa para dilatar esa parte... Por favor, eres un hombre de mundo, practicabas el sexo sin límites antes de conocerme.

—Sé muy bien de lo que estás hablando, pero no era necesario. Quiero decir que podemos hacer miles de cosas esta noche y todas las noches. No hace falta que hagas algo que...

Emily sonrió, se mordió los labios y le susurró:

—Llegué a casa, me duché, me lo puse y... Uf... Estoy sintiendo ahora mismo tantas cosas que te rogaría que fueras más rapidito con el postre porque no puedo más.

El señor Harris excitado y nervioso a la vez, replicó con su tono de jefe insoportable:

—Vas a tener que estar muy dilatada para que disfrutes. De lo contrario, no lo pienso hacer, señorita Fisher.

—Pero yo quiero hacerlo, quiero dártelo. Quiero que este día sea especial y quiero que sea mi regalo. Me pediste que fuera libre, que expresara todo lo que llevo dentro: bien pues quiero hacerlo.

—Yo me muero por hacer de todo contigo, pero solo te digo que tienes que prepararte bien. Ya sabes lo que tengo entre las piernas... Y no es vanidad...

—Jajajajajaja. Lo sé. Y ¿sabes otra cosa? Que llevo en el bolso lubricante...

Emily miró al señor Harris con tal lascivia que él se puso durísimo, arrojó la servilleta sobre la mesa y le susurró:

—No voy a aguantar a llegar a casa...

Emily que acababa de tomar el último trozo de su helado de menta y limón, lamió la cucharilla de una forma muy *sexy* y replicó:

—¿Ah, no señor Harris?

El señor Harris se puso de pie, hizo un gesto al camarero para que le trajera la cuenta, mientras Emily le miraba expectante...

Tras pagar, salieron del restaurante cogidos de la mano y al percatarse de que en vez de salir a la calle, se dirigían al interior del hotel, Emily le indicó:

—La salida es por allí.

El señor Harris arqueando una ceja y con una cara de diablo tremenda, masculló:

—Lo sé. Pero creo que tienes un problemita en cierta parte de tu anatomía y debo ayudarte... Además, me han hablado muy bien de las suites de este hotel...

Emily se quedó con los ojos como platos al escuchar aquello, porque ese hotel era asquerosamente caro:

—¡Ni se te ocurra! ¡Cuesta un ojo de la cara! Me halagan tus ganas, pero podemos esperar perfectamente a llegar a casa.

El señor Harris le mostró con disimulo su abultada entrepierna y le dijo:

—Eso será si no rompo antes mis pantalones, señorita Fisher.

Emily le miró y, muerta de risa, exclamó:

—Yo estoy igual de mal, pero... Es que es muchísimo dinero...

El señor Harris se dirigió a la recepción con ella de la mano y le pidió:

—No te preocupes por mi bolsillo, que para algo me mato a trabajar...

Y tras decir esto, pidió la suite presidencial que como Emily había anticipado costaba una cantidad indecente de dinero.

Eso sí, cuando entraron en esa maravilla de suite, inmensa, decorada con un estilazo palaciego impresionante, con unas vistas formidables y todo lujo de detalles, entendió por qué valía tantísimo.

—Parece que estoy en el palacio de Sissi... Mira qué techos, qué cuadros, qué porcelanas, qué armarios, qué lujo, qué sofisticación, qué...

Emily fascinada con lo que estaba viendo, no pudo decir más porque John la abrazó, la besó apasionado y susurró pegado a su boca:

—Lo que mereces, preciosa. Ni más ni menos.

## Capítulo 26

Emily le devolvió el beso completamente entregada y así estuvieron devorándose, hasta que el señor Harris le bajó la cremallera del vestido que cayó desplomado al suelo.

Emily, en tacones y con una ropa interior transparente, miró temblando de excitación al señor Harris, que le pidió en un tono de voz duro:

—Date la vuelta...

Emily se giró y vio que llevaba un tanga que dejaba entrever su regalito de san Valentín. Un dilatador grande que le sorprendió hasta el punto de que casi gruñó pegado a su espalda:

—Jamás hubiera imaginado que ibas a trabajar tan duro esta zona. Tenías que haber empezado con otra cosa, bolas tailandesas... Esto es...

John deslizó las manos hasta las nalgas que amasó fuerte hasta que ella gimió.

—Quería dártelo esta noche. Lo probé en la ducha, es grande pero poco a poco mi cuerpo ha ido aceptándolo y estoy muy bien... Demasiado bien...

Emily agarró a John de la mano y la colocó sobre la vulva mojadísima...

John al comprobar lo excitada que estaba hundió dos dedos en el interior y masculló ansioso de todo:

—Debes estar más excitada que nunca, Emily. Es la única forma de que esto sea placentero...

—Lo estoy, John.

El señor Harris de repente se marchó y regresó con unas cuantas toallas, la más grande que colocó a los pies de Emily que estaba pegada junto al ventanal y otras pequeñas que colocó sobre una silla.

Luego, él abrió completamente las cortinas y le aseguró:

—Es el último piso del edificio más alto de la manzana. Nadie puede vernos... Pero tú puedes verlo todo...

—¿Y la toalla?

John rompió la braguita, la tiró al suelo y respondió hundiendo otra vez dos dedos dentro de ella.

—Para cuando eyacules. Será mi regalo.

Él comenzó a penetrarla con esos dedos que sabían bien lo que hacían y Emily preguntó apoyada en la espalda de ese hombre que sabía siempre sorprenderla:

—Pero no lo he hecho nunca.

—Porque nunca te he tocado aquí. Quería dejarlo para un día especial...

John entonces comenzó a estimularle el punto G, con tal precisión, que Emily se dejó llevar aunque tenía ciertos reparos...

—Es indescriptible lo que estoy sintiendo, pero ¿y si no llego a... derramarme?

—Estallarás en un orgasmo salvaje como no has conocido jamás.

—Madre mía, John...

Y Emily no dijo más, se entregó a esas caricias, a ese placer infinito, a esas caricias en ese punto que jamás había tocado nadie y que le estaban haciendo gritar de placer.

Y así, desesperada, frente a la ciudad que yacía a sus pies, ella misma rompió su sujetador, liberó sus pechos y comenzó a pellizcarlos fuerte mientras John seguía...

Seguía y seguía hasta que Emily sintió que ya no podía más, gimió desesperada, llorando, temblando entera... Y él golpeó el clítoris durísimo con el pulgar lo justo para arrancarle un orgasmo bestial que la hizo estallar entera...

Pero aquello no quedó ahí, porque John al sentir las contracciones orgásmicas, tocó otra vez esa rugosidad, ese punto y ella ya sí que sintió que aquello era la locura, porque de nuevo una oleada de placer extremo la desbordó y se derramó entera...

Emily, que acababa de vivir la experiencia sexual más intensa de su vida, rompió a llorar, John la abrazó y le susurró al oído:

—Te amo, Emily. Te amo.

Emily se giró, lo abrazó con fuerza y tras besarlo desesperada, musitó:

—Y yo, John. Con todo mi corazón...

John entonces cogió una toalla de la silla, la limpió fascinado por todo lo que le había dado y le preguntó:

—¿Estás bien, Emily? ¿Quieres que sigamos?

Emily tenía tantas ganas de seguir, de dárselo todo que le suplicó:

—Por favor...

John la besó en la boca, recorrió los labios con el dedo índice y le pidió

con la voz bronca:

—Muéstrame mi regalo.

Emily obedeció, se colocó con el culo en pompa y apoyó las manos en el ventanal, con el corazón que se le iba a salir del pecho.

Él entonces retiró el dilatador y comprobó admirado lo bien que había trabajado la zona...

—¡Me dejas maravillado, Emily!

Creo que vamos a poder hacerlo...

—Te lo ruego, estoy más que preparada... Por favor... Coge el lubricante de mi bolso...

John lo hizo y lo vertió con generosidad sobre esa estrechez dilatada a conciencia, y luego enterró dos dedos.

Emily al sentirle dentro se estremeció entera y su cuerpo aceptó bien esa invasión que ya le sabía a poco.

—Te quiero a ti, John... Por favor... Te necesito ya...

John quería que ella disfrutara al máximo, por eso comenzó a penetrarla con más contundencia y cuando sintió su anillo más relajado probó con otro dedo más y aquello ya fue el delirio para Emily.

Se entregó a esas nuevas caricias hasta que el señor Harris la sintió tan preparada que sacó los dedos, se bajó el pantalón, se deshizo de la ropa interior y cuando iba a buscar un condón, Emily le pidió:

—No hace falta, John. Los dos estamos sanos, somos una pareja estable y yo quiero sentirte, quiero que te corras dentro mí.

John que también quería lo mismo, la complació... Colocó su miembro en la entrada dilatada y se hundió hasta la mitad:

—Sigue, John, te lo suplico... Sigue... Puedo aceptarte, quiero sentirte bien dentro.

Y John siguió... Se clavó hasta el fondo y Emily se estremeció entera. Le sentía con tal intensidad, se sentía tan abierta, que aquello era una mezcla de sensaciones que no había conocido jamás, era un placer extremo, intenso, casi doloroso. Pero tan excitante que empezó a gritar y a pedir más y más y él se lo dio.

Primero lento y suave y según la fue sintiendo más y más abierta todavía, comenzó a ser más duro, más exigente, hasta que llegó un punto que sintió que estaba a punto de correrse y deslizó una mano hasta el clítoris.

Sabía que esa era la mejor forma de que Emily aguantara hasta final, por eso

decidió que había llegado el momento de arrancarle un nuevo orgasmo. Y así fue...

Golpeteó el clítoris con el pulgar unas cuantas veces, sin dejar de penetrarla más duro que nunca, tanto que ella creyó que no iba a poder soportarlo más, pero justo en ese instante un orgasmo la sacudió entera. Y él, al sentirla gozar de esa manera tan intensa, se corrió detrás de ella diciendo que la amaba, que la amaba como jamás había querido a nadie.

Luego se abrazaron muy fuerte, y después de quedarse así unos instantes, decidieron darse un buen baño de espuma donde el señor Harris se sinceró por completo:

—No tengo palabras para agradecerte lo que has hecho por mí, Emily — dijo él, con Emily sentada entre sus piernas y la espalda apoyada en su pecho.

Emily se giró para mirarlo y repuso:

—Es lo mismo que siento yo. Gracias a ti me siento más libre que nunca, más yo...

—Te juro que después de lo de Marion estaba convencido de que jamás volvería a querer a nadie, de que jamás depositaría todo en manos de nadie. Pero tú has hecho que rompa todos mis juramentos y promesas y me haya enamorado de ti hasta las trancas. Te amo y confío tanto en ti, Emily. Sé que tú no me vas a fallar, sé que tú eres leal, sé que tú valoras tanto la sinceridad como yo y que es la base de la confianza y el respeto.

Emily al escuchar aquello, se sintió fatal porque sabía que había algo muy importante que le estaba ocultando. Pero es que no podía hacer otra cosa, se lo había prometido a Peter y es más, sabía que John finalmente acabaría entendiéndolo todo.

Por eso, se giró, y le aseguró:

—Lo que siento por ti no lo he sentido jamás, cuando te he dicho antes que te amaba es cierto. Te quiero, quiero lo mejor para ti, quiero compartir todo contigo, quiero hacerte feliz... Y puedes estar seguro de que puedes confiar en mí, John. Yo siempre voy a estar aquí... Siempre...

## Capítulo 27

Después de un fin de semana de locura, que no pudo resultar ni más intenso, ni más romántico, ni más apasionado, regresó la rutina...

O eso fue lo que Emily pensó cuando amaneció el lunes en su casa dispuesta a enfrentar una semana más de trabajo.

Se levantó bien temprano, se duchó, se preparó un desayuno contundente y feliz de solo recordar el maravilloso fin de semana, se puso a trabajar en un cuadro que llevaba bastante avanzado.

Y así, cuando apenas llevaba una hora, sonó el timbre de la puerta de su casa y ella se levantó a abrir convencida de que sería el cartero con alguna factura o algo así...

Pero cuál no fue su sorpresa cuando miró por la mirilla y comprobó que era el mismísimo señor Harris con una cara de malo tremenda.

Así que muerta de la risa, abrió la puerta y preguntó divertida:

—¿El señor Harris se ha quedado con ganas de jugar más todavía?

Si bien, el señor Harris lejos de entrarle al trapo la miró furioso, con la vena del cuello hinchada y le gritó:

—¡No estoy para juegos, Emily!

Luego entró en la casa, cerró la puerta tras él y Emily sin entender nada preguntó:

—¿Qué te pasa? ¿Por qué estás tan irritado?

El señor Harris le entregó ofuscado una revista del cotilleo en cuya portada aparecía Peter junto a Marion Smith bajo el titular: “El secreto mejor guardado de Marion”.

—Esto es lo que pasa, señorita Fisher. Pasa que has traicionado mi confianza, pasa que me has dado la puñalada más tramera que alguien podía asestarme, pasa que me has destrozado la vida. ¿Te parece poco? —le gritó furioso.

Emily temblando, porque no podía dar crédito a lo que estaba leyendo, respiró hondo para tranquilizarse y le pidió:

—Entiendo tu enojo, pero escúchame por favor. Deja que me explique...

El señor Harris apretó fuerte los puños, negó con la cabeza y replicó:

—¡No hay nada que explicar! En la revista ya lo cuentan todo con pelos y señales. No hace falta que lo leas, ya te lo cuento yo. Resulta que la pobre y dulce Marion llevaba toda la vida deseando encontrarse con su hijo. Sin embargo, no lo hizo porque temía al malvado del padre, del que curiosamente en páginas interiores también habla Cameron...

Emily se llevó las manos a la cara y exclamó:

—¡No! ¡Cameron! ¡Lo que faltaba!

—Cameron cuenta que John Harris, el mismo cerdo que ha impedido que la santa de Marion estuviera con su hijo, jugó con sus sentimientos, le hizo promesas que jamás cumplió y la dejó tan devastada que desde entonces está en tratamiento psiquiátrico. ¿Qué te parece, Emily?

Emily, con dos lágrimas recorriéndole el rostro, sollozó:

—¡Lo lamento todo, John! Pero quiero que sepas que yo le hice una promesa Peter...

El señor Harris la miró furibundo, se echó el pelo nervioso hacia atrás con una mano y exclamó:

—¡Acabáramos! ¡Resulta que un mocoso de nueve años es el que ahora dice cómo se tienen que hacer las cosas! ¿Estamos locos o qué? ¡Tú eres la adulta! ¡Tú eres la que tenías que haberme advertido de lo que se estaba cociendo! Porque ¿sabes el infierno que me espera ahora? Marion no va a parar hasta quitarme la custodia, me va a hacer la vida imposible y ¿sabes lo más triste de esto? ¡Que a ella el niño se la bufa! Tan solo lo está utilizando para blanquear su imagen, para que el mundo entero sufra con ella y su maldita serie de televisión siga subiendo como la espuma en audiencia. Para eso es para lo que quiere al niño... ¡Para alimentar su jodido ego y para destrozarnos la vida a todos! Y con tu colaboración, por supuesto. Porque si estoy pasando por esta pesadilla es por tu culpa, señorita Fisher.

Emily mordiéndose los labios, de la pura desesperación de que ese hombre fuera tan terco, le aclaró:

—Te equivocas con Marion. Está muy arrepentida, lleva mucho tiempo deseando retomar la relación; pero no lo ha hecho porque tenía miedo a que Peter la rechazara. Es una mujer que ha sufrido mucho, que lo ha pasado fatal, que cometió errores en el pasado porque estaba muy perdida; y yo soy de las que pienso que todo el mundo tiene derecho a una segunda oportunidad.

El señor Harris apretó fuerte las mandíbulas, muy nervioso, y repuso:

—Lo único que sé es que jamás ha tenido la más mínima intención, ni

interés por su hijo. Le importó bledo dejarlo en mis brazos de bebé con la clavícula rota, ya ves tú lo buena madre que es... Pero es que después, el niño ha tenido distintos problemas de salud, nada grave gracias a Dios, cólicos, alergias, asma... Todo eso me lo he comido yo... Sus fiebres, sus mocos, sus diarreas, sus noches de dolor de dientes... ¿Le importaron algo a la buenísima de Marion Smith? ¿Se preocupó por buscarle un buen colegio, por darle una buena educación, por estar siempre a su lado para llevarle por el camino correcto?

Emily bufó porque era obvio que el señor Harris había entrado en bucle y no iba a salir de ahí. Pero ella necesitaba que entendiera por qué había actuado así:

—Lo que sé es que su abuela le contó a Peter que Marion era su madre y se pasaba las tardes viendo su serie...

El señor Harris miró a Emily furibundo y le recordó preso de una rabia infinita:

—¿Y no leíste en el dossier que tiene prohibido ver la televisión? ¿Por qué no respetaste mis puñeteras normas?

Emily entendía su enfado, pero él también tenía que comprender que la vida tenía miles de matices. Que no era todo cuestión de blancos y negros:

—No puedes pretender que viva ajeno a su tiempo y a su mundo. No puedes tenerle en una burbuja, John. Si quieres protegerle, lo mejor es que se enfrente a la verdad.

El señor Harris, harto de explicar lo mismo una y otra vez, le recordó:

—Yo soy el padre. Y yo decido cómo quiero educar a mi hijo. Tenías que haber acatado las normas y aplicarte a ti misma eso de enfrentarte a la puñetera verdad. ¿Pero qué lecciones va a dar de enfrentarse a la verdad alguien que no se atrevió a coger un jodido lápiz en dos años?

Emily le miró ofendida, porque había sido un ataque bastante bajuno y le advirtió:

—No voy a permitir que sigas por ahí, John. Entiendo tu enfado, pero no voy a consentir que me hagas daño.

—¡No seas ridícula! ¡Eso no es daño! ¡Daño es que hayas llevado a mi hijo hasta la boca de la loba! ¡No tenías permitido sacar a Peter fuera de casa y lo llevaste junto a esa pécora! ¿Y tú hablas de daño? Daño es el dolor que he sentido cuando me he visto traicionado por la mujer a la que había dado mi total confianza y mi amor. Porque yo sí que llegué a sentir por ti, Emily. Pero

tú... Está visto que solo me utilizaste para tu despertar sexual, para quitarte tus remilgos de puritana y empezar a vivir la vida... Ya hasta dudo que estuvieras acostándote solo conmigo. Si me has mentido en lo de Peter, ¿en qué cosas más me mentirás?

Emily sintió tal dolor al escuchar aquello, como si le clavaran un puñal en el corazón, que destrozada abrió la puerta y le exigió:

—¡Sal de mi casa, señor Harris! ¡No quiero seguir escuchándote!

El señor Harris se dirigió hasta la puerta y le preguntó cínico:

—¿Quieres el número del director de la revista esa de chismes? Porque estará encantado de recoger tu testimonio. Así alimentaré más mi leyenda de cabronazo de marca mayor. La pobre niñera a la que me follé y a la que despedí dejándola en la puta calle. Porque no quiero que vuelvas por mi casa jamás. ¿Estamos?

Emily muerta de la pena, le miró y le dijo la única verdad:

—Todo lo he hecho por amor, señor Harris. Absolutamente todo. Y ahora sal de mi vida para siempre.

El señor Harris le clavó la mirada y supo que Emily estaba diciendo la verdad: había actuado por amor. De hecho, si había ido a su casa era para que le confirmara lo que él sabía en lo más profundo de su corazón.

Porque él en el fondo sabía que Emily había participado en todo aquello convencida de que estaba haciendo lo correcto. De que era lo mejor para Peter... Y por supuesto que ni dudaba del amor de Emily hacia él...

Pero su carácter de mierda le había jugado una mala pasada y había descargado toda su furia contra quien menos lo merecía.

Y se sintió un miserable...

Pero no dijo nada...

En su lugar salió de su casa, convencido de que la había perdido para siempre.

Y seguro de que el que había hecho daño de verdad y el autentico traidor no había sido otro más que él.

## Capítulo 28

En cuanto el señor Harris salió por la puerta, Emily rompió a llorar y así se pasó una semana entera sin apenas salir de casa.

Escribió un correo electrónico a Peter para decirle lo que había pasado y que le quería. Llamó a su madre para contarle que iba a estar muy ocupada en los próximos días, apagó el teléfono, se aisló de todo y solo se permitió pintar... Porque siguiendo el consejo de ese hombre horrible que le había roto el corazón: no iba a consentir que le quitaran el pincel de la mano.

Ya no.

Por eso se dedicó a pintar y pintar para sacar fuera toda esa tristeza, toda la rabia y toda la decepción...

Y el resultado fueron unos cuadros maravillosos, con una fuerza y una sensibilidad increíbles...

Lo mejor que había pintado en su vida, de eso estaba segura...

Y se sentía tan orgullosa que las lágrimas le dieron una tregua que dio paso a un vacío doloroso y amargo.

Si bien, siguió pintando sin descanso... Día y noche, sin parar... Durmiendo mal y alimentándose peor... Pero sus cuadros cada vez tenían más carácter, más garra, eran absolutamente conmovedores.

Y así se pasó el mes entero, trabajando más duro que nunca, volcándolo todo en los lienzos, hasta que un día llamaron a la puerta de casa y era Helen.

Emily abrió manchada de pintura hasta las cejas y Helen se quedó impresionada de lo flaca y lo desmejorada que estaba:

—Nena, ¡me tienes muy preocupada! Tienes el teléfono apagado, tus redes sociales muertas, llamé a tu madre y me dijo que estabas bien. Pero yo sé que no... Por eso he venido...

Emily desde hacía un par de semanas solo encendía el teléfono para mentirle a su madre y decirle que todo estaba perfecto. Y hacer lo mismo con el pobre de Peter que no paraba de escribirle correos muy cariñosos.

No quería agobiarles con sus problemas que los pobres ya tenían bastantes con los suyos propios.

De momento, prefería seguir en su burbuja sin contacto con nadie, solo

pintando.

De todas formas, Emily agradeció que su amiga estuviera en casa y le pidió que pasara:

—Gracias por venir, amiga. Pasa...

Helen pasó y lo primero que hizo fue abrazar a su amiga tan fuerte que ella rompió a llorar desconsolada.

Luego, tras desahogarse bien, le contó lo que había pasado y Helen se quedó muerta.

—¡Ese tío es un cabrón y un cerdo! ¿Cómo te ha podido hacer esa putada?

Emily retirándose las lágrimas de la cara respondió:

—No es un cabrón ni un cerdo. Vale, sí, un poco. Conmigo no ha actuado bien, pero es tan hiperprotector con Peter que se ciega y yo pagué los platos rotos.

Helen alucinando le dijo a su amiga...

—Nena, no le justifiques. Lo suyo no tiene perdón de Dios. Trátarte así... No permitir que le explicaras que todo lo hiciste por Peter... Y encima dudar de ti... Ya ves. ¡Si eres más fiel que mi perro caniche!

Emily sonrió porque Helen siempre le arrancaba una sonrisa y le confesó:

—Lo he pasado fatal, jamás pensé que iba a suceder esto. Pero me he refugiado en la pintura y mira...

Emily le mostró un montón de cuadros que había por el salón y se quedó fascinada porque eran sencillamente maravillosos:

—Nena... Yo sabía que eras genial, pero esto es lo más jodidamente bueno que has pintado en tu vida. Y yo te traigo buenas noticias... Llevo llamándote un montón de veces porque vino el señor Dickens, un galerista muy importante a cenar al restaurante y le hablé de ti...

Emily que sabía perfectamente quién era, el dueño de una de las galerías más importantes de Nueva York, se quedó perpleja:

—¡Ese hombre es lo más en el mundo del arte! ¡Todo el mundo desea exponer en su galería! ¡Lo vende todo y a precios que te sacan de pobre!

—Yo no tenía ni pajolera idea de quién era, pero de pronto se presentó en la cocina para felicitarme por mis platos. Y nos pusimos a hablar como dos horas de mis platos y de todo... Entonces me contó que era galerista, le comenté que tenía una amiga pintora y le mostré tus cuadros.

Emily con una mezcla de ilusión y ansiedad preguntó:

—¿Cómo que mis cuadros?

—Tengo en mi teléfono miles de fotos de tus cuadros. Me encantan. En cuanto te pirabas a la cocina o al baño, yo me metía detrás de los sofás o de las cortinas, donde los tenías guardados y los fotografiaba. Ahora no sabes lo que me alegro de que cuelguen de las paredes. Y ¿sabes qué? El señor Dickens me dio su tarjeta para que te pongas en contacto con él. Le encantó lo que haces y dice que quiere ver mucho más... Todo lo que tengas y como vea esto te digo que lo va a pillar todo... Es muy bueno.

Emily lo tenía tan claro, y no ya por el dinero que obviamente le hacía falta porque llevaba un mes sin trabajar, sino porque quería que la pintura fuera su vida, por lo que sin dudarle le pidió a su amiga:

—Pásame su tarjeta, por favor. Y gracias por hablar por mí. Te debo una. Mejor dicho infinitas. ¡Porque siempre estás, amiga!

Las dos amigas se abrazaron y luego Helen le propuso:

—Y ahora nos vamos a comer por ahí, que estás muy flaca. Debes llevar comiendo fatal un mes.

Emily se encogió de hombros y replicó con la mirada muy triste:

—No tenía ganas de nada. Ha sido un palo tremendo. Estaba muy ilusionada con esta relación...

Helen cogió a su amiga del brazo y le recordó:

—La mancha de mora negra con otra verde se quita... O algo así decía mi abuela, así que arréglate que vamos a ir un sitio que yo conozco que está lleno de guapazos y ya verás...

Emily negó con la cabeza porque lo que menos ganas tenía era de ponerse a ligar:

—Nunca me apetecido, imagina ahora... Además, si es que sigo enamorada del ogro.

Helen miró alucinada a su amiga porque esperaba escuchar de todo menos eso:

—Nena, que le importó una mierda tus sentimientos y fue muy duro contigo.

—Tiene un carácter que le pierde, pero su fondo es bueno. Después del chaparrón, hubo un momento en el que nos miramos y yo sé que estaba arrepentido. Se podía leer en sus ojos que lamentaba profundamente lo que había dicho.

—Pues si lo lamentaba tanto, podía haberte llamado, o escrito, o presentado en tu casa con una disculpa y un anillo de valor incalculable... En fin, esas cosas... —le recordó Helen haciendo de abogado del diablo.

—Él no es así, tiene que estar tan avergonzado que no se atreve ni hablar de ello con nadie. Peter me ha contado que su padre está pálido y ojeroso, que parece un fantasma, que ni come ni duerme, y que no habla con nadie.

—¿Y qué esperaba que le iba a salir gratis? La próxima vez que suelte tanta mierda por la boca se lo pensará. ¿Y con Peter que ha pasado? ¿Ha vuelto a ver a su madre?

—Peter me ha contado que se escribe con ella, está al tanto de todo. Y de momento para no liarla más han decidido esperar para verse. Pero ella no piensa iniciar una batalla legal para la custodia ni nada parecido, como se temía John. Así como tampoco fue la que filtró la noticia a la prensa de que se había reencontrado con su hijo. Fue el director de la serie, que es muy amigo de ella y lo hizo porque pensó que así iba a ayudarla. Y ya ves... Mira la que ha liado... Estamos todos peor que nunca... Porque absolutamente todos estamos sufriendo y sin visos de que mejore.

Helen miró a su amiga que estaba con los ojos llenos de lágrimas y concluyó:

—Tú estás enamorada de verdad de tu señor Harris...

—¡Claro que lo estoy! Y no imaginas lo que también extraño a Peter... ¡Adoro a ese niño!

—Creo que tenéis que sentaros a hablar, esto tiene que tener una solución feliz para todos.

—Uf. Eso haría alguien normal, pero el señor Harris es tan terco y orgulloso que te prometo que no sé cómo va a acabar esto... No tengo ni idea...

## Capítulo 29

Y a Emily no le faltaba razón, porque siguieron pasando las semanas y todo siguió exactamente igual, hasta que un día precioso de mediados de abril, un día de primavera perfecto, con la vida estallando por todas partes, apareció en el despacho del señor Harris: la mismísima Marion.

Cuando su secretaria le anunció que esa mujer estaba fuera esperando y que no pensaba marcharse hasta hablar con él, le pidió que entrara y no le pilló de sorpresa su visita, porque estaba convencido de que ese momento más pronto que tarde llegaría.

—¡Buenos días, Marion! —le dijo levantándose y estrechándola la mano, muy serio.

Marion le estrechó la mano, se situó frente a él y al momento se percató de que ese hombre estaba hecho una ruina. Estaba tan desmejorado que lo primero que le dijo fue:

—No puedes seguir así, John. Esta situación es insostenible y para ti el primero.

El señor Harris se revolvió el pelo, estrujó la estilográfica que llevaba en la mano y agotado por todo lo que estaba viviendo reconoció:

—Lo sé. Pero no tengo ni jodida idea de cómo gestionar esta mierda de situación.

Marion miró a ese hombre al que la última vez que vio era un recién graduado con miles de proyectos en los que trabajaba duro en un sótano pequeño y oscuro y al verlo convertido en todo un empresario de éxito sintió un tremendo orgullo.

—Claro que sabes. Eres un hombre con un talento increíble... No tienes más que mirar lo que has logrado. La última vez que te vi estabas ideando un software médico que hoy es utilizado por millones de pacientes... Me alegro muchísimo de tus éxitos, John.

—Y yo de los tuyos. Me alegro de que encontraras tu camino.

Marion se puso seria, se mordió los labios de la ansiedad y luego se lanzó:

—Me fui porque no estaba bien. Nuestra relación estaba rota. Los dos sabíamos que juntos no íbamos a ninguna parte. Y el nacimiento de Peter me

desbordó... No sabía qué hacer con mi vida, estaba perdida y no me sentía con fuerzas como para responsabilizarme de un bebé. Y tomé la peor decisión... Y no sabes cuánto me arrepentí, cuánto fue mi dolor, mi culpa, mi desesperación, mi...

John que entendía mejor que nunca a esa mujer la interrumpió:

—Sí que lo sé, Marion. O me puedo hacer una idea.

Marion que para nada esperaba que John empatizara de esa manera, siguió:

—No imaginas la de veces que quise contactar con vosotros, pero sentía tal vergüenza por mis actos, me sentía tan mal, tan mala persona, que lo postergaba una y otra vez. Y cada vez más rota, más hundida, con una herida tan profunda que no había instante que no me doliera.

El señor Harris respiró hondo, conmovido y le confesó tras aflojarse el nudo de su corbata:

—Desgraciadamente estos días, he vivido en propias carnes lo que es sentir esa vergüenza. No he actuado nada bien con una persona que me importa demasiado y no sé cómo arreglarlo. Tengo pánico a su rechazo, tengo miedo a que no quiera saber más de mí, tengo pavor a haberla perdido para siempre.

Y John que por primera vez se sinceraba con alguien, se tuvo que dar la vuelta para que Marion no le viera llorar.

Sin embargo, ella colocó una mano en el hombro y le dijo:

—Siempre hay esperanza, John. Nunca hay que dejar de creer ni de confiar. Tan solo hay que dejarse llevar por el corazón...

John se giró, se retiró las lágrimas con rabia y habló con un nudo en la garganta:

—Eso fue lo que hizo Emily, decidió arreglar este despropósito con amor. Y yo se lo pagué humillándola... ¡Eso fue lo que hice!

Marion negó con la cabeza y, lamentando en el alma que estuviera pasando por tanto dolor, le explicó:

—Emily es un ángel. Yo la llamo así, mi ángel, porque me trajo a Peter. Y lo hizo con todo su buen corazón porque quiere a nuestro hijo como si fuera de su propia familia. De hecho, puedo decir a boca llena que mi hijo tiene dos madres. Y no imaginas lo feliz que me siento de que Peter tenga en su vida a alguien que le quiera tanto como Emily.

John con el corazón en un puño, apretó fuerte las mandíbulas para contener la emoción y musitó:

—Lo sé. Y lo he hecho todo fatal... Vi ese titular en la revista y me planté

en su casa para decirle de todo. Estaba furioso, pensaba que tú estabas manipulando a Peter y que solo querías hacernos daño. Pensé que ella había sido una irresponsable que no había pensado en las verdaderas consecuencias de sus actos, dudé de ella, hasta de su amor por mí. Le dije cosas muy feas, pero lo más jodido fue que en el fondo de mi corazón sabía que la estaba cagando como nunca. Sabía que Emily lo había hecho todo por amor y sabía además que su decisión había sido la más justa de todas... Pero soy un hombre horrible, mi peor rostro se apoderó de mí y le hice daño... Un daño que no se merecía... Y estoy destrozado...

Marion sintió una pena tremenda por ese hombre y quiso animarle diciéndole:

—Tienes que hablar con ella. Tienes que decirle lo mismo que acabas de confesarme. Y sé que entenderá... Aunque ya sé que no soy nadie para dar consejos. Yo jamás tuve las agallas de plantarme delante de ti ni de Peter... Pero ahora lo hago, nunca es demasiado tarde, espero. Te pido perdón, John. Lamento haberte dejado solo en la crianza de Peter, lamento el daño que te hice, mi ausencia, mi silencio, todo... Y quiero que sepas que no estoy aquí para arrebatarte a tu hijo. No pienso litigar por su custodia. No pienso alterar la vida de mi hijo, ni sus rutinas, ni nada. Solo te pido que me dejes estar, que me dejes ser su madre, alguna tarde a la semana, algún fin de semana... Lo que estimes oportuno, pero solo quiero estar cerca de él y poco a poco ir recuperando tanto tiempo perdido.

Marion profundamente conmovida rompió a llorar y para su sorpresa, el señor Harris la abrazó y la consoló musitando:

—No sufras más, Marion. Lo pasado queda atrás. Peter te quiere. No ha dejado de hacerlo ni un instante. Y no ha parado hasta encontrarte porque te necesita. Estos días que yo he estado fatal, irritado, irascible, intratable, con una paciencia infinita no ha dejado de pedirme que me tranquilice, que eres una gran mujer. Y que quiere que estés en su vida... Y lo vas a estar, Marion. Es tu hijo, puedes estar con él siempre que quieras.

Marion le miró emocionada, se enjugó las lágrimas y susurró:

—Gracias, John.

—Gracias a ti por venir a verme. Soy tan terco que jamás habría dado ni un paso...

—Lo sé. Por eso estoy aquí, pero ahora eres tú el que debes ir a buscar a Emily. Y te lo digo yo que sé algo de esto... No permitas que esta situación se

enquiste. Tú la quieres.

—Con toda mi alma —reconoció el señor Harris hablando desde lo más profundo del corazón.

—Habla con ella. Olvida la culpa, el dolor, la vergüenza y dile lo que sientes. Explícate. Pídele perdón... Ella es un ángel, sabrá entenderlo, su corazón es grande y generoso.

—Pero ha sufrido mucho y yo le di donde más le podía doler. Fui muy cruel y muy injusto con ella. Lo que hice fue imperdonable...

—Eso lo tendrá que decidir ella. Y no tú. Yo también pensé que Peter jamás iba a perdonarme y me da su amor a manos llenas.

—Ya me contó que os escribís correos electrónicos... Me lo contó todo y me parece que Emily hizo lo correcto llevándole a tu estudio. Un hijo tiene todo el derecho del mundo a conocer a su madre... Pero yo...

—Tú solo le estabas protegiendo y hacías lo que creías correcto. Cualquiera hubiera actuado como tú... Todas las posturas son comprensibles... Emily le hizo una promesa a Peter y ella la cumplió. Por eso no te contó nada... Pero te aseguro que su intención era buena y que si llevó a Peter al estudio fue porque consideró que era lo mejor para él.

John que había dado muchísimas vueltas al asunto afirmó:

—Es que era lo mejor. El que lo has estropeado todo he sido yo...

Marion sonrió, negó con la cabeza y le recordó:

—Pero puedes arreglarlo, John. En tu mano está...

## Capítulo 30

Después de hablar con Marion, John se convenció de que ella tenía razón y de que debía al menos intentarlo.

Por eso, lo primero que hizo fue ponerse esa misma noche a redactar un correo de disculpas larguísimo que luego no se atrevió a enviar.

Ni ese día, ni los siguientes que estuvo hasta muy tarde escribiéndola para nada.

Porque luego ese mensaje se iba directo a la papelera al no tener valor suficiente para enviarlo.

Así que decidió dejarlo y pasar al teléfono... Si bien, justo en el momento en que colocaba el dedo sobre el nombre de Emily en la agenda se arrepentía y colgaba.

Porque no se atrevía, se sentía tan avergonzado y tan culpable que al final los días seguían pasando y sintiendo que Emily cada vez estaba más lejos.

Si es que no le había olvidado ya, si es que no había vuelto a rehacer su vida con alguien...

Y así, cada día más triste y desesperado fueron pasando las semanas hasta que llegó junio, y una mañana mientras ojeaba la prensa digital se encontró con una noticia que hizo que por poco no se derramara encima el café ardiendo: *La prestigiosa galería Dickens presenta la primera exposición de Emily Fisher, la artista revelación del año...*

El señor Harris leyó el artículo entero en el que solo decían maravillas de la obra de Emily y en el que le auguraban una carrera artística llena de éxitos y se alegró muchísimo por ella.

Una de las cosas que más le atormentaban era que por su culpa Emily hubiera caído otra vez en depresión y no hubiera vuelto a coger sus pinceles, pero parecía que había sido más bien al contrario.

Se había puesto a trabajar duro y había logrado que una de las mejores galerías del mundo expusiera su obra.

Una obra que estaba seguro de que iba a venderse de maravilla y que iba a darle a Emily una independencia y holgura económica que le iban a permitir dedicarse por entero a pintar.

Y es que otra de las cosas que más le preocupaban a John, era que ella para mantenerse hubiera tenido que emplearse en trabajos mal pagados donde lo único que iba a lograr era perder energía y tiempo para dedicarse a lo que verdaderamente era su vocación.

Pero no había sido así, afortunadamente, y todo apuntaba a que la separación había sido de lo más provechosa para Emily.

Y lo celebraba, lo celebraba tanto que se fijó en que la inauguración era ese mismo viernes a las siete de la tarde y no lo dudó.

Tenía que asistir aunque solo fuera para que supiera que se alegraba muchísimo por ella y que le deseaba toda la suerte del mundo...

Y ya teniéndola enfrente suponía que todo lo demás saldría solo, todo eso que le había escrito en los correos infinitos que había borrado y que se resumía en tres palabras: estaba totalmente arrepentido.

Así que con esa intención a las siete en punto de la tarde se presentó en la galería Dickens y cuál no fue su sorpresa que al primero que se encontró fue a Peter acompañado de la señora Hunt:

—Papá, ni se te ocurra echar la bronca a la señora Hunt, porque yo se lo pedí... Y es que no podía faltar, yo quiero mucho a Emily y no podía perderme este día tan importante para ella. Soy su alumno más aventajado y...

Peter abrazó a su hijo, feliz de verle en la galería y le dijo:

—¡Calla, que estoy encantado de que estés aquí! Como bien dices, es un día muy importante para Emily. Y seguro que está feliz de verte...

—Me mandó una invitación. Yo le pedí que te invitara pero ella me dijo que estaba segura de que no ibas a venir. Como eres tan terco...

El señor Harris sonrió y luego preguntó curioso:

—¿De verdad que dijo eso de mí?

—Es que lo eres papá y te lo digo con todo el respeto. Pero con todo insistí para que te la enviara, pero ella me dijo que no. Que vuestra relación se había enfriado tanto que no tenía sentido...

Peter iba a decir algo más, pero de pronto se percató de que Marion acababa de entrar y se lanzó a por ella:

—¡Mamá, estás guapísima! ¡Qué bueno que hayas venido! ¡Yo te voy a enseñar los cuadros! Soy el alumno favorito de la pintora y creo que tengo mucho que decir sobre su obra...

—Papá, perdona que voy a enseñarle a mamá la expo, mientras Emily llega. Está atendiendo a la prensa en la sala del fondo: como ahora es una pintora

importante —le dijo Peter a su padre.

Este después de saludar a Marion, contempló cómo los dos se iban hacia la sala principal de la mano y sintió una paz tremenda porque su hijo era feliz.

Había logrado retomar la relación con su madre de la forma más natural del mundo y todo fluía de maravilla porque sencillamente era un crío excepcional.

En su corazón no albergaba rencor, resentimiento, ni odio... Era un ser puro que le había dado una gran lección de amor. Y se sentía tan orgulloso de él, que le agradeció a la señora Hunt que le hubiera llevado a esa galería donde de repente fue abordado por una señora cuya cara la sonaba de algo.

—Señor Harris, disculpe que me presente soy la señora Fisher y él es mi marido —dijo señalando a un hombre en silla de ruedas que estaba unos metros más atrás, hablando con otros invitados.

—Con razón decía que me sonaba su cara... —reconoció el señor Harris estrechando la mano de la madre de Emily.

—Yo le he reconocido por la prensa... Con el lío que hubo con el niño salió usted mucho... Pero menos mal que Marion Smith lo aclaró todo, dijo de usted que era muy buena persona y muy buen padre, que ella fue la que se equivocó en su juventud, y que todo al fin estaba arreglado.

John, que no tenía ni idea de que Marion hubiera hecho declaraciones ni entrevistas porque estaba totalmente desconectado del mundo de la farándula, confesó:

—No sigo esa clase de prensa... No estoy al tanto de lo que han dicho de mí.

—Yo sí, porque aunque Emily no para de decirme que está bien, que dejó su puesto de niñera para ser pintora, yo sé que algo pasó que no quiere contarme. Y ahora que le he visto, he pensado que tal vez usted sí que tenga algo que contarme...

El señor Harris decidió que lo mejor era sincerarse con la madre de Emily y le explicó:

—No hice nada bien las cosas. Descubrí que Emily había llevado a mi hijo a encontrarse con su madre y fue muy duro con su hija. Le dije cosas muy feas, de las que estoy tan arrepentido que ni me he atrevido a volver a hablarle.

La señora Harris echó las manos a volar y comentó con una sonrisa cómplice:

—Ya me imaginaba yo que había pasado algo. Pero lo bueno es que está aquí. Yo conozco a mi hija, sé que se va a alegrar de que esté acompañándola

en un día tan importante para ella.

—Ojalá —masculló John con un suspiro entrecortado.

—Pues claro que sí. Ella además sabe aceptar una disculpa sentida. ¿Por qué está aquí para eso, verdad? —preguntó la señora Harris que no estaba dispuesta a que nadie hiciera el más mínimo daño a su hija.

—Por supuesto. Admiro y quiero a su hija y solo quiero lo mejor para ella.

—Obras son amores, hijo. Yo le creo, le miro a los ojos y veo a buen hombre. Pero cuando uno quiere a alguien, compra un anillo y se compromete formalmente. No voy a engañarle. Soy muy tradicional, y creo que así deben hacerse las cosas para que todo salga bien.

—Toma nota, señora Fisher —dijo convencido de que esa mujer tenía toda la razón.

—El señor Fisher piensa como yo. Ahora está liado hablando con esos invitados, pero yo le digo que piensa lo mismo. Y también que tiene nuestra bendición para que haga muy feliz a nuestra hija. Es lo único que tenemos, es nuestro tesoro. Así que ponemos en sus manos nuestro máspreciado bien. Sé que no nos va a decepcionar, sé que sabrá hacerla tan feliz como merece...

El señor Harris asintió emocionado de recibir la bendición de los Fisher y porque de repente apareció por la puerta Emily.

Estaba más guapa que nunca, con un vestido dorado que la hacía brillar más que ninguna. Parecía una estrella, mejor dicho era su estrella...

## Capítulo 31

Emily en cuanto pasó al vestíbulo de la galería y se encontró de bruces con el señor Harris, creyó que iba a morir allí mismo.

Pero con todo, dominó los nervios, saludó al señor Dickens, a sus padres, a los invitados y por último a él que le tendió la mano y le dijo:

—Enhorabuena, señorita Fisher. Te admiro muchísimo por lo que has logrado...

Emily le estrechó la mano, le miró a los ojos y sintió un estremecimiento que la recorrió entera.

Porque solo había que mirarlo para darse cuenta de que ese hombre había sufrido muchísimo...

—Muchas gracias por venir...

—He visto esta mañana la noticia en la prensa y no me habría perdido la inauguración por nada del mundo.

—¿Las ha visto ya?

—No, todavía no. He estado saludando a Peter, a Marion, a tu madre... Todos estaban invitados menos yo...

Emily, muy nerviosa, decidió que lo mejor era ser sincera:

—Me dolió muchísimo lo que dijiste aquel día.

Al señor Harris se le descompuso el rostro y musitó avergonzado:

—Y si supieras lo arrepentido que estoy... Pagué contigo mi rabia y me di cuenta de ello en el mismo instante que dije aquellas cosas tan crueles que te juro que ni sentía. Jamás he dudado de tus buenas intenciones, ni de tu amor, ni de nada. Eres una gran mujer, Emily. Eres buena, eres noble, eres...

John no pudo decir nada más, porque apareció el señor Dickens, un hombre de edad avanzada, cabello canoso, gafas redondas y aspecto de sabio, agarró a Emily del brazo y le pidió:

—Disculpe, caballero, pero esta artista tiene que inaugurar su exposición.

—Señor Dickens, le presento al señor Harris... —le presentó Emily y al momento se percató de quién era ese hombre que aparecía en muchos de los cuadros de su artista.

Hombre del que le había hablado muchísimo Emily y que estaba deseando

conocer para decirle:

—Como galerista permita que le diga que quien tiene una joya tiene el deber de cuidarla, señor Harris.

—Descuide, que he aprendido la lección con sangre.

—Sé que así será...

Y se llevó a Emily hasta un estrado desde donde ella agradeció a los asistentes su presencia. Y después, pasó a comentar su obra, que arrancaba con “El dios dormido”...

Y el señor Harris se quedó de piedra cuando Emily señaló una obra que estaba al inicio de la exposición en la que aparecía él dormido... El dibujo que pintó a carboncillo después de pasar juntos su primera noche... Y que también fue la primera vez en mucho tiempo que Emily tuvo el valor de enfrentarse a una hoja en blanco.

—Verán, ese dibujo que no está a la venta, es el único que no lo está, porque es muy importante y especial para mí, marcó un antes y un después en mi obra. Después de graduarme, alguien me dijo que no valía para pintar, alguien que yo admiraba profundamente, un profesor, y le hice caso. No volví a coger un maldito pincel, hasta que alguien que está por aquí, un genio de nueve años llamado Peter se empeñó en que lo hiciera.

—¡Estoy aquí, Emily. Te quiero! —gritó Peter y todos se echaron a reír.

—¡Y yo a ti, cielo! Tú me enseñaste a ser fuerte, a ser valiente, a escuchar a mi corazón. Y gracias a ti estoy aquí presentando mi primera exposición que exhibe tanto la obra previa a mi graduación, como lo último que he pintado después de que rompí mi bloqueo. Las obras antiguas son las de la derecha y a la izquierda pueden contemplar las nuevas... Como verán tienen otro trazo, otra intensidad, mucho más carácter y fuerza. Las pinté después de que alguien que me importaba muchísimo me hiciera mucho daño. Y salió todo eso de mi interior... Como ven, el dios que duerme en el primer cuadro, despertó desatando su furia, su enojo, su rabia...

El señor Harris comprobó cómo en todos esos cuadros nuevos aparecía él como un titán, como un Saturno, grande, duro, cruel, implacable... Y se temió lo peor...

Sintió que Emily estaba convencida de que ese era su verdadero rostro y que no quería volver a saber nada de él.

Si bien, para su sorpresa siguió recorriendo con la mirada esos cuadros y ese dios furioso, cuadro a cuadro se fue calmando, hasta parecer un hombre

sabio y justo, reflexivo y sereno, y lo que era más alucinante: en los últimos cuadros aparecía yaciendo junto a una joven, que parecía feliz a su lado.

Una joven a la que en el último cuadro besaba apasionado en los labios y que se titulaba: “El beso feliz”.

Entonces, emocionado y esperanzado, siguió escuchando a Emily que decía:

—Poco a poco fui encauzando todas esas emociones negativas, fui comprendiendo, entendiendo, permitiendo que todo se pusiera en su lugar. Y ese dios cruel, fue dando paso a otro más sereno, más justo, más bello... Hasta que en mi interior se fue haciendo la luz, otra vez volvió el sosiego a mi alma, me reconcilié conmigo misma y con todo. Y llegó el beso... El beso con el que acabo esta exposición y que es la metáfora perfecta de esta nueva etapa de mi vida. Una en la que por fin me he permitido ser lo que soy, mostrar todo lo que llevo dentro, sin miedo, convencida y segura, y en la que espero que me acompañen, porque tengo muchos proyectos y sueños por cumplir. Porque por fin sé quién soy y lo que quiero. Y jamás voy a permitir que nadie me arrebathe lo que más deseo. Buenas noches, amigos, disfruten de la exposición. Y no dejen nunca de luchar por sus sueños... Muchas gracias.

El público rompió en aplausos, Emily se emocionó muchísimo y luego recibió las felicitaciones de los asistentes que se morían por intercambiar unas palabras con ella.

Y es que su obra había despertado tal interés, que no solo estaba la galería llena sino que el señor Dickens le comentó que en apenas una hora lo habían vendido todo.

Y además, tenía encargos como para llenar su agenda durante los próximos diez años.

Si aquello no era un éxito que viniera Dios y lo viera...

Porque es que además el señor Dickens había puesto las obras a unos precios bastantes altos.

Pero al público le dio lo mismo... Todos querían un Fisher como fuera...

Incluido el señor Harris...

Y es que el señor Dickens le contó a Emily en un aparte que “El beso feliz”, al que le había puesto una precio altísimo, de hecho era el cuadro más caro de la exposición, lo había comprado el señor Harris.

Y Emily se emocionó tanto con ese gesto, que después de departir con un montón de invitados, se acercó hasta él que estaba frente a unos cuadros de la etapa del dios furioso y le dijo:

—El señor Dickens me ha dicho que has comprado “El beso feliz”...

El señor Harris que estaba con una copa en la mano se giró, asintió con la cabeza y confesó:

—Y también compraría el que abre la exposición. El dibujo que me hiciste después de una de las noches más bellas de mi vida.

Emily sonrió y reconoció también cogiendo una copa de vino de la bandeja de un camarero que acababa de pasar:

—Por esa misma razón no quiero deshacerme de él. Ese cuadro significa lo mismo para mí.

El señor Harris volvió la vista hacia el cuadro del dios furioso y le comentó:

—Siento que me vieras así, lamento muchísimo haberte provocado tanto dolor para que sacaras esta furia, esta violencia, este desgarró...

Emily dio un sorbo a su copa y, con la vista puesta en el cuadro, habló:

—En ese cuadro plasmé todo lo que tenía dentro de mi ser. Fueron días muy duros para mí. Apenas dormía, ni comía, ni salía de casa. Me pasaba todo el día pintando, sacando todo lo que ves, todo el dolor, la furia, la desesperación. Y no solo era que te viera así, es que yo también tenía dentro de mí eso. Me odiaba por lo del señor Martins, me odiaba por mi fragilidad, me odiaba por haber entregado mi amor a un hombre que no había sabido valorarlo...

El señor Harris la miró con los ojos muy brillantes y sintiendo más amor del que jamás había sentido en su vida musitó:

—Te equivocas. Sé que lo que tuvimos fue lo más hermoso y especial que he tenido en la vida. Aparte de Peter... Y si pudiera borrar de mi vida aquella mañana, te juro que lo haría. Pero como no puedo, solo te pido que me perdones, Emily. Te lo suplico...

## Capítulo 32

Emily ya no necesitaba para nada ese perdón, porque su corazón hacia mucho que estaba en paz:

—Ya no lo necesito, John. Lo acepto, pero quiero que sepas que como puedes ver en la evolución del dios furioso, poco a poco fui reconciliándome conmigo misma, aceptándome, perdonándome y queriéndome por primera vez. Y justo desde ahí entendí tu furia, tus palabras, que siempre supe que ni siquiera sentías... En el mismo instante en que me dijiste todas esas cosas tan feas, supe que estabas profundamente arrepentido. Sé que después de todo todos actuamos por amor. Tú protegías a tu hijo de la mejor manera que sabías hacerlo y yo por amor a él hice lo que creí que era correcto. Además, debes saber que antes de contarme lo de su madre me confesó que tenía que desvelarme algo relacionado con el corazón, si bien tenía que guardarle el secreto. Yo pensaba que estaba hablando de una chica, pensé que se nos había enamorado y le prometí que le guardaría su secreto. Pero no, resulto que Peter quería encontrarse con su madre y yo no sabía qué hacer. Estuve dándole vueltas y vueltas y actué apelando a mi corazón y a lo que consideré que era justo.

—Hiciste lo correcto, Emily...

—Sé que contravine tus normas, comprendí tu enojo, pero leí entrevistas de Marion y sentí que debía hacerlo. Luego la conocí y me pareció que era una buena persona que merecía una oportunidad, a pesar de haber cometido un grave error de juventud.

John se acercó a ella y le pidió loco por besarla:

—No sigas por favor. Mira a Peter, está feliz con su madre... Y Marion me ha demostrado cuán equivocado estaba. Todos me habéis dado una gran lección.

—Todos hemos aprendido, John. Por eso, pinté el beso feliz, soy yo aceptando mi parte oscura, integrando mis miedos y mis inseguridades, todo eso que me impedía crecer...

El señor Harris la miró, deseando que fuera suya otra vez y opinó:

—Y también somos nosotros... Al final la chica que indujo al dios a su

sueño más feliz, lo besa y lo salva para siempre.

Emily sonrió, negó con la cabeza y le dijo feliz de estar otra vez juntos:

—Eso no ha pasado todavía.

—Pero querías que pasara, por eso lo pintaste. Lo creaste para que sucediera.

—Puede ser —reconoció Emily encogiéndose de hombros.

John dejó la copa sobre la bandeja de un camarero que acababa de pasar, y le aseguró con el corazón en la mano:

—Te quiero. Estos días sin ti han sido los más horribles de mi vida. Mírame, he perdido peso, las ojeras me llegan a los pies...

—Pero estás muy guapo —dijo Emily con una sonrisa enorme.

—Estaba desesperado, no sabía cómo pedirte perdón, cosa que me sirvió para entender a Marion, porque es verdad que la culpa te deja bloqueado. En mi caso, te escribí miles de correos que jamás te envié, saqué el móvil otras tantas veces para llamarte pero nunca tuve narices de hacerlo. Temía tanto tu rechazo...

Emily apuró la copa de vino, la dejó vacía en la bandeja de un camarero, y confesó:

—Imaginé que estarías pasando por algo parecido, pero eres tan obstinado que no tenía ni idea de cómo iba a acabar esto. Mientras tanto, puse orden en mi interior, surgió la oportunidad gracias a mi amiga Helen de exponer en la galería Dickens, y aquí estoy...

—Y yo me siento tan orgulloso de ti... Te admiro mucho, Emily... Y me alegro de que estés hablando conmigo, sin rencores ni nada.

—De verdad que no te lo guardo.

—Y encima has estado pintándome... Qué increíble, porque a ratos te juro que llegué a convencerme de que ya te habrías olvidado de mí.

—Yo a ratos también te imaginé con tus amigas...

El señor Harris se acercó más a ella y le confesó:

—¿Cómo voy a olvidar a la mujer de mi vida?

Emily le miró emocionada, tragó saliva y reconoció:

—Yo tampoco he podido olvidarte, John. De hecho, sigo soñando contigo cada noche. No lo sabe nadie, ni siquiera mi amiga Helen...

Y al pronunciar otra vez su nombre fue como invocarla porque apareció del brazo de Paul, feliz como una perdiz y orgullosa como la que más de su amiga artista:

—¡Nos hemos escapado del trabajo para acompañarte en este día! Aunque veo que estás muy bien acompañada... O eso espero...

Emily les presentó al señor Harris, estuvieron charlando un rato entre risas y luego Helen cogió a John por el brazo, lo apartó del grupo y le advirtió:

—Yo soy una chica muy maja, ya me conocerás, pero te digo algo: como vuelvas a hacer daño a amiga te juro que te corto los huevos. Y soy cocinera. Tengo unos cuchillos bien afilados con los que puedo hacerte el mismo daño que le hagas a ella. ¿Estamos?

John asintió y respondió porque entendía perfectamente a esa chica:

—Me gustas, Helen.

Helen puso una cara muy graciosa, dio un manotazo a su melena y le dijo divertida:

—Sé que soy una belleza con curvas, pero mi corazón está ocupado, señor Harris.

—No, digo que me gusta cómo eres. Me gusta la gente que va de frente y que defiende a los suyos con uñas y dientes.

—Ah sí. Eso sí. ¡Con los míos a muerte! Que no los toque nadie. Porque les corto los...

—Ya, ya. Y sé todo lo que has hecho por Emily, sé de tu generosidad y sé que esta exposición...

Helen dio un manotazo al aire y, quitándole importancia a todo, repuso:

—Yo no he hecho más que lo que ella hubiera hecho por mí. Es mi mejor amiga, la adoro, es una gran persona, por eso te pido que no la vuelvas a fallar. Ella te quiere ¿sabes? No sé si te lo ha dicho todavía...

John sonrió pensando que esa chica no le podía caer mejor y musitó:

—No, aún no.

—Pues te quiere hasta las trancas. Te lo digo yo que soy su mejor amiga. No tienes más que mirar el cuadro del beso...

—Lo he comprado.

Helen le miró admirada, resopló y habló:

—Vale una pasta. Pero lo vale... Quiero decir que has hecho una buena inversión. Además el cuadro sois vosotros... Ella cuenta que es su parte oscura besando a su parte luminosa y no sé qué... Pero yo sé que es lo que espera, ansía y desea... Así que, tío, no la jodas más, llévatela a dónde sea, bésala con todas tus ganas y júrale que no la vas a cagar más.

John soltó una carcajada porque esa chica no podía ser más divertida ni más

franca y le aseguró:

—Eso es lo que iba a hacer justo cuando has aparecido. Porque yo sí que le he confesado que la quiero. La quiero con toda mi alma y descuida que la voy a hacer muy feliz. Ya lo verás... Te lo juro.

—Más te vale, porque mira cómo se ha quedado la pobre. Parece el espíritu de la golosina. Y eso que la he sacado a comer y la he llevado tarteras de comida en plan abuela... Porque ni comer quería... La dejaste como una mierda...

—Lo lamento muchísimo. Le he pedido perdón...

—Y te ha perdonado, se muere de amor por ti. Por eso te digo, tío, hazle la vida bonita. Que despierte cada mañana y vea putos unicornios y jodidos arcoíris. Nada de darle mala vida que mira que...

El señor Harris sonrió y con unas ganas de hacer feliz a Emily para siempre confesó:

—Que nada. Porque voy a hacer tan feliz a tu amiga que...

—Os vamos a odiar. Vamos, que vais a dar mucho asco. De acuerdo. Veo que lo has pillado. Así que vete para allá, métele la lengua hasta la campanilla y llévala hasta la luz...

—Jajajajajaja. ¿Qué luz?

—La luz del amor y de los buenos polvos. ¿Qué luz va a ser? Señor Harris de verdad, parece mentira que sea un empresario de éxito... ¡Hay que explicárselo todo!

—Ah, esa luz... Claro. Claro...

Y los dos se miraron y se echaron a reír con una complicidad como si se conocieran de toda la vida.

## Capítulo 33

Después de la charla con Helen, el señor Harris se quedó de nuevo a solas con Emily y le dijo:

—Tú amiga Helen me ha caído genial.

Emily, que se temía lo peor porque la conocía demasiado bien, replicó:

—Es genial, pero prefiero no saber lo que te ha dicho.

—Hemos hablado de cosas nuestras y también me ha amenazado con cortarme mis partes si no soy bueno contigo. Lo normal en estos casos...

Emily se partió de risa porque no esperaba menos de Helen y habló divertida:

—No esperaba menos de ella...

—Es fantástica. Pero sigamos con lo que estábamos hablando antes, hablábamos de sueños...

Emily le miró traviesa y, muerta de risa porque estaba feliz, matizó:

—De sueños muy sucios. Y no quieras saber más.

—Lo quiero saber todo, porque eso significa además que después de todo nunca me odiaste tanto como para no querer que...

—No te he odiado nunca. Estaba enfadada, decepcionada, triste... Y loca porque reaccionaras, levantaras el maldito teléfono y me dijeras: “Emily te echo demasiado de menos”. Pero como eres terco como una mula... Pues eso, que si no llego a exponer en esta galería, seguiría en casa esperando a que espabiles.

—No soy perfecto. Y más que terco es que estaba avergonzado, me sentía fatal, no sabía cómo pedirte perdón. Y bueno... —John se calló unos instantes y por fin habló—: Una de las muchas cosas que se me ocurrieron la tengo aquí.

Emily muerta de la curiosidad le preguntó:

—¿Una cosa para enmendar lo bocazas que fuiste? ¿Un bozal, tal vez? — bromeó Emily.

Y el señor Harris soltó una carcajada feliz porque que Emily bromeara solo significaba una cosa:

—Esta Emily ya la reconozco. Y me da esperanzas de que todo pueda ser como antes.

—No he dejado ni un momento de pensar en ti. A pesar de todo, estoy enamorada de ti hasta las trancas. Así que imagina lo que he sentido cuando te he visto en la galería. Si es que te quiero, señor Harris. Te quiero con toda mi alma...

John la miró a los labios y susurró muerto de deseo y de amor:

—Y yo. Y si no estuviera esto lleno de gente, te juro que te estrecharía entre mis brazos y te daría el besazo del siglo.

—Como si fuera la primera vez que hacemos algo escandaloso...

El señor Harris arqueó una ceja y luego le susurró al oído:

—He visto que al fondo del pasillo hay una habitación vacía y cerrada sin llave. Es lugar sería perfecto para mostrarte esto que se me ocurrió para que me perdonaras.

Emily puso una cara muy graciosa, porque estaba convencida de que sería algún cachivache sexual o algo por el estilo y cuchicheó:

—Mira que me gusta a mí hacer cosas locas y prohibidas contigo. Pero solo contigo. ¿Estamos? Tú eres el primero y el último con el que he perdido la cabeza...

John se puso serio y replicó para que le quedara claro para siempre:

—Sé cómo eres Emily. Sé cómo amas. Dije aquello porque estaba ofuscado, pero es que ni lo pensaba ni lo creía. Solo estallé y dije lo más inconveniente porque soy un cretino integral.

Emily sonrió porque sabía que estaba diciendo la verdad y le pidió:

—Está bien. Yo tampoco volveré a recordarte ese día que ya solo quiero olvidar para siempre. Y ahora, vayamos a ese sitio apartado que me muero por saber qué es eso que tienes que mostrarme...

El señor Harris le cogió de la mano y así la llevó hasta el fondo del pasillo donde se encerraron en ese despacho vacío.

Cerraron por dentro y sin mediar ni una palabra, se arrojaron el uno a los brazos del otro y se besaron con locura.

Se besaron, se dijeron que se amaban, se besaron otra vez, y luego sin aliento el señor Harris sacó una cajita del bolsillo de su chaqueta y le dijo:

—Esto es lo mejor que se me ocurrió para pedirte perdón.

Emily se quedó mirando la cajita que ponía Cartier y preguntó alucinada:

—¿Esto es...?

El señor Harris abrió la caja y apareció el anillo más maravilloso que Emily había visto en su vida. Una obra de arte de oro y diamantes que la dejó

sin habla...

Y el señor Harris, que estaba simplemente atacado de los nervios, respondió:

—Es un anillo de pedida. Es el anillo con el que quiero pedirte que te cases conmigo.

Emily, boquiabierta, solo pudo farfullar:

—No...

John se sintió fatal, pero encontraba lógica su respuesta:

—Entiendo que no quieras casarte conmigo. Vamos, es lo que cualquiera en su sano juicio haría. Casarse con un insoportable como yo, con esos arranques patéticos, tan estirado, tan borde, tan serio, tan...

Emily le calló con un pedazo de beso en la boca y le aclaró con los labios pegados a los de él:

—¡Que no me lo creo!

—¿Qué es lo que no te crees? Te juro que estoy hablando en serio. Quiero casarme contigo, y aunque te parezca un absurdo fue lo mejor que se me ocurrió para que me perdonaras. Para que veas que voy en serio, que lo quiero todo contigo, que no puedo vivir sin ti, que aunque sea un bocazas y un petardo te pido que me perdones y que me aceptes como esposo. Te juro que me voy a esforzar, que te lo voy a dar todo, que te voy a querer con toda mi alma, que te voy a amar hasta desfallecer... Y si alguna vez meto la pata, porque la meteré...

Emily se apartó de él y, con una mueca muy simpática, le pidió:

—Define meter la pata.

—Tranquila que lo de aquel día no se va a repetir jamás. Y te voy a ser fiel porque es no puedo ser otra cosa. Te tengo tan dentro que ni queriendo... De verdad...

—Más te vale.

—Que sí. Te lo juro. Me refiero con lo de meter la pata, pues eso a que soy humano y tengo un carácter de mierda. Pero con este anillo quiero que sepas que voy a esforzarme por enmendarme, que siempre voy a quererte, que siempre voy a estar contigo y que jamás te voy a fallar.

Emily que estaba tan emocionada que apenas le salían las palabras, susurró:

—Tienes unas formas de pedir perdón, señor Harris... Uf. De verdad que no lo esperaba...

—Puedes pensártelo, no hace falta que lo decidas ahora... Entiendo que te

ha pillado de sorpresa y que...

Emily volvió a interrumpirle con un besazo increíble y musitó:

—Te confesaré un secreto... He fantaseado muchas veces con que me lo pedías, pero luego me sentía tan ridícula... Pensaba que era demasiado pronto, pensaba que tú no estabas aún preparado para comprometerte, para aceptar el reto de amar a alguien para siempre.

—Pero sí que lo estoy, Emily. Jamás me he sentido tan preparado, y estoy deseando aceptar el reto para toda la vida.

Emily temblando entera, le acarició el rostro y le preguntó:

—¿Estás seguro?

El señor Harris asintió con la cabeza y respondió convencido:

—Ya no concibo mis días sin ti. Quiero compartirlo todo contigo, Emily. Te necesito en mi vida, te quiero en mi mundo. Y ahora el que pregunta soy yo: ¿tú me aceptas a mí? ¿Aceptas el reto de amar a este tío insoportable y estirado?

Emily sin pensárselo ni un segundo respondió:

—Si en septiembre me llegan a decir que me iba a suceder esto, habría jurado que me estaban tomando el pelo. Pero aquí estoy, amándote como jamás he amado y diciéndote alto y claro: Sí, John Harris, quiero casarme contigo.

John al escuchar ese sí, sintió tal vuelco al corazón que por poco no se le cayó el anillo de la mano.

Y muy nervioso, pero feliz como no recordaba, le puso el anillo a la mujer que iba a amar para siempre...

# EPÍLOGO

Tres meses más tarde, y justo un año después de que Emily pisara por primera vez la casa de los Harris, se casaron en la parroquia en la que tanto habían ayudado a Emily en las malas rachas.

Cuando el señor Harris la vio aparecer de blanco, con su pelo azul y del brazo de Peter, sintió que no podía ser más afortunado.

La mujer más extraordinaria del mundo le amaba y también adoraba a su hijo.

Emily pensó algo parecido porque cuando vio que ese hombre tan guapo y tan *sexy* la estaba esperando a los pies del altar, dio gracias a la vida por regalarle un precioso cuento de hadas.

Un cuento en los que ella no creía...

Pero ahí estaban ellos, dos personas tan distintas, de mundos totalmente diferentes, con absolutamente todo en contra, a punto de darse el sí quiero delante de todos los que les querían.

Un sí que quiero que se dieron con todo el corazón, y que hizo que todos rompieran en aplausos.

Luego tras el convite, llegó el momento del lanzamiento del ramo que cayó justo en los brazos de Helen... que se casó dos meses después con el bueno de Paul.

En cuanto a nuestros protagonistas pasaron la luna de miel en París, y a la vuelta Emily se mudó al apartamento del señor Harris para alegría de Peter que llevaba un montón deseando que llegara ese momento.

Y es que a pesar de que Peter pasaba muchísimo tiempo con Marion y la quisiera a rabiar, a Emily también la quería como a una madre...

Y Emily sentía lo mismo por él...

Aunque no le hubiera parido, Emily siempre quiso a John como al resto de sus hijos.

Y tuvo tres...

Dos chicas clavadas a su padre, serias y centradas, y un chico artista como su madre artista, que en cuanto cumplió dieciocho años se tiñó el pelo de azul...

Juntos, formaron una familia grande y preciosa, bulliciosa y muy especial...

Una familia en la que si algo nunca faltó fue el amor...

Y en la que ni Emily ni John jamás se arrepintieron, cuando llegaron a viejos y rodeados de nietos, de haber aceptado el reto.

El maravilloso reto de amarse...